

ciábamos á M. de Freycinet las desventuras que le aguardaban con seguridad en la desventuradísima cuestión religiosa. Las leyes no pueden nacer de un sentimiento tan vulgar como la venganza; las repúblicas no pueden vivir de una negación tan contraria de todo en todo á su naturaleza como la negación de la libertad; los Gobiernos no pueden herir sin quebrantarse sentimientos arraigadísimos en los pueblos. Cuando presentó la ley prohibiendo la enseñanza en las corporaciones religiosas; cuando resucitó más tarde los famosos decretos que le forzaban á persecuciones indignas de su carácter é impropias de su tiempo; le anunciamos cuantas dificultades habia de traerle su política y cuantos obstáculos habian de encontrar sus determinaciones hasta en esa Francia, tan avanzada hoy en su joven república, y ayer tan inerte á los pies de un protervo imperio. No direis cuantos seguís de cerca estos escritos míos, en los cuales nuestro siempre el fondo de mi corazón y de mi conciencia, no direis que hayan dejado de cumplirse mis presentimientos y de realizarse mis pronósticos. M. de Freycinet, que entró sin grande reflexión y madurez en ese asunto, ha tenido que salir de él por un suicidio, es decir, por una retirada funestísima para el Gobierno republicano, el cual necesita, más que ningún otro Gobierno, de hombres de su inteligencia y de su temple. Colocado en la cima del poder, presidiendo un Consejo de ministros, con los hilos de las relaciones internacionales entre las manos, háse penetrado á última hora de lo mismo que debia haber advertido con su claro juicio á tiempo, de las dificultades internas y de las antipatías externas que suscitaban sus determinaciones de violencia. Medidas como las tomadas en plena calma, se comprenden y se justifican cuando la revolución estalla, y el espíritu político arde, y las pasiones fulgurán, y la omnipotencia dictatorial surge, y las sociedades humanas entran en periodos de renovación súbita y de guerra á los obstáculos tradicionales por medio de combates titánicos; pero, en plena paz y calma, con orden regular, con legalidad definitivamente establecida, arriesgarse á tales empresas, es desconocer la índole íntima de la autoridad pública y franquear el límite infranqueable en que se hallan contenidos todos los poderes humanos. M. de Freycinet ha intentado remontar la corriente, ir á las transacciones, vencer las dificultades por una conciliación, pactar con Roma, transigir con los obispos, evitar las perturbaciones, y ya era tarde; se lo ha llevado el ímpetu de sus propios actos y ha caído bajo el peso de una inevitable necesidad.

Lo que resulta más claro de todo esto es la omnipotencia de Gambetta. Cualquiera que hubiese leído su diario con asiduidad, encontrará en él, á cada línea, la clave de un positivismo filosófico, que han elevado sus adeptos á dogma en el Gobierno, después de haberlo esgrimido como arma en la oposición. Tres redactores principales tiene la *Repubblica francesa*, los tres eminentísimos, Challemeil Lacour, Rauke, Spuller y los tres positivistas ó con tendencias que se acercan mucho al positivismo contemporáneo. Como yo la ejerzo con toda amplitud, respeto con toda escrupulosidad la libertad de pensar; y dejo que ejerzan los demás su examen propio con la misma independencia con que yo lo ejerzo. Páreceme temeraria la doctrina que sólo quiere afirmar aquello que sabe por medio del sentido y de la experiencia; páreceme el positivismo gambetista muy alejado en la política del tacto y tino que muestra hoy Mr. Littré; páreceme abandonadas en gran parte las ideas del oráculo, las ideas de Augusto Comte, sobre la virtud que ha ejercido la educación católica en el progreso de la humanidad; pero aun pareciéndome todo esto, dejo á cada cual que crea cuanto le dicte su razón y su conciencia. ¡Oh! A lo que me opongo es á que se lleve el dogmatismo individual ó el dogmatismo de secta inconsideradamente á esferas como las del Estado, que comprenden á todos los ciudadanos y sirven y funcionan con separación absoluta de todo género de creencias. Condeno que el catolicismo español sea cruel con los protestantes; condeno que el protestantismo inglés sea inconsiderado con los católicos; condeno las persecuciones á los judíos en Rumanía; condeno las persecuciones á los ultramontanos en Prusia; me indigna el Czar de hoy cuando extermina á los fieles en Polonia, tanto como me indigna Felipe II cuando extermina á los luteranos y á los calvinistas; quiero la libertad religiosa, plena, completa, absoluta, y como la quiero así, repruebo con toda mi voluntad y toda mi conciencia, que los gambetistas hayan elevado su positivismo á las alturas del Gobierno y lo hayan convertido en un arma de persecución y de combate.

Ya tenemos un Ministerio de Mr. Ferry, Ministerio que muestra cómo los elementos conservadores bajan y suben los elementos radicales. Gambetta y Ferry, amigos estrechos en sus mocedades, camaradas de Universidad y de abogacía, comensales continuos uno de otro, riñeron, hasta el extremo de no saludarse, con motivo de haber quedado el uno en París con la paz y el Gobierno de Mr. Thiers, mientras el otro estendía en Burdeos la gloriosísima enseña de la guerra á toda costa. Asistido entonces de toda la razón Gambetta separóse de Ferry con separación irreconciliable. Han sido necesarios todos los trances pasados por la República; todos los combates reñidos juntamente; la reconciliación hasta con los doctrinarios de Luis Felipe y con los monárquicos de todas las escue-

las; el terrible azote del 16 de Mayo; la muerte de Thiers; la maravillosa campaña emprendida en la elección de la actual Asamblea, para que Gambetta y Ferry llegaran á entenderse hoy en la edad madura como se entendieron antes en su batalladora juventud. Ferry tiene mucho de conservador y gubernamental, como lo prueba su combate con los rojos durante el sitio y su prefectura en París allá por los primeros días de la comunidad revolucionaria. Pero la educación protestante le hace desconocer las exigencias políticas de un pueblo católico, y el deseo de divulgar el libre examen le hace un ministro de combate, y por lo tanto, ministro peligroso, peligrosísimo al Estado, porque quiere conseguir con la fuerza y á deshora lo mismo que se ganaría muy fácilmente con la sagacidad de una gran prudencia política y con la poderosa cooperación del tiempo. De todos modos, su Gobierno es un paso hácia el abismo, porque es un paso hácia la irreparable división de los republicanos.

Ni las últimas circulares de Mr. Barthelemy Saint-Hilaire me explican á satisfacción su entrada en el nuevo Ministerio. Se necesita haber olvidado todas las tradiciones de la política de Mr. Thiers, á quien sirvió con fidelidad inquebrantable, como secretario, y á quien amó con afecto exaltado, como amigo, para embarcarse en una política y con un Ministerio, por rumbos tan distintos á los señalados en el día sublime de su muerte, por el primer gran piloto de la República francesa. Pero M. Barthelemy Saint-Hilaire es un viejo de salud robusta, de complexion sana, de fuerzas atléticas, de una resistencia para el trabajo y de una actividad intelectual tan grande, que lo mismo toma bajo su cargo el cooperar á las obras de Lesseps, que el traducir las obras de Aristóteles, y el luchar con el socialismo y los socialistas que el historiar á Budha y difundir el conocimiento de las doctrinas budhístas. No me explico su entrada, sino por un achaque gravísimo de los Ministerios republicanos en Francia, que veía yo cuando los estudiaba de más cerca y más á fondo, y trataba íntimamente, por ejemplo, á todos los ministros del ministerio Dufaure. Sucediendo á una política, en la cual habia un sólo pensamiento, el pensamiento cesáreo, y un sólo ministro, el César, forma hoy cada Ministerio una especie de cantón independiente. Y como forma una especie de cantón independiente, el bueno de Saint-Hilaire, ya que no pueda seguir en el interior la política de su amigo y maestro, la seguirá constante, decidido, tenaz, como lo muestran sus últimas circulares, en el exterior. ¿Cuánto tiempo se lo permitirá Mr. Gambetta?

EMILIO CASTELAR.

ESPAÑA Y SUS COLONIAS.

ARTÍCULO VII.

Posee el entendimiento humano cualidades y defectos, ó mejor dicho, cualidades distintas y aun opuestas, que determinan la marcha de la humanidad en general y en particular de las sociedades; y en esto se fundaba Schiller para afirmar que la historia del mundo es el juicio de éste. El examen de tales propiedades, y la razón de éstas, pertenecen á la ciencia, ó en último término, á la filosofía científica, y no cabe en nuestro cuadro entrar en esta clase de estudio. Sólo hemos hablado de ellas para referirnos á las dos más salientes, y que así se observan en los diferentes períodos por que atraviesan los pueblos como en las distintas edades del individuo, y son aquellas la necesidad perentoria de la inteligencia humana, siempre que entra en ejercicio, de encontrar la razón, causa ó motivo de todos los fenómenos que se realizan á su vista. En comprobación de esto, no hay nadie que no conozca y no se haya visto más de una vez apurado para contestar las series de preguntas que á todas horas hacen los niños cuando llegan á cierta edad. Es la otra la tendencia del espíritu humano, de conformarse con las razones que otros hayan creído dar de los fenómenos para él incomprensibles; lo cual demuestra cierta pereza ó inercia intelectual en la mayoría de los individuos. Esto explica los tres estados por que atraviesa el hombre y las sociedades, á saber: teológico primero, metafísico después, y por último, científico, entendiéndose bien que dichos estados son más predominantes en los tres períodos referidos; pero de ninguna manera exclusivos, puesto que han coexistido y coexisten. El último es el que empieza en la época actual, estendiéndose con más ó menos rapidez, según la cultura de cada pueblo y los ramos del saber de que se trate. Así lo comprendía Tourgó, con anterioridad á la fundación del sistema más ó menos propiamente llamado positivista, cuando afirmaba que el hombre, al presenciar todos los fenómenos que le rodean, y comprendiendo que se producían por algo, lo atribuía al deseo y voluntad de seres superiores, cuyo modelo tomaba en la sociedad ó en sí mismo, y á los cuales daba el nombre de divinidades. Más tarde, y correspondiendo á un grado superior de educación intelectual, hubieron de comprender las inteligencias escogidas lo débil de tales hipótesis; pero, como á su vez, no conocían la relación que liga ó determinan dichos fenómenos, quisieron explicarlos por sí mismo y sin tener en cuenta para nada aquellos seres omnipotentes y caprichosos que la imaginación in-

fantil de sus predecesores les había sugerido; y de aquí la nueva creación de entidades, causas primeras, finales, etc., ó lo que es lo mismo, la metafísica. Y como quiera que ésta ha venido á negar los fundamentos de la teología, la que á su vez empleaba los procedimientos de aquella, de aquí la guerra que subsiste entre ambas, hace más de veinte siglos, con escaso provecho para el adelanto y el progreso, excepto el no poco importante servicio de educar y ejercitar el entendimiento humano, disciplinando á los pueblos, y consiguiendo de esta manera la formación de sociedades, y por consiguiente, la iniciación del derecho y la justicia.

Las reflexiones que anteceden las creemos necesarias, y congruentes por ende, al asunto que nos ocupa. Y, en efecto, después de haber tratado de los descubrimientos y conquistas de nuestros mayores en los siglos xv y xvi, entraremos de lleno en todo aquello que conduzca á una explicación racional de la conservación y pérdida de dichas conquistas. Pero para conseguirlo, es de todo punto necesario examinar, con alguna detención, no sólo todo lo que á la manera de ser de la Metrópoli y de todas las colonias se refiere, sino también de las opiniones más distinguidas é importantes que con relación á nuestras conquistas y sistema colonizador han formulado propios y extraños. Han sostenido los unos que apenas hemos tenido un sistema colonizador, y sólo hemos ejercido el despojo, el despotismo, la intolerancia, la tiranía, y como consecuencia de todo esto, el exterminio de muchos millones de hombres que no habian cometido más delito que el haber sido vencidos. Sostuvieron los otros que hemos sido el pueblo más colonizador de la historia, el más suave y considerado con los vencidos, el que más ha trabajado por ilustrarlos y elevarlos á la civilización; el pueblo, en fin, cuyas leyes colonizadoras han sido, y aún deben ser, el modelo á que debieran ajustarse todos los que desean la conservación y la prosperidad de sus colonias. Así, tratándose de nuestras leyes de Indias, afirmaron los unos que era sólo un código de ignorancia y tiranía que hacía poquísimos favores á la nación que lo dictara; mientras que los otros han afirmado, y siguen afirmando, que es un código de sabiduría tal, que no puede tocársele, que debe considerarse como una especie de Arca Santa, y que toda modificación en él, dictada por las ideas modernas, es la pérdida irreparable de los dominios de España allende los mares; y como ligado con esto, se ha formado en tiempo la opinión de que la posesión de aquellos dominios, con su inagotable riqueza, hacían de España, no sólo la nación más poderosa y rica del globo, sino lo que es más, que su poder y abundancia eran tales como jamás habia podido soñarlos la imaginación más rica.

Esta última opinión, que tanto á la fantasía y al orgullo español halagaba, era por nosotros admitida como artículo de fé, hasta el punto que aun hoy sirve grandemente á los ilustres oradores que, debido á nuestra desgraciada fecundia meridional, tanto abundan en nuestro suelo, para cautivar su auditorio y formar esos períodos tan admirables, haciendo recordar gratamente á nuestros oídos el tiempo en el cual no se ponía el sol en los dominios españoles. Pero al lado de esta opinión tan halagüeña, de la cual nuestra vanidad y patriotismo conservan hoy algunos vestigios, y por efecto de las reacciones naturales, se ha abierto paso y es sostenida con fuerza la creencia no más acertada de que nuestra conquista de América, los tesoros que de allí hemos traído, el empeño en poblar aquellos dominios cuya extensión es próximamente vez y media la de Europa, han sido las causas eficientes y únicas de la despoblación de la Península, de la decadencia de nuestra industria, de nuestra afición á las aventuras, de nuestra inercia, escasos hábitos de trabajo y holgazanería, y por fin, de nuestra total ruina, ó por lo ménos, del estado de abatimiento á que hemos llegado, del cual no hemos logrado aún salir. Esta opinión tiene, además de los inconvenientes de todo lo que es erróneo y poco meditado, el gravísimo de inspirar á gentes demasiado impresionables ó profundamente egoístas, la idea, no muy patriótica, que surge en su cabeza á los primeros inconvenientes que tiene que vencer España ó á los sacrificios que necesita hacer para terminar honrosamente guerras, en mal hora para todos promovidas; y elevar y educar las poblaciones que los hacen aun hoy el tercer poder colonial de Europa; la idea, repetimos, de un medio, si no muy decoroso, muy sencillo, y que consiste en abandonar *gratuita* ó *interesadamente* dichas posesiones.

Los impresionables hacen el siguiente razonamiento: puesto que de aquellos países ya no traemos tesoros ni vienen los famosos sobrantes de Ultramar, y que una guerra reciente nos ha costado no escaso número de hombres y cantidad de dinero, y dado que no nos producen utilidades y si sacrificios, lo más sencillo y conveniente es el abandono. Los egoístas llegan á la misma conclusión por un método dialéctico un tanto diferente: no opinan estos por el abandono inmediato, pero si la justicia y las necesidades de los tiempos hacen necesarias reformas que ataquen sus privilegios y no siempre muy patrióticas especulaciones, entonces elevan muy alto sus quejas, amenazan á los Gobiernos, cualesquiera que ellos sean, con coaliciones formidables, y á la sencilla observación de que si no saben ceder á lo que es justo é imprescindible, no solo habrá pérdida y vergüenza para

la patria, sino que con esta vendrá para ellos la nulidad absoluta de su monopolio, puesto que ya habrá desaparecido para la nación el país que era su fundamento, contestan en su fuero interno, y en algunas ocasiones explícitamente, que á ellos lo que les importa es seguir sacando un gran rédito á sus capitales; y si á consecuencia de esto más tarde su monopolio tuviera que cesar por las razones dichas, lo sentirían mucho pero al fin durante ese tiempo habrán salvado sus intereses comprometidos y afirmado sólidamente sus fortunas.

Demostrado queda en anteriores artículos los grandes beneficios que han reportado á la Europa los descubrimientos llevado á cabo por los dos pueblos ibéricos, y de cuánto les es deudora la civilización, y aunque en lo que nos falta que exponer han de aparecer nuevas comprobaciones de esta aseveración, resta ocuparnos especialmente de lo que á España y sus colonias se refiere. Para discutir sobre este punto con las condiciones de acierto que nuestros medios nos permitan, nos veremos precisados á tratar, aunque sea someramente, cuestiones de diferente índole y entrar en apreciaciones cuyo análisis delicado presentaría dificultades á personas mucho más competentes. Esta es la razón por qué hemos creído indispensable exponer las consideraciones generales que anteriormente hemos apuntado, para poder de esta manera, y á medida que los datos vayan presentándose, aplicar la teoría á la práctica y deducir con exactitud las consecuencias que de los hechos se desprenden.

Como todo lo que haya de decirse tiene origen y fundamento en las conquistas verificadas por nosotros en el nuevo Continente, creemos oportuno hacer ligeras reflexiones sobre el derecho que nos asistía para efectuar aquellas. Los filántropos, los humanitarios y los moralistas, de acuerdo con lo que dictan el buen sentido y el sentimiento de justicia, reprueban enérgicamente los actos de fuerza empleados contra un pueblo cuando no es en propia defensa, y si no les es posible rechazar en absoluto el hecho, niegan por completo el derecho de conquista. Las razones que para ello tienen son óbvias: un pueblo ó tribu, cualquiera que sea el lugar que ocupe en la escala de la civilización, es dueño de vivir como lo tenga por conveniente, tener las creencias ó preocupaciones que su conciencia le dicten ó la enseñanza de sus mayores le hayan trasmitido; de explotar las riquezas del territorio que ocupan en la forma que crea más oportuna, y por consiguiente, de no explotarlas, si tal es su voluntad; añadiendo á estas razones que la conquista es un hecho de fuerza y que en la mayoría de los casos no puede llevarse á cabo sino por medio de la guerra con su acompañamiento de despojos, de destrucciones, de violación, de ruina, de sangre y de desdichas, y agregando por objeto principal y aún exclusivo, las vanidades de los reyes, los intereses dinásticos y las locuras de los pueblos que pagan con frecuencia muy caros estos actos de extraviado entusiasmo.

Pero en contra de la opinión de filósofos, moralistas y jurisconsultos, está la conciencia de los pueblos, á los que nada satisface tanto como la guerra y la conquista. Los poetas de todos tiempos han celebrado todo lo que á la guerra se refiere. Las religiones, desde las más primitivas, hasta las superiores, la han sancionado, y todas ellas, en una ú otra forma, invocan el dios de las victorias ó el de las batallas.—Por otra parte, es incontestable lo siguiente: sin la guerra y la conquista no habría civilización, cultura, riqueza, religión, moral, derecho, propiedad, y para concluir: suprimid las consecuencias de la guerra y la conquista, y el progreso y la historia de éste, que es la de la humanidad, no existe.—Esta contradicción tan palmaria indica, con toda claridad, que nos encontramos con una antinomia que sólo puede resolverse ó hallar la síntesis, trayendo á la cuestión nuevos datos, que estadistas y pensadores han descuidado, consistiendo principalmente este olvido en no haber tenido en cuenta un elemento tan importante como es la fuerza, sin la cual no es posible la existencia de ninguna clase de organismo ni ley sociológica, y ni aún la misma de la materia se puede concebir, si de ella se prescindiera. A manifestación tan importante de todo lo que existe, incluso el hombre, corresponde necesariamente un derecho á ella peculiar, dato del cual no puede prescindirse en la resolución de ningún problema sociológico, así como no es dable olvidar, ni por un momento, la ley á que está sujeto el hombre y todos los demás animales inferiores, á saber: la lucha por la existencia y la conservación de la especie.

Hagamos una aplicación de ello al asunto que en este momento tratamos. Supongamos que reside un pueblo ocupando determinado territorio, y que por falta de higiene, de actividad ó de sus propias preocupaciones, se encuentra allí el foco permanente ó periódico de epidemias que invaden á otros pueblos ó naciones que por su grado mayor de cultura, su estado más avanzado en el camino del progreso y su laboriosidad se hallase libre de aquellas plagas á no existir el foco de que antes hemos hablado. ¿Tendrán derecho los otros pueblos para imponer por la fuerza, al que antes hemos mencionado, los medios de evitar tales males? Y si esto es incuestionable, ¿lo será menos cuando sea un foco de crueldad y de barbarie? ¿Lo será menos cuando sea directa ó indirectamente de miseria por no querer, ó no saber explotar las rique-

zas con que le convida el territorio que ocupa y de las cuales se ven privados los demás pueblos por la incuria de aquel á que nos referimos? Si no hay nadie que razonablemente pueda discutir este derecho, se desprende de aquí el deber de los pueblos civilizados de llevar la cultura á aquellos que se encuentran fuera de las condiciones de progreso, de civilización y de moralidad. Si para esto se hace necesario emplear la fuerza, justo es su empleo; y obsérvese, además, que la historia nos demuestra que, en la inmensa mayoría de los casos, los países conquistados lo habían sido ya anteriormente, ganando el mayor número de sus habitantes con la nueva conquista, en dignidad, en libertad y comodidades de la vida, no haciendo realmente otra cosa, en último término, que salir de una tiranía feroz y anacrónica, á un dominio más suave y civilizado. Pero la cuestión no queda por esto resuelta, porque si los unos tienen derecho á atacar, los otros tienen el de defenderse, y seguramente la lógica y la filosofía no han inventado hasta ahora los argumentos á propósito para convencer á un pueblo que debe dejarse dominar por otro. Entonces sólo puede decidir la contienda, la última razón de reyes y pueblos, la fuerza. Y si el pueblo invadido, por su atraso, por su debilidad ingénuo, su cobardía ú otras razones, presenta escasa resistencia al invasor, demuestra con esto que no tenía las condiciones de existencia suficientes, y que necesita, por más ó menos tiempo, la tutela y protección de otro en mejores circunstancias colocado. Si, por el contrario, lucha enérgicamente hasta arrojar al invasor del suelo de la patria, ó sucumbe peleando con heroísmo, demuestra que tiene virtualidad y condiciones propias para figurar entre el número de estas individualidades que históricamente conocemos con el nombre de naciones.

Por lo que se refiere á esas conquistas entre pueblos civilizados, y cuyo beneficio para la humanidad en general no se alcanza á primera vista, dictados en la mayoría de los casos por vanidades de gobernantes y gobernados, los pueblos deben ser muy cautos para no dejarse seducir por esas palabras huecas de gloria, esplendor, etc.; pero no puede negarse que, así en esa clase de conquistas como en las anteriores, existe, como también en el fondo de toda guerra civil ó extranjera, una cuestión económica, ó dicho de otra manera, una manifestación de la lucha por la existencia.

En rigor hablando, no eran indispensables estas reflexiones para explicar el derecho de España al llevar á cabo aquellas conquistas de que venimos ocupándonos. Este derecho era exactamente el mismo que han tenido egipcios y fenicios, cartagineses y romanos, godos y árabes, para apoderarse del todo ó parte del territorio ibérico; el mismo, en una palabra, que han tenido para formarse todos los imperios y naciones conocidos en la historia, todas las civilizaciones para afianzarse y ensanchar sus límites, las religiones para propagarse y sostenerse y aún las sociedades para hacer respetar el derecho y atender á su propia defensa, castigando al individuo que delinque.

Pero, si todos los antecedentes que acabamos de enumerar prueban hasta la evidencia, que los pueblos iberos en sus conquistas no hicieron más que seguir la ley observada constantemente desde épocas anteriores á la historia, las razones antes expuestas dan el cómo y el por qué de dicha ley.

Pudiera creerse, por lo anteriormente expuesto, que la fuerza sea fuente de todo derecho, y la guerra como una necesidad permanente y un gran beneficio para los pueblos. Y á fin de evitar equivocadas interpretaciones, expondrémos con lisura lo que en nuestro sentir se deduce de las reflexiones precedentes. La fuerza, en su acepción más lata, es, no sólo la sanción de todo derecho, sino el elemento constitutivo y permanente de todo lo que existe, y que así como el trabajo, el amor y todas las manifestaciones humanas tiene el suyo peculiar, que no impunemente se vulnera; y cuando una vez ha juzgado, sólo acudiendo á la misma, es como se reforman sus sentencias, pues ha sido, és y será la que juzgue en definitiva las contiendas surgidas entre naciones, ó colectividades, ya por el choque de las creencias, ya por el roce de diferentes civilizaciones, ya por la cuestión de intereses. En cuanto á la guerra, sostenemos que es fenomenal; que á ella debe el hombre y la sociedad el haber salido del estado de la barbarie hasta llegar al en que se encuentra; y que no ha habido, hasta el presente, ninguna religión, ni sociedad organizada, ni grados de libertad adquiridos, que no hayan sido sostenidos y afirmados por ella, lo cual no excluye los hechos funestos que generalmente le acompañan; pero la guerra, como otros elementos de progreso, sirve á la sociedad, mientras es necesaria, y cada una de sus etapas tienden á disminuir de día en día su necesidad: se concibe, pues, que en un tiempo, más ó menos remoto, deje de ser necesaria, y por consecuencia llegue también á desaparecer, contribuyendo á esto poderosamente el cosmopolitismo de la religión cristiana, los principios de libre-cambio, los intereses de los pueblos, la posesión de una buena parte del globo por los hombres de la civilización europea, la ilustración de las naciones, su intervención directa en la gestión de sus negocios; y por último, la elevación y dulzura de sentimientos más desarrollados de día en día, como efectos inmediatos de la cultura y del progreso.

Pero, en todo caso, aquel tiempo está muy lejano, y han de pasar muchos años y siglos, y han

de descender al sepulcro muchas generaciones, antes que tan halagüeño pronóstico se realice. Mientras tanto, desgraciados los pueblos que no se encuentren á toda hora dispuestos á defender su honor y su independencia, por falta de una moralidad enérgica y severa, por un fuerte sentimiento del deber y de la propia dignidad y una instrucción adecuada, por que hoy, como en tiempo de Breno, tiene aplicación su famosa sentencia *va victis*. Los pueblos no deben olvidar nunca que los descuidos relativos á los medios de defensa y de lucha acostumbra á pagarlos muy caros, y que los sacrificios hechos durante la paz, con previsión y constancia, evitan otros inmensamente mayores, impuestos por el vencedor el día de la victoria; y ejemplos tenemos en nuestros tiempos, y bien cerca de nosotros, que demuestran con terrible elocuencia esta afirmación. No necesitamos, seguramente, ir á buscarlos fuera, que, por desgracia, abundan en nuestra propia historia.

La primera condición para que un pueblo se levante del abatimiento en que haya caído, es saber aprovecharse de las lecciones de la experiencia, y bueno es tener en cuenta que, en los tiempos que alcanzamos, una nación no es fuerte si no es rica y próspera, no debiendo perderse de vista aquella afirmación del general Radzki, de que ninguna tiene asegurada su independencia, cualquiera que sea la organización de su ejército permanente, mientras todos los hombres que la constituyen no tengan la educación á propósito para convertirse en soldados en el momento oportuno; é inversamente, que por pequeña que sea una nación, cuando todos los hombres aptos para llevar armas tienen la instrucción adecuada y están poseídos del sentimiento del honor, puede ser posible su exterminio, pero no su conquista. Por eso hemos trabajado, y estamos dispuestos á hacerlo en la medida que nuestras fuerzas alcancen y guiados por el cariño á la patria, para conseguir que todos los individuos de ambos sexos reciban la instrucción primaria con la latitud y extensión que los tiempos requieren, y para que todos los del masculino, á partir desde la escuela de primeras letras hasta la conclusión de la carrera ó profesión á que se dediquen, reciban una instrucción civil y militar que los haga aptos para poder desempeñar airoosamente el doble cometido de ciudadanos y de soldados. Si algún día esto se consigue, el porvenir de la patria estará asegurado, y nuestros hijos serán dignos descendientes de nuestros mayores.

MANUEL BECERRA.

(Continuará.)

LIJERAS REFLEXIONES SOBRE AMÉRICA.

I

Casi todo el mundo lo sabe, pero no perjudica repetirlo. En la madrugada del 12 de Octubre de 1492, un cañonazo salido de la *Pinta*, carabela de las tres que formaban la flota del almirante D. Cristóbal Colon, y el grito «Tierra» lanzado por Rodrigo de Triana, anunciaron el descubrimiento de América. Los aventureros descubridores, desembarcaron por la mañana de aquel memorable día en la isla de Guanahani, á la cual pusieron por nombre castellano San Salvador.

Pocos días después, arribó Colon con sus naves á la costa-norte de Cuba, que bautizó con el nombre de Fernandina.

Viró luego hácia el Oriente, y á poco que hubo doblado el cabo Maisí, alcanzó á divisar el islote llamado hoy la Tortuga, y frente á él, hácia el Sur, la espléndida tierra de Haití, á la cual llamó la Española.

Viendo que todo lo hallado era bueno, y después de haber recogido variadas curiosidades naturales, para demostrar el tipo característico del país, hizo rumbo para el lado de España, con el propósito de llevar la buena nueva á los monarcas católicos que habían favorecido su grandiosa empresa.

Las gentes del viejo mundo quedaron asombradas y llenas de estupor, cuando supieron que los delirios del pobre hombre de Génova, que habían mirado como una pesadilla de fabricante, se convertían de repente en palpable realidad.

Colon iba en busca de las Islas Orientales, pero se interpuso un enorme continente y le detuvo el paso. No por eso su géneo es menos grande, ni su estatura gigantesca es más pequeña.

Tres viajes más hizo D. Cristóbal á las tierras inventadas por él, si se permite esta hipérbola, y en esos tres viajes todo el mar de las Antillas, con los grupos de islas en él contenidas, quedaron formando parte de la Geografía moderna.

Fueron entonces visibles y explotables todas las pequeñas tierras que, en forma de media luna, se extienden desde el golfo de Páris hasta la extremidad más setentrional de la isla de la Culebra, vecina á Puerto-Rico.

Quedaron vistas y exploradas las Lucayas; quedó conocida la isla de Jamáica, el Archipiélago de las bocas del Toro y una infinidad de islitas más, que tapizan como estrellas terrestres toda la extensión del mar Caribe.

En el último viaje, el anciano almirante, gotoso y cansado, profundamente entristecido y llena el alma de angustia, pero siempre ilustre y de excelsa magnitud, quiso hallar un pasaje al través del muro que la Providencia había arrojado en medio de su camino. Quería, antes de acostarse á dormir el sueño interminable, dar un vistazo á la gran isla Cipango y á la comarca de Cathay, cuyas maravillosas riquezas y fabulosa opulencia habían entrado en su imaginación de joven, con las lecturas de Mandeville y las referencias de Marco Polo.

Esta esperanza del héroe fué burlada. Al través de pro

liza miseria, de espantosas tempestades y de contrariedades dolorosas, la empresa final de su vida, sólo agregó al mapamundi un giron de tierra, extendido desde el Cabo Gracias á Dios, hasta el golfo del Darien.

El mundo descubierto no se llamó Colombia, se llamó América, no decimos por qué, porque todos lo saben.

El 20 de Mayo de 1506, los frailes cartujos de Sevilla colocaban en una de sus cuevas funerarias el cadáver de un hombre, al lado del cadáver ponían una pesada cadena de hierro, por mandato especial del individuo á quien iban á sepultar. El cadáver era el gran Almirante de las Indias, y las cadenas las que había llevado en sus poderosas piernas de viajero, por obra de la injusticia humana. Al dar esta última disposición, pronto á caer en el profundo abismo de lo eterno, Colon lanzaba una elocuente protesta contra los que, en vez de aceptar su gloria, habían pagado el servicio inmenso que les hacia con el desprecio y el martirio. Su sombra inmortal comienza á erguirse hoy por todos los horizontes del globo, y la humanidad, siempre tardía cuando se trata de reconocer obras de redención, empieza á exaltar el nombre del desdichado aventurero y parece que desea colocar sobre sus sienes la diadema gloriosa de la ciencia, y en sus manos poderosas el cetro del genio inspirado y profético.

II

Eso que hemos contado hasta ahora se refiere á los últimos años del siglo XV y á los seis primeros del siglo siguiente.

En el primer cuarto de la décima sexta centuria, Sebastian Caboto, inglés de origen veneciano, navegó por la parte Nordeste del Continente y descubrió las tierras del Labrador, de la Groenlandia, de la Nueva Bretaña y de una gran parte más del litoral norte-americano. Muchas de aquellas tierras habían sido vistas por los encandinaos; pero como eso hacia ya muchos siglos, como las habían abandonado y estaban tan totalmente olvidadas, que ni aún la más ligera noticia de ellas setenia en Europa, era preciso volver á buscarlas, con seguridad de que su hallazgo seria considerado como enteramente original.

Todavía estaba vivo el Almirante y ya muchos de sus compañeros, y muchos que sin serlo habían entrado en aquel mar inmenso de aventuras, concurrían, ansiosos de gloria unos pocos y de oro todos, al archipiélago de las Antillas.

Alonso de Ojeda, Américo Vespucio y Juan de la Cosa, recorrieron desde muy temprano el Norte de la América meridional que llamaron Tierra firme.

Vicente Yáñez Pinzon, los dos hermanos Marañoses y el lusitano Diaz Cabral, viajaron sobre las aguas litorales del Brasil.

El mismo Ojeda, Rodrigo Bastidas y Diego Nicuesa traficaban en el golfo del Darien y ejecutaban hechos, de inmensa grandeza algunos, y de incalificable barbarie otros.

Don Francisco Pizarro, D. Sebastian de Belalcázar y Vasco Nuñez de Balboa, estuvieron lidiando por algunos años los enormes obstáculos y las multiplicadas contrariedades que ofrecía la conquista de los indios vecinos al Golfo de Urabá. Cada uno de ellos se hacia veterano en el nuevo sistema de guerra que debía ser empleado en América, y todos tres templaban su alma para arrostrar impávidamente las dificultades que habían de ofrecerles campañas de nuevo género, en que la parte más fácil del programa consistía sin duda alguna en dar batallas. Sí, porque la contienda con una naturaleza bravía, nueva y desconocida, iba á ofrecerles ocasiones casi imposibles para ser dominadas con buen éxito.

Cuando el último de estos aventureros, Vasco Nuñez de Balboa, se había granjeado por sus hazañas, por su cordura y sobre todo, por su carácter benévolo una gran reputación entre sus compañeros de armas, llegó, para su daño, Pedrarias Dávila en calidad de gobernador de Panamá. Aquel gobernador fué la encarnación viva de la envidia, y parasatisfaer ese sentimiento de naturaleza profundamente negativa y feroz, puso los ojos en Balboa, por lo mismo que le era superior en genio, en virtud y en altas facultades.

No importó á Pedrarias, para la consecución de sus dañadas miras, el que Balboa llegase á ser su presunto yerno. Dióle siempre las más peligrosas y difíciles comisiones, y entre ellas, para gloria del comisionado, y para que se sepa una vez más que la envidia lleva siempre el castigo en sí misma, le encargó que fuese con algunos soldados, en requerimiento del mar del Sur, cuya existencia les había sido revelada por uno de los caciques comarcanos.

Antes de ser las doce del día 25 de Setiembre del año de 1513, Balboa, desde una de las más elevadas cumbres de la cordillera de los Andes tropicales, vió extasiado y con un sentimiento de inefable gozo, el nuevo mar que se ofreció á su vista.

El ojo del conquistador pudo ir hasta muy lejos en la contemplación extática de las tranquilas ondas del Océano; pero la vision interior de su inteligencia, extendiéndose más y más allá, desenvolvería, quizás, uno tras otro multiplicados horizontes, y pasaría, sin saberlo, por encima de las desconocidas islas de la Polinesia y de la Sonda, para detenerse reposada y satisfecha en las playas del Japon y de la China. Este hallazgo parece un corolario puesto en seguida de la gloriosa obra de Colon y una satisfacción póstuma discernida á la memoria del sublime navegante.

Digamos lisa y llanamente que en aquel día un nuevo mar quedó descubierto, porque en el que siguió, tres veteranos, comandantes de tres partidas distintas, ponían su atrevida planta en aquellas lejanas costas. El primero que llegó fué Alonso Martin, D. Francisco Pizarro el segundo, y el inmortal Balboa en tercer lugar. Cuando este último personaje, con el pendon de Castilla en la diestra mano penetró un poco en las aguas, segun las formalidades entonces en uso, para tomar posesion de aquel mar, todo quedó dicho, y desde entonces se le reputó propiedad de los reyes de Leon y de Castilla.

Las brisas que rizaban blandamente aquellas aguas, eran tan mansas y las olas se desplegaban con tanta tranquilidad y reposo, que el bautismo quedó virtualmente hecho, llamándosele desde entonces el Océano Pacifico.

Llegada á Europa la noticia de tal descubrimiento, un

alegre y entusiasta sacudimiento de placer agitó todos los corazones. La seguridad de ver completo el mundo, y al comercio y á la industria dándole vueltas interminables, satisfizo todas las aspiraciones y llenó todas las esperanzas. Para América, el mar Pacifico era el camino que debía ponerla en relacion directa con el mundo oriental. Por ese camino debían venirle, envueltas en los pliegues de sus vientos, las esencias balsámicas del cinamomo de Ceilan, del clavo de especia y de infinitas otras plantas de aquellos países encantados. Por las aguas de ese Océano debían llegar á las costas occidentales del Nuevo Mundo, las mercaderías y artefactos de Europa y por sobre ellas mismas se veía navegar al Norte y al Sur en indagacion de nuevas tierras y en busca de ignotas y portentosas riquezas.

Desde el ocase de la América hasta los contornos orientales del Asia, y hasta los multiplicados grupos de las islas de la Oceanía, la distancia era enorme, el piélago vastísimo. Empero no era difícil vaticinar que algun dia, al través de esa distancia y por encima de ese piélago, buques altivos por su fuerza y su poder, traerían á las nuevas riberas de este continente, el marfil de Malabar y de Borneo, los juguetes misteriosos del Celeste Imperio, de hechura incomprendible, y los diamantes luminosos de Golconda. Pudiera tambien haberse adivinado, que la vegetacion de éste y la de aquellos territorios, á pesar del inmenso espacio que las separa, estaban unidas por los vínculos de una lejana y remota confraternidad natural, porque allá como acá, la *Lantania borbó-Ceroxylum andicola* mecían en idénticas atmósferas sus rizados penachos de verde y brillantísimo follaje.

El premio de Colon había consistido en recibir una lenta muerte, oyendo zumbir en sus oídos de agonizante, el ruido miserable de la ingratitude. El premio de Balboa fué de otra manera cruel: Pedrarias, despues de infamarlo y calumniarlo, lo hizo decapitar.

III

Fuera de estos distinguidos adalides de que hemos venido hablando, estaban en el gran archipiélago americano: los hermanos del almirante, D. Nicolás de Obando, D. Francisco de Garay, D. Juan Ponce de Leon y D. Diego Velázquez, que dominaban como amos y señores el campo de los descubrimientos y conquistas. De ese grupo de famosos caudillos y de ese cuartel general de aventureros, fueron irradiando poco á poco y en diferentes direcciones, diversos sugetos que debían ilustrar sus nombres con altísimos hechos, ya de crueldad, ya de bizarría, en las partes meridional y setentrional del Nuevo Mundo.

Un romántico caballero, y otro no ménos brioso y simpático que él, D. Hernando de Soto, penetraron en la Península de la Florida, en requerimiento de oro y de una mitológica fuente que, decían, daba una juventud eterna. En vez de lo buscado, hallaron tierra húmeda, fiebres mortales, hambre cruel, indios bravíos y saetas enponzoñadas. El tenaz y perseverante Soto, con algunos compañeros, penetró muy adentro en la espesura de aquellos bosques seculares de clásica belleza y como fruto de su audacia, vió, el primero entre todos los europeos, las lodosas aguas del caudaloso Misisipi. Abrumado por la fatiga y minado por la fiebre, exhaló el último aliento sobre la arena movediza de aquella playa solitaria. Sus amigos, para ocultar la muerte de este capitán á los indios, llevaron el cadáver sobre una estrecha piragua hacia la mitad de la corriente y luego con un pesado cuerpo atado al tronco, lo depositaron en el fondo de las aguas. Las olas fueron el sudario con que quedó cubierto aquel bravo y atrevido caballero.

Sucedía esto en el año de 1541. Un poco más tarde, un hidalgo joven francés, Marquetti, acompañado por Joliet y cinco soldados más, salían de Quebec, atravesaban el Canadá, navegaban los grandes lagos y descendían hasta la confluencia del Arkansas, el mismo rio descubierto por Soto y que debía ser explorado pronto en la mayor parte de su curso, por el intrépido Roberto Cavalier de la Salle. De estos, el primero cayó aniquilado por las privaciones y la extenuación para morir á la temprana edad de 36 años. El último fué asesinado vil y traidoramente por uno de los que formaban su arriesgada expedición.

En el año de 1539, Gonzalo Pizarro salió de Quito á la cabeza de una lucida falange de conquistadores. Iba en busca del país de la canela y de mentidos, pero ponderados depósitos de oro, que decían existir en aquellas desiertas y desconocidas regiones.

El capitán Francisco de Orellana, que hacia parte en esta problemática correría, tan audaz como desleal, en vez de desempeñar fielmente una delicada comision que se le encomendó por el jefe, se dejó deslizar á lo largo de las olas de una corriente tributaria y llegó á un potentísimo rio, que navegó aguas abajo, con un arrojito tal, que más pareciera insensatez.

Del nombre de este osado sugeto tomó el rio el de Orellana; pero este singular capitán, que sin dejar de ser valiente, era un infatigable hablador, una vez que hubo llegado al Atlántico, se detuvo por algun tiempo en las islas de Trinidad, Margarita y Cubagua. Allí, soltando la lengua, hizo á los desperdigados argonautas de la conquista americana, una inexacta relacion de las aventuras ocurridas en el viaje. Además de otras cosas dijo, que entre todos aquellos bárbaros había una belicosa nacion compuesta exclusivamente de mujeres, tan esforzadas y valientes, que lo habían combatido con heroismo en defensa de sus poblaciones. De esta manera hizo revivir la antigua leyenda sobre las Amazonas, y este nombre fué el que definitivamente se dió al mayor de los rios del orbe.

Vuelto de España este temerario capitán con el título de Adelantado, rindió el postrer aliento al llegar con numerosa comitiva de gentes de aventura al gran desaguadero de aquella caudalosa arteria terrestre.

Quedó el Amazonas abandonado hasta el año de 1560, en que bajo la proteccion del marqués de Cañete, virey del Perú, fué á la conquista de sus habitantes D. Pedro de Urdúa, aventajado guerrero en las faenas de entonces. La jornada dirigida por este hidalgo lleno de coraje, tuvo infuasto resultado. Su ejército quedó bien pronto convertido en cam-

po de Agramante, por el desarrollo de celos, envidia y pretensiones amorosas. Doña Inés de Atienza, bellissima peruana, hacia parte de la expedición y fué el origen de terribles querellas. Estas dieron por resultado el que las aguas del rio fuesen salpicadas de rojo con la sangre del caudillo alevosamente asesinado, y con la de sus compañeros, cuya mayor parte tuvo aciago fin, por la funesta influencia de Lope de Aguirre.

Más tarde, el infatigable misionero Samuel Fritz, viniendo con tenacidad inconcebible todos los obstáculos presentados por aquella naturaleza intacta, primitiva é intratable, levantó el plano de aquel rio y de sus principales tributarios con admirable rigor de exactitud.

Cerca de dos siglos despues, el sábio Lacondamine verificó un viaje científico á lo largo del prolongado curso del Maraño, y la luz quedó en parte hecha en lo que se refiere á la hidrografia de aquellos estensísimos lugares.

Antes que lo referido tuviera cumplimiento, ya Solís había visto las olas del opulento Plata, dejando á Maldonado y Mendoza su exámen prolijo y posterior.

De esta manera el Misisipi, el Amazonas y el Plata, tres Mediterráneos de agua dulce, con sus vertientes principales, quedarán á la faz de la ciencia, del comercio y de la industria.

Y no era eso sólo; en diferentes años y en distintas épocas, diversos viajeros habían estudiado con más ó ménos detención, el Mackensie y el Hudson, el rio del Norte y el Delaware, el Potomac y el Sabannah, el Grande de Méjico y el Chágres, el Atrato y el Magdalena, el Orinoco y el Exequibo, el Tocantins y el San Francisco, el Maule y el Biobío, el Guayas y el Esmeraldas, el Santiago y el Patía, el Dagua y el San Juan, el Colorado y el Columbia, y todo eso sin contar centenares de rios confluente, navegables unos, intransitables otros; pero entendidos todos sobre la superficie del continente, como una inmensa red fecundante y civilizadora.

IV

Don Hernando Cortés, el más valeroso y terrible lidiador de aquellos tiempos, se desprendió, año de 1519, del grupo formado en las Antillas y siguió el camino iniciado por Fernandez y Grijalba. Llegado que hubo á las playas mejicanas, penetró en el interior del país y lo sometió á la tutela de España con incomparable heroismo y rapidez.

Despues de luchar con innumerables falanges de indios en la capital y en sus alrededores; despues de experimentar una clásica derrota en la memorable jornada de La Noche Triste; despues de levantar su coraje y su tenacidad, más alto aún de lo que las generaciones presentes pueden concebir, y despues de luchar y triunfar siempre de los naturales y de sus compatriotas, comandados por un antagonista vulgar, dióse á reconocer el terreno y á someter los moradores á su voluntad de hierro y á su carácter incontrastable.

En aquellas distinguidas correrías avanzó Cortés sus pasos hasta el territorio de una y otra California; hizo figurar en el mapa una prolongada península y navegó sobre las aguas de un mar que denominó el mar Bermejo, el mismo que los geógrafos modernos han calificado con su nombre esclarecido.

Algunos tenientes de Cortés, y entre ellos el esforzado y suelto D. Pedro de Alvarado, marcharon al Sur y descubrieron las fértiles tierras de la América Central, notables ántes y notables hoy, por su ostentosa riqueza vegetal, por sus conmociones frecuentes y por los bramidos de sus tremendos volcanes.

Descubierto el mar del Sur y abierta la senda para más lejanas expediciones, D. Francisco Pizarro, D. Diego de Almagro y el prebendado Hernando de Luque, formaron una asociacion para emprender nuevas é importantes investigaciones. El primero de ellos, á la cabeza de algunos distinguidos obreros, salió de Panamá, y en el exámen del litoral Pacifico tuvo ocasion de contemplar el enrejado de los manglares de la costa, de admirar la belleza de Tumaco y de enderarse en las peligrosas aguas de la Gorgona. Despues de grandes dilaciones y contratiempos llegó á Tumbes y adelantó hasta Cajamarca.

Agustin Guerrero, Jorge Spira, Jerónimo de Ortal, Ambrosio Alfinger y el perseverante cuanto desventurado Antonio Cedeño, vencían unos las difíciles corrientes y las ruidosas cataratas del Orinoco, y descubrían todos ellos tierras y forestas en los países que fueron despues Venezuela y Nuevo Reino de Granada.

El licenciado Gonzalo Jimenez de Quesada triunfaba de obstáculos no imaginados, al subir las turbias aguas y al respirar el aire meffico y pestilencial del Magdalena, para reunirse despues en la altiplanicie de los muiscas, con D. Nicolás de Fredeman que asomaba por el Oriente, y con D. Sebastian de Belalcázar que se presentaba por el Sur.

Primero que estos últimos, el viejo Magallanes al servicio del emperador Carlos V, buscaba por la estrechidad austral del continente, un pasaje que lo condujera al mar Pacifico y lo halló en 1519 dando su nombre al estrecho por donde transitó. Lanzado al través del Océano, murió en una de las islas de la Oceanía; mas uno de sus tenientes tomó á su cargo la tarea de dar la vuelta al mundo. Quedó entonces resuelto el problema de la posible circunvalacion de la esfera terrestre y se agregó un nombre más á la gloriosa lista de los navegantes atrevidos.

Los portugueses examinaban los asombrosos parajes del Brasil y encontraban en ellos célebres veneros metalíferos y multiplicadas producciones vegetales. Los holandeses, ingleses y franceses, sentaban su planta de propietarios en las Guayanas, y estos mismos extranjeros, guiados por Cartier, Champlain, Corte Real, Hudson, Baffin, Roberval, Smith, Raleigh y otros muchos, denunciaban en la vasta extension del Canadá, los campos de La Acadia, la Nueva Escocia, y otros puntos al Sur, en que hoy se han levantado florecientes y venturosas, las felices poblaciones de la Union Americana del Norte.

En busca de un pasaje Noroeste, hacia el hemisferio boreal, fueron, primero Frobisher, y Davis en 1576 y 77.

Pedro el Grande mandó al memorable danés Berhing en 1728, quien hizo ver al mundo el estrecho que entre los cabos Oriental y Occidental separa la América del Asia.

En época más reciente Cook, Carteret, Scoresby, John Ross, Parry, Franklin, Mac-Clure, Mac-Klinton, en indagación de la misma vía, se arrojaron con más ó ménos dicha, por encima de témpanos de hielo, grandes á veces como enormes cordilleras y con episodios frecuentemente dramáticos, recorrieron las tierras polares del Norte y marcaron sobre la carta el ansiado pasaje, por entre un dedalo de estrechos, de islas y bancos de inextricable disposición.

En tanto que eso se hacia, Drake, Lemaire y Schuten adelantaron para el Sur el camino de Magallanes y marcaron otro estrecho entre la extremidad de la Tierra del Fuego y las heladas islas que se estienden más allá.

Posteriormente fueron halladas, la Tierra Sabrina, la de Victoria, la de Graham, la de Derby, las Horcadas, las Malouinas y la Nueva Georgia.

VI

Con lo que hemos dicho hasta ahora, que más que un discurso espontáneo y corrido, parece un mal combinado índice de Geografía histórica, podrá el lector ver como en relieve y en sus más culminantes detalles, el Nuevo mundo descubierto. Este descubrimiento fué hecho, en todos sus pormenores conocidos, en el largo espacio de tres centurias y por la labor perseverante de aventureros comunes pero heroicos, de capitanes briosos pero crueles, de distinguidos náuticos y de ilustres sábios.

Efectivamente, todos los obreros á que aludimos, surcaron con la quilla de sus buques los mares vecinos y los ríos caudalosos; ojearon con escrupulosa atención los más recónditos pliegues de las Indias de Occidente, y por decirlo de una vez, levantaron con el tacón de su bota de campaña el plano geográfico de un inmenso territorio.

Entonces quedaron demarcadas las diferentes secciones de terreno, que debían servir más tarde para nuevas y grandes nacionalidades. Entonces la existencia física de esta parte del globo quedó revelada, si no en todos sus pormenores, sí en los puntos más salientes de su estructura material, y se consideró en cierto modo, como enteramente familiar para con todas las demás partes de la tierra.

La turbamulta de conquistadores y de viajeros ultramarinos en aquellas tres centurias, estuvo compuesta en su mayor parte de hombres adocenados que perseguían con ahínco las eventualidades favorables de la vida, y de guerreros audaces que comprendían y conocían bien su misión exterminadora. Un pequeño grupo de individuos de noble carácter, de honestas propensiones, de cumplida moralidad y de trascendental filantropía, forma una excepción honrosa pero escasa, á la dura calificación que hemos hecho.

Aquellos hombres, tomados en su generalidad, estuvieron completamente desprovistos del sentimiento de lo grande, de lo bueno y de lo bello. Así debemos pensar, porque á no haber sido de esa manera, las obras que nos hubieran legado en herencia demostrarían lo contrario; y porque á no haber sido así, el cuadro que se desarrolló á sus ojos y á su imaginación, debió haberlos conmovido y entusiasmado profundamente. Si no hubieran carecido del instinto de la poesía, ó si por lo ménos hubieran cultivado un tanto las facultades de su espíritu, grande habría sido el aliento con que hubieran cantado la sublime epopeya de la naturaleza, en el país espléndido y vírgen que se desenvolvió delante de sus miradas.

Con más esmerada educación, habrían visto con positiva sorpresa las elevadas crestas de los Andes, de los montes Rocalosos, de la Sierra de los Mimbres, de los Alleghany, de Parí y las ricas cimas de Matogroso. Siguiendo con la observación los puntos culminantes de esas gigantes molas, habrían pasado revista de los nevados y volcanes, que desde el Monte San Elías hasta la Tierra del Fuego se ofrecen á la contemplación; ya por las formas caprichosas y apacibles de los primeros, ya por los rugidos espantosos de los segundos. Se habrían deleitado con el estudio detenido del Orizaba, del formidable Popocatepetl, del Jorullo y de la hornaza inmensa formada por los picos volcánicos de Centro América. Habrían seguido con emoción las ondulaciones de las Sierras Nevadas de Santa Marta y Mérida; habrían observado alternativamente el Tolima y el Ruiz; el Huila y el Puracé; el Chiles y el Cumbal; el Cayambe y el Inubabura; el Pichincha y el Cotopaxi; el Ninahuila y el Ilinisa; el Antisana y el Altar; el Chimborazo y el Azuay y habrían asistido con interés á las formidables erupciones del Sangay y á las aterradoras convulsiones del Tunguragua.

Con espíritu más cultivado, en la exploración de los ríos y de los torrentes habrían visto extasiados y oído con asombro, el solemne ruido del Niágara, la formidable altura del Guadalupe y el fracaso atronador del Tequendama. La enramada de bosques seculares, arrojando su penumbra como un inmenso manto sobre la anchura de los ríos; las cascadas, los remolinos, las rápidas, el reposo de las olas en la llanura, haciendo contraste con los mil rumores formados en la pendiente de la montaña, habrían sido bastantes para sacudir profundamente la férrea organización de aquellos batalladores endurecidos.

Peregrinos perdidos en la soledad de los bosques y de las selvas intactas de América, aquellos hombres habrían gozado con la magnificencia de árboles centenarios, con el silencio de las florestas ó bien con las furiosas tempestades que en ellas fulminan de repente. El aspecto de la magnolia americana, la hoja argentada de las begonias, la borla encendida del arizá, el tallo sangriento de las erecinas y el tupido ramaje de las alternaneras, habrían sido capaces de levantar en la más grosera organización y en el espíritu más pobre, un canto místico, con expresión de alabanza al autor de tan lujosa creación.

El puente de Pandi, la cueva de Tuluní, el pasaje de Ruchihaca, los desiertos de Sechura y Atacames, las estepas del Nuevo Méjico, las florestas interminables, las sábanas de Apure, Casanare y San Martín y las pampas de Plata, con sus bellezas infinitas y sus típicos caracteres de magnificencia, habrían estimulado inteligencias ménos apocadas que las de nuestros primitivos conquistadores. Sin embargo, cada época del mundo tiene su función especial y tiene actores propios para desempeñarla. El programa de entonces se cumplió letra por letra y los elementos americanos que hemos enumerado, quedan como la base de otros tantos capítulos

del gran libro que algun día un cantor sublime consagrará á la grandeza del mundo de Colon.

No es difícil comprender que mucho pudiéramos estendernos, en la enumeración sumaria de las bellezas de nuestra patria; pero la índole de este escrito nos pone en la obligación de compendiar.

VII

Delineado como queda á grandes rasgos el plano de América, descubierta el escenario y visto el Nuevo Mundo, ocurre preguntar:

¿Descubierto ese mundo, qué se sabia respecto á él desde el principio del descubrimiento?

Sabiase que sus regiones setentrionales, cubiertas la mayor parte del año de hielos perpétuos, álgidos y estensos, eran la morada de abundantísimos rebaños de corpulentos búfalos, de enjambres preciosísimos de martas y de armiños, de zorros plateados y afelpados conejos, de tropas de ciervos y de osos blancos y en fin, de toda la serie animal cubierta de caliente lana, que debía abastecer el comercio universal de pieles, para adorno y abrigo de las clases opulentas y fastuosas de la zona templada.

Sabiase que en Méjico y en el Perú, el oro y la plata podían ser cortados con cincel en los copiosos veneros de Sombrerete y Potosí; que Soconusco, Guayaquil y Carácas, producían aromática y encantada la santa bebida de los dioses, con el nombre de Cacao; que el Hitzlihuala y el Carahuairazo, el lago de Tezcuco y las apacibles riberas del mar del Sur, con las crestas de los montes, los oteros y los collados, cambiaban por do quiera y como por obra de magia, el aspecto sublime de los paisajes para recreo de la vista y satisfacción del alma.

Sabiase que las tierras de Guatemala y la faja ecuatorial asustaban con el ruido de sus entrañas candentes y consolaban con la feracidad de su fecundo suelo.

Sabiase que, dejando á la espalda los cocoteros y los manglares, las frutas exquisitas y todas las maravillas del mar Caribe, con su cielo azul y trasparente en ocasiones y con sus vendavales y borrascas de otras veces, se entraba de lleno en el reino del Sol, en sus hondonadas tórridas, en sus ardientes valles, en sus calientes colinas, en sus templados rioscos, en sus frescas serranías y en sus heladas cumbres, rígidas por el frío de sus eternas nieves.

Sabiase que en esta parte de la zona equinoccial, el albergue de la humanidad tenía una rica aglomeración de elementos propios para el desarrollo de la vida física y para la perfección posible de la inteligencia. Acumulación indescifrable de productos indígenas, cada unos de ellos marcado con acentuados caracteres materiales. Había arroyos y torrentes de cristalinas aguas para calmar la sed; aire puro para refrescar los pulmones; campos propios para el cultivo del maíz, de la caña de azúcar, del café, del añil, del tabaco, del arroz, del trigo, la cebada, las papas, la yuca, la arracacha y de todos los agentes nutritivos que, andando los tiempos, debían alimentar y robustecer á sus habitantes.

Los mares estaban llenos de brillantísimas perlas; hubo islas de coral, peces de desconocida clasificación; oro y plata en Veraguas, Antioquia, Pamplona, Neiva, el Chocó; en los tributarios del Marañón, en las Californias, en Potosí, y en Chile y en otras partes. Hubo bellísimas esmeraldas en Muzo, Manta y Somondoco; aguilatadas turquesas, granates y rubíes, ópalos de toda especie, negrísimos azabaches, amatistas y topacios, ónix y zafiros. Finísimos diamantes, como chispas de estrellas, aparecieron en las arenas ferruginosas de las minas Geraes en el Brasil. Los esteros de Apure y Casanare ofrecieron con anticipación, corrientes eléctricas encerradas en la delicada carne del pececillo temblador; las mariposas de Muzo rivalizaban con el arco iris, al extender sus tiernas alas de abigarrados colores; la vainilla, el clavo y los canelos embriagaban con su aroma el aire de los bosques; troncos de corpulentos árboles manaban purísima leche; otros recogían en su áspera corteza bálsamos, resinas, gomas y aceites dando en copiosas cantides el estoraque, el tólo, la caraña, el maría, el anime, el copal, el copaiba y el algarrobo. Los cocuyos iluminaban en los valles, la negrura de la noche con su luz fosforescente; la fauna y la flora ostentaban sus primores, ya con pintadas y canoras avecillas, ya con animales de gustosa carne, ya con flores de imponente belleza, ya con plumas de brillantísimos reflejos, ó ya, en fin, con misterios profundos acerca de la vida orgánica y de las leyes que la rigen.

La historia natural, atrasada hasta entonces y vagando incierta en un mar de principios confusos, halló en América un anchuroso campo para el estudio y la observación. Desde el corpulento condor de los Andes, que respira libremente el empobrecido aire del Chimborazo y del Soratá, hasta el escamoso caiman, que se arrastra en el lodo de los caudalosos ríos, en los profundos valles: desde el osado jaguar, el oso corpulento y el loro lenguaraz, hasta las enormes serpientes de mordedura letal y las veloces iguanas que mueven como flechas su cuerpo de tornasol; desde los rápidos lagartos, las perezosas tortugas y los repelentes batracianos, hasta las ágiles ardillas, los monos burlones y los galanos coleópteros con esmaltada concha; desde la fina vicuña, el lanudo huanaco, y la mansa llama, que pacen los tupidos pajonales en las ateridas cordilleras, hasta las hormigas, las raposas y las martejas que esconden su existencia en las espesuras de los matorrales, en los huecos del terreno ó en los troncos carcomidos, y desde el irisado plumaje del pájaro mosca, hasta el súcio y feo de la gallinaza... ¡Cuán rico tesoro, cuán interminable serie de interesantes problemas para el sábio investigador!

Había en las costas del Perú y en sus cercanas islas, el abono suficiente para prolongar de un modo indefinido la fatigada y empobrecida feracidad del Mundo Antiguo, y había en las florestas útiles maderas de construcción. Las había aplicables á la ebanistería y á muchas clases de artefactos de ornato; blancas unas como el marfil de Oriente, moradas otras como la púrpura de Tiro; rojas éstas como la escarlata, negras aquellas como el azabache; pesadas algunas como la dura piedra, livianas otras como la ligera lana; veteadas y de fibra densa en ocasiones, porosas y blandas otras veces. Había sustancias impermeables como el caucho, barnices na-

turales, depósitos inagotables de carbon de piedra, caudalosas fuentes de petróleo, hacinamientos inmensos de mercurio, hierro en abundancia; plomo, cobre, zinc, estaño, níquel, platino; manganeso, cromo, iridio, montañas de sal gemma y todo ó casi todo lo que constituye la opulencia del reino mineral.

Había plantas medicinales, entre las cuales descollaban por sus virtudes la raitilla, la zarza, el guayaco, la jalapa, la genciana, la cañafistula, el tamarindo, el matico, el guaco, el cedron y el árbol sagrado de los Incas, la milagrosa quina, que más tarde debía llegar como una redención física para las dolencias del hombre.

Entre las frutas indígenas para el agrado y alimentación de los americanos, lucían por sus propiedades y por sus simpáticos caracteres: la noble piña refrescante y delicada, la suculenta chirimoya, el dorado madroño, el azucarado nispero, el delicioso zapote, el corpulento mamey, el resinoso caimito, la abundante guayaba, la dulce granadilla, la atemperante papaya, el aguacate nutritivo, la aromática badea, el coco, el anon, la piñuela, la uva silvestre, el pepino, la ciruela, la guama, la almendra de los bosques, el marañón, la mora y el plátano profuso, riqueza del industrioso labrador y abierto tesoro para el indigente.

Los ríos eran navegables en su mayor parte; había anchurosos golfos, ensenadas apacibles, tranquilas bahías y abrigadas caletas. Había... ¿pero qué sirve continuar la enumeración de tanto recurso y elemento provechoso, cuanto la sábia y bienhechora Providencia acumuló en esta parte del globo?

Todo eso, y mucho más, cuya mención puede apenas entrar en el vastísimo campo de la inteligencia humana, se halló repentinamente en las nuevas tierras descubiertas y se presentó como ofrenda á todo el mundo conocido.

No bien se hubo mostrado la América á los ojos admirados de las sociedades europeas, cuando se levantó en el ánimo de aquellas un estenso movimiento de explotación y de tráfico. Los mares se cubrieron de naves, el comercio vigorizó su aliento, el Mundo Viejo envió hombres para su conquista y colonización; mandó nuevas razas de animales domésticos, útiles semillas para la aclimatación; multiplicados géneros para satisfacer las necesidades comunes de la vida, y envueltos en todos esos artículos, vinieron muchos de los elementos de su hasta entonces adquirida civilización.

Hubo bien pronto grandes centros de población, en que la actividad del hombre llegó en ocasiones á un ardor febricitante, y si bien es verdad, que al lado de los primeros movimientos de civilización, la existencia es de todos países, bajo muchos respectos ha estado caracterizada por el sueño letárgico que ha distinguido siempre el espíritu de coloniaje; y si también es cierto, que en una edad posterior, hemos venido sufriendo los sacudimientos convulsivos de las dolencias infantiles, también es evidente que en el fondo de tanto sufrimiento, la voz de Dios se hace oír omnipotente y segura, para ordenar que la humanidad marche con firmeza y llegue á los altos destinos que le tiene preparados en un teatro lleno de grandeza y majestad.

El mundo conoce hoy la importancia de este continente y la conoce bastante para ensalzar y engrandecer cada día más el inmortal y augusto nombre de su descubridor, así como también el nombre ilustre de los personajes que han contribuido á su mejor conocimiento. Las generaciones anteriores entrevieron y admiraron la colosal influencia de América en los destinos ulteriores de la humana estirpe; pero la magnitud de esta influencia, no será apreciada en toda su importancia sino por las generaciones venideras.

MANUEL URIBE ANGEL.

Medellin, (Nueva Granada) 1880.

REFORMAS EN FILIPINAS.

Contrista el ánimo la absoluta é inverosímil ignorancia en que los indios viven despues de más de tres siglos que han debido ser de civilización y progreso. Se sale de Manila y de los pueblos inmediatos, y la oscuridad reina como señora en todas partes. Contra la voluntad de los Gobiernos de Madrid, á pesar de sus órdenes y disposiciones — algunas tan enérgicas como bien intencionadas — y á despecho de la conveniencia misma de indígenas y peninsulares, poca ó ninguna atención se presta á la verdadera enseñanza en aquellas remotas provincias. Las influencias locales, más partidarias de la rutina que del progreso, y la pereza constitucional de los indios, más propensos á vivir como sus padres vivieran que á elevar su nivel moral é intelectual en provecho propio, matan toda iniciativa y hacen estéril todo proyecto. De aquí las supersticiones, muchas increíbles é incalificables, que en los pueblos hay; de aquí la ineptitud, la pobreza, el atraso de las islas. No faltan maestros ni escuelas; empero aquellos y estas deberían ser más y estar mejor dotados, con lo que España ganaría mucho en todos conceptos. Para llegar á este fin, único acaso que puede levantar la condición de Filipinas, estimo que, sobre el aumento que indico de las escuelas y de la dotación de sus maestros, sería de no escasos resultados estimular constantemente el celo de los párrocos para que presten más atención á la enseñanza, hagan guardar á los maestros el respeto que por su ministerio merecen, y prediquen á los padres la necesidad de la enseñanza de sus hijos. Nadie como los frailes, cuya influencia, basada en la tradición, es grande, puede contribuir á que los insulares entren resueltamente, sin que éste cambio traiga consigo el que desaparezca su fervor religioso, en el ancho y hermoso camino de la prosperidad á que tienen tantos títulos. Abrigo la persuasión íntima de que los Reverendos Párrocos, con sólo cumplir y hacer cumplir las órdenes del Gobierno de Manila, realizarían esta envidiable y

patriótica empresa, á la que coadyuvaría singularmente la iniciativa de proponer de la Asamblea insular á que me refiero en el artículo segundo.

No causa menos dolor que el estado deplorable de la enseñanza, el deplorable de las comunicaciones. Y es posible nada en un pueblo de más de seis millones de almas que carece casi en absoluto de comunicaciones? Hay poquísimas carreteras, y éstas en censurable descuido; se carece de puentes; apenas llega á nuestra noticia el proyecto de algun ferro-carril; no existen tranvías; las estaciones telegráficas son contadas; diríase que desde la conquista hasta la fecha solo se ha emprendido y hecho lo puramente indispensable para que, con mil peligros, puedan los viajeros trasladarse de un punto á otro. El cuerpo de ingenieros cumple con celo su misión, y la buena voluntad de todos haría prodigios; pero faltan medios, elementos, recursos locales para abrir comunicaciones. La centralización más absurda é incapaz arrebató á las provincias el derecho de proveer á las exigencias de sus intereses generales. Todo tiene que ir á Manila, que someterse al criterio incompetente de una burocracia constantemente removida. Mueren allí los asuntos, archívanse los expedientes, y mientras tanto las provincias carecen de las más sencillas vías de comunicación. El trabajo personal de las *polistas* es como un golpe de azada en las montañas de los Pirineos. En vano las lluvias y tempestades arrojan anualmente una triste estadística de las desgracias que este estado de los caminos produce; en vano clama la opinión por un remedio pronto y eficaz; en vano los ingenieros, los Párrocos y las autoridades locales piden el auxilio de Manila. Pasado el peligro de las aguas pasan con él las angustias y los temores, y la indiferencia en unos y la impotencia en otros mantienen perdurablemente en caminos de cabras montesas los que debieran ser caminos de un pueblo bien administrado. Y no son, ni mucho menos, cortas las distancias, antes bien, miden las leguas que la siguiente curiosa relación pone de manifiesto:

	Leguas á Manila.
Del distrito de Abra.....	71
Albay.....	78
Antique.....	98
Bataan.....	10
Islas Batanes.....	150
Batangas.....	21
Bulacan.....	5
Islas Calamianes.....	100
Cagayan.....	76
Camarines Norte.....	55
Camarines Sur.....	62
Capiz.....	86
Cavite.....	3
Cebú.....	132
Distrito de Dabao.....	228
Ilo-ilo.....	105
Ilocos Sur.....	71
Ilocos Norte.....	88
Ysabela de Luzon.....	83
Laguna.....	17
Leite.....	100
Marianas.....	378
Distrito de Masbate y Ticao.....	84
Mindoro.....	28
Distrito de Misamis.....	176
Isla de Negros.....	112
Nueva Ecija.....	22
Nueva Vizcaya.....	57
Pampanga.....	12
Pangasinan.....	37
Samar.....	111
Distrito de Surigao.....	136
Tayabas.....	22
Union.....	40
Zambales.....	30
Zamboanga.....	187

Puede calcularse por este dato cuán peligroso es viajar en Filipinas, qué de penalidades y aun desgracias no habrán presenciado sus *caminos*, y hasta dónde contribuyen á la pobreza del país distancias tan considerables salvadas sin carreteras, sin puentes, sin líneas de vapores ni de buques de vela, sin tranvías, sin nada, pues repito que son pocas las provincias que tienen calzadas y menos las que tienen comunicación periódica por el mar. Ciertamente que en un pueblo así administrado no es posible el comercio, la industria ni la agricultura. Apelo al testimonio de los peninsulares que hayan viajado por las provincias; que digan si, excepción hecha de algunas comarcas próximas á Manila, no están aquellas, en cuanto á vías de comunicación, en el más censurable de los abandonos. Debe facultarse ampliamente á las autoridades civiles, esto es, á los Alcaldes Mayores ó Gobernadores para que, por los medios justos que una ley ó disposición expresa determine, abran vías de comunicación entre los pueblos de una misma provincia, entre las provincias naturalmente, y por lo tanto con la capital. No solo es esto conveniente, y más que conveniente indispensable para el progreso general de las islas, sino que importa muy mucho tenerlo en cuenta á la Metrópoli y á los capitanes generales del Archipiélago bajo el punto de vista político. Es preciso que, perturbado el orden público en un pueblo cualquiera, la acción de la fuerza se haga sentir con la rapidez que en casos semejantes debe emplearse. Hoy

no podría hacerse por las razones antedichas. Cuiden los Gobiernos de acabar con esta gravísima y no imposible contingencia.

En el artículo primero de este brevísimo y modesto trabajo doy una idea general, no más que general, de la riqueza de todas clases que hay en Filipinas. Cuanto en este sentido se diga de aquel país es poco. La preferente atención que los alemanes dedican al conocimiento y estudio de las islas, es buen testimonio de ello. (1) Nosotros, sin embargo, no sólo hacemos escaso mérito de joya tan valiosa, sino que miramos con ojo poco menos que indiferente los trabajos que aquellos vienen preparando en la opinión de su patria acaso para predisponerla á un golpe de audacia. Surcado su suelo de ríos y pantanos, permite, mediante lo variado del clima, una fertilidad diversa y prodigiosa. Además de los productos anteriormente y á la ligera dichos, cria en abundancia considerable animales domésticos y salvajes, como el cerdo, la cabra, el perro, el gato, la gallina, el búfalo, el corzo y el jabalí, y en no menos proporción el buey, el caballo y el carnero, introducidos por los españoles. Entre sus minas las hay de oro, plata y hierro casi sin explotar; vários de sus ríos arrastran pepitas de oro; en las inmediaciones de los volcanes, que son muchos, se coje azufre, y en algunas de sus costas el ámbar.

Un país tan rico tiene, no obstante, por el torpe empirismo de nuestra administración, un presupuesto de gastos é ingresos que no resuelve otro problema que el mezquino de vivir al día. Los gastos calculados para 1880-81 ascienden á 15,185,632 pesos, y los ingresos á 14,630,486, resultando, por consiguiente, un déficit de 555,146. Respecto á su comercio de importación y exportación, la cifra que arroja no es menos triste. La recaudación de aduanas, por ejemplo, llegó en el mes de Junio del presente año á la suma de 160,801 pesos, superior, sin embargo, á la de igual mes de 1879, y el pormenor de las importaciones y exportaciones durante el primer trimestre de 1880 es como sigue:

	Importacion.	Exportacion.
Enero.. Pesos fuertes.	114 816 56	15 985 95
Febrero.....	111 251 37	21 400 19
Marzo.....	147 616 58	19 197
Abril.....	155 619 56	29 096 12
Mayo.....	136 329 57	19 221 75
Junio.....	124 706 92	32 908 29

Como se vé, no son esas, ciertamente, las sumas que el comercio de importación y exportación de un país tan favorecido por la naturaleza como Filipinas debía acusar. Consuélenos que no es mejor el movimiento mercantil, pues segun datos oficiales hé aquí la exportación del primer trimestre de 1880:

	Kiló. ramos. exportados.	Valor. = Pes. fts.
Abacá en rama....	23 745 792	2 675 614
—el obrado ó járcia.	319 426	61 120
Añil.....	76 199	78 316
Tintarron.....	266 104	27 867
Arroz.....	376 880	13 452
Azúcar.....	55 969 176	2 760 703
Café.....	3 494 197	1 382 478
Maderas tintóreas...	3 375 760	78 055
		7 078 055

Para los que conocen prácticamente ó de referencia escrupulosa las Islas Filipinas y los milagros de la economía aplicada á pueblos tan ricos como aquel vasto Archipiélago, las anteriores cifras no podrán menos de causarles honda pena y profunda amargura. Hace falta despertar la actividad de los indios y los elementos de su suelo, siquiera hasta conseguir un presupuesto análogo al de otros pueblos de la vieja Europa, cuya tierra, seca por la edad, y cuyos habitantes, menos en número que los que pueblan Filipinas, disfrutan, sin embargo, de las ventajas incontestables de los grandes presupuestos. Para lograr esto debe empezarse por que el presupuesto de las Islas se discuta y apruebe en Córtes, como se hace ya con el de Cuba y Puerto-Rico, y porque la Asamblea insular que propongo intervenga por ahora, como cuerpo consultivo, en su estudio y formación. El indio, en la casi totalidad de las provincias, especialmente en las que no se dedican al tabaco y al abacá, nada hace, y es preciso que las necesidades y los estímulos de una buena administración le saquen de la pereza en que, más que vivir, vejeta (2). No se me ocultan los defectos orgánicos de la raza malaya; pero considero que los Gobiernos de la Metrópoli encontrarán, si al estudio del asunto

(1) Hé aquí una prueba, que aduzco para estimular el celo de nuestros Gobiernos, de modo alguno para satisfacer con la publicidad mi amor propio de autor.—De la edición de 2.000 ejemplares de mi libro *Recuerdos de Filipinas*, cerca de 150, número considerable si se compara con la venta que obtiene allí la inmensa mayoría de las obras españolas, se han vendido hasta la fecha en Alemania, donde se publican á menudo obras tan interesantes acerca de la riqueza, población y geografía de Filipinas, que alguna de ellas las consultamos los españoles mismos, la de Yagor, por ejemplo.

(2) A 24 millones de hectáreas asciende el suelo sin cultivar.

to se deciden con celo é inteligencia, medios sobrados de progreso y engrandecimiento. Nadie que haya estado, aun poco tiempo, en Filipinas, puede creer imposible el remedio eficaz de tantos y tan diversos males como afligen en una inacción inverosímil aquellas desventuradas provincias. Estimúlese en los indios el amor y aun el egoísmo de la propiedad; procúrese la estension de las artes mecánicas y liberales y de ciertas profesiones científicas y literarias; aprovéchense sin recelos los conocimientos de los filipinos ilustrados dándoles en la administración los puestos que merecen; tómense las medidas económicas y de gobierno que el estado del país reclama, como proteger la emigración á las Islas de los miles de peninsulares que salen todos los años para América, Orán y Argel en busca de trabajo, y antes de mucho tiempo Filipinas figurará al lado de los pueblos más ricos y felices de la tierra.

Paso á tratar ahora de las órdenes monásticas, que, por lo mismo que constituyen una fuerza principalísima, he dejado para lo último. Bien saben, pues lo dijo Jesús, que los últimos serán siempre los primeros. Empiezo por presentar el siguiente estadito, que resume con brevedad su clasificación y el número de religiosos de cada Orden:

Órdenes religiosos.	Religiosos.	Legos.
Agustinos Descalzos.....	216	9
Agustinos Recoletos.....	250	20
Dominicos.....	141	20
Franciscanos.....	188	11
Jesuitas.....	87	3
Congregaciones de San Vicente de Paul.....	29	10
TOTAL.....	911	70

Me han supuesto varios periódicos religiosos enemigo de los frailes de Filipinas, y no lo soy. Que yo encuentre defectos en su organización, así como en la vida que hacen algunos de ellos, no quiere decir, en verdad, que sea enemigo, ni aun adversario, del clero regular de las islas. Soy tal vez el único escritor liberal que sostiene firmemente que sólo los frailes, y si no los frailes con exclusion de otros elementos, de manera esencialísima, conservan para España aquellas provincias. No conociendo el país se habla mucho, —de memoria por supuesto,—contra las Órdenes monásticas, pero conociéndolo no es posible incurrir, á sabiendas, en tan grande injusticia. Los frailes son, por descuido de nuestros Gobiernos y por tradición no fácil de romper, el elemento de cultura de los indios y el más fuerte lazo que á España los une.

El indio confunde, como todas las masas sociales, la moral con la religión; hace de éstas una cosa misma, ó cuando menos dos absolutamente inseparables; de aquí el prestigio, la autoridad, el respeto de las órdenes monásticas en Filipinas. Unase á este hecho induditable que la conquista ha sido obra de los frailes antes que de las armas, y se comprenderá mi afirmación de que, por ahora, son necesarios. Lo que hay es que yo estimo preciso, ya que tan evidente es su influencia, asociarlos de algun modo, mediante sábias y prudentes disposiciones, á las autoridades de las islas, lográndose así que la responsabilidad de su conducta y de sus actos sea clara y efectiva. Es menester contar con ellos para todo, aunque dignamente y con entereza; asentir á su importancia, aunque no á su impunidad; unirlos á la administración de manera que sean el más eficaz auxilio de la nueva vida que propongo, no obstáculo manso, pero irresistible, á reformas de todo punto indispensables para bien de ellos, para bien de los indios y para bien de la Metrópoli. Hay patriotismo, en cien ocasiones probado, en las órdenes monásticas de Filipinas para dudar siquiera de su poderosa cooperación á un Gobierno inteligente y enérgico que resuelva, con discreto y pacífico progreso, enmendar yerros pasados y actuales hasta que las islas reciban de lleno y por siempre la luz de la civilización, no menos fecunda y hermosa que la luz de los cielos.

Deben los frailes, y haciéndolo quitarían armas á la enemiga y motivos á la murmuración, procurar por los medios tan numerosos como efectivos que en sus manos tienen, que los Gobernadores y Tribunales cumplan exactamente las órdenes que de los Alcaldes Mayores y administradores de Hacienda reciben ya sobre asuntos de la tributación, ya sobre caminos y calzadas, ya sobre ornato de los pueblos, ya, en fin, sobre las escuelas, los maestros y la enseñanza: que si es cierto que muchos Reverendos hacen en todos estos casos quizá más, mejor y más barato que lo harían las autoridades mismas, no es menos cierto que otros, por error en los procedimientos, sin duda, disculpan y aún alientan el natural abandono de los indios, con lo que el principio de gobierno cae por tierra y cada pueblo es un Estado independiente sin otro freno ni otra voluntad que la del párroco. Y como esto sucede casi siempre contra los terminantes apercibimientos de los Obispos y Provinciales, á quienes poco ó nada ayudan las distancias de los curatos, diríjome á ellos singularmente y sin otra mira que la del bien común. Yo no dudó que este respecto, como en los demás, el querer haría milagros, cual lo hace en la hospitalidad generosa y sin ejemplo de las casas conventuales, nunca bastante agradecida y ensalzada por la llana franqueza

con que los frailes la brindan desde luego á todos los viajeros sin excepción.

Otra de las cosas en que los Padres deben poner prudencia suma, cuidado especialísimo, es en el fomento del clero secular, pues por lo mismo que se compone de indígenas, importa mucho tenerlo constantemente sobre aviso. A 911 asciende, como hemos visto, el número del clero regular, y á 777 el del secular en esta forma, hasta no más desproporcionada:

	Peninsulares.	Indígenas.
Presbíteros.....	28	650
Diaconos.....	1	29
Subdiaconos.....	»	19
Minoristas.....	»	20
Tonsurados.....	»	30
Total.....	29	748

Setecientos cuarenta y ocho sacerdotes indios, (lo son en su inmensa mayoría), no sólo acusan un desviamiento de profesión tan equivocado como censurable, sino que, dado el fanatismo religioso de los pobladores de Filipinas, entiendo que constituyen un peligro político de explosión más ó ménos remota. Nadie gana con este sistema de hacer curas filipinos; ni ellos porque á cambio del hábito dan á los extranjeros las artes, las industrias y el comercio del país, ni los frailes porque en cada sacerdote tienen un rival envidioso, ni Filipinas porque no está tan sobrada de talentos que pueda emplearlos impunemente en la teología y el latín, ni la Metrópoli porque harta sufre desde principios del siglo el pago que el clero indígena suele dar en las provincias ultramarinas. El Gobierno y los Obispos deben ocuparse y preocuparse de esto, inclinándose al lado útil las aficiones de los naturales hasta que el estado de las islas permita distraer una parte de su fuerza sin perjuicio notorio de los intereses generales del país.

Tan necesaria considero por hoy esta conducta, como que los Reverendos Provinciales procuran con más severidad que pasión que los Padres salgan de la Península para Filipinas cuando cuenten cierta edad, treinta años, por ejemplo, y una buena instrucción. Van ahora muchos de veinte años y con la inexperiencia consiguiente, y claro es que á hombres de tales condiciones no puede exigírseles, por muy ascéticos que su propósito y su educación fueren, aquellas prendas de carácter moral que tan bien sientan al hábito que visten.

Tales son, y con esto termino de una vez mi ligerísimo trabajo, las reformas y cuidados que reclama el Archipiélago filipino: una prudente organización del mando superior, las modificaciones necesarias en la división territorial y en las facultades de los empleados de provincias, la completa unidad del habla castellana, la enseñanza pública como fundamento de un brillante porvenir, las vías de comunicación como base esencial de toda suerte de relaciones, el desarrollo de la riqueza de su suelo, la armonía del clero regular con la administración y las necesidades de los tiempos, y la libertad de que carecen allí desde fecha inmemorial los dos grandes instrumentos que estenden y aseguran el progreso: el libro y el periódico. Hágase así y pronto, lo más pronto posible, y nada tendrá que envidiar aquella tan hermosa como desatendida provincia española á sus vecinas las colonias inglesas y holandesas.

FRANCISCO CAÑAMAQUE.

NOTAS Y APUNTES

de un viaje por el Pirineo y por la Turena, hecho en el verano de 1878.

BLOIS.

Al llegar á Blois que ya dista de París nada más que 178 kilómetros, no se descubre, viniendo por el camino de hierro desde Amboise, su maravilloso aspecto. Esta ciudad es capital del departamento de Loire y Cher, tiene poco más de veinte mil habitantes y es cabeza del obispado de su nombre. Construida en anfiteatro á las márgenes del primero de los ríos que denominan el departamento en la falda de unos cerros, presenta sus edificios del modo que indica Víctor Hugo en estos versos de las Hojas de Otoño.

Montez á travers Blois cet escalier de rues
Que n' inonde jamais la Loire au temp de crues.

El origen de la ciudad es muy antiguo, y como otras de las márgenes del Loire existía en tiempo de los galos, aunque no tuviera gran importancia, según indica el nombre latino de pagus Blesensis con que la designan los antiguos geógrafos que, como se sabe, significa un grupo de aldeas ó caseríos, entre los cuales es posible que fuese el principal el que ocupase el mismo lugar en que hoy está Blois, donde se supone que existía una fortaleza á cuyo amparo construyeron los habitantes sus moradas: un grupo de ellas, que se cree el más antiguo, conservó mucho tiempo el nombre de Bourg de Foix y en su territorio es donde se han encontrado algunos restos romanos; uniéronse á él otro llamado Saint Jean des Greves, sirviendo de vínculo entre ambos un terreno llamado Bourg moyen, nombre que indica la posición que ocupaba; éste fué rodeado de murallas andando el tiempo, constituyendo la verdadera ciudad y siendo los otros sus arrabales. En el siglo XI se formó otro arrabal llamado le Bourg neuf, nombre que aun conserva; el de Vienne, que se llamaba isla de Vienne, por que le rodeaban dos brazos del río, no se consideraba antes como parte de la ciudad hasta que al construir el actual

punte en 1617, se unieron formando uno sólo los dos brazos del río.

Blois con su territorio formó en lo antiguo un condado casi independiente, que poseyeron tres distintas familias, hasta que el conde Guy II, agobiado de deudas, lo vendió, con perjuicio de sus herederos, al duque de Orleans, que empleó en esto la rica dote de su mujer Valentina de Milan. Bajo los Orleans, en 1429, Blois adquirió gran gloria, porque sitiada por los ingleses, dentro de sus muros se puso á la cabeza de los franceses Juana de Arco, para llevar á cabo las prodigiosas hazañas que aseguraron la independencia de Francia; por último, el condado de Blois se incorporó á la corona de Francia, en 1498, al subir al trono Luis XII, que venía siendo años antes el poseedor de aquel Estado, en cuya capital había nacido, por lo que, sin duda, la declaró exenta de muchos tributos y gabelas al ocupar el trono de Francia.

En 1523, reinando Francisco I, se redactaron en soberana asamblea los fueros de Blois y en ellos, despues de un largo proceso, se logró que quedaran exentos los habitantes de Blois de pagar *laudemio* al señor; este gravamen feudal consiste en la obligación de abonar un tanto por 100 cada vez que hay una trasmisión de inmuebles, en reconocimiento del dominio directo que el señor conservaba. En 1539 pasó por Blois el emperador Carlos V, y en 1560 se descubrió la conspiración urdida por la Renaudie, con conocimiento y aprobación del príncipe de Condé, por cuya causa, como he dicho, se trasladó la familia real de Blois á Amboise.

A pesar de la muerte de la Renaudie y de sus principales secuaces, el partido pro estante tomó en Blois gran incremento, por lo que logró posesionarse de la ciudad el 12 de Febrero de 1568, habiendo entrado á saco las casas de los católicos, asesinando además á los frailes que ocupaban el convento de los franciscanos, descuartizándolos y echando sus restos á los pozos; una lápida conmemorativa, que se conservaba todavía en la casa de la calle Rouille, número 35, recuerda estos horrores.

Pero el suceso más importante, ó al ménos el que más vivo recuerdo ha dejado en la historia de los ocurridos en Blois, es el asesinato de los Guisas, de que me ocuparé cuando hable con alguna extensión, aunque no con toda la que merece su importancia, del magnífico castillo que es el mejor ornamento de la ciudad limitándose, por lo que se refiere á su historia, á recordar que el 22 de Mayo de 1808 pasaron por Blois nuestros reyes Carlos IV y María Luisa, despues de las vergonzosas escenas de Bayona y cuando se dirigían á Compiègne; los habitantes de Blois se agolparon ante la fachada de la fonda de la Bola de Oro, donde se alojaban aquellos desgraciados monarcas, y al asomarse á una ventana gritaron algunos: «¡Viva el rey!» á lo que éste respondió: «¡Gritad más bien, ¡viva la paz!» expresión propia del carácter tan bondadoso como débil de Carlos IV, y presentimiento de la heroica lucha que en aquellos días emprendía España para recobrar la independencia que sus torpezas habían puesto en tan gran peligro.

Contra lo que suele suceder en la mayor parte de las ciudades de Francia, semejantes en esto á todas las de Europa, no son las iglesias de Blois los edificios que más deben llamar la atención del viajero: la catedral, aunque tiene orígenes antiquísimos, tal como hoy existe, es en su mayor parte, obra de fines del siglo XVII y pertenece á un estilo bastardo, imitación descaortada del gótico: sólo la torre, que es del siglo anterior, es digna de mención por su esbeltez y por que se destaca desde lejos entre los demás edificios de Blois.

Entre todas las demás iglesias, la única que merece citarse, es la que antes se llamaba de San Laumer y ahora San Nicolás, que perteneció al monasterio de Benedictinos, que fué cuna del renacimiento literario de Blois. La iglesia de San Nicolás tiene la figura de cruz latina, cuyo árbol se estiende, según el antiguo rito, de Oriente á Occidente, y es de ochenta y seis metros, y la altura de la nave principal de sesenta y siete bajo la cúpula, que es una singularidad en esta region del Loire, pues no suelen tenerla los templos de la época de San Nicolás; el ábside y el coro son del estilo ojival de transición, y la nave y la fachada del siglo XIII. La portada principal ostenta sobre sus tres filas de arquivoltas estatuas que representan ángeles, reyes y profetas; encima hay una galería cubierta, compuesta de ojivas muy esbeltas, sobre columnas delgadas, y coronan esta galería cuatro ventanas y un roseton hecho en sustitución del que destruyeron los protestantes en el siglo XVI. Dos torres cuadradas sirven de marco á esta portada, que es de bellísimo efecto.

Entre los edificios civiles debieran ocupar el primer puesto las Casas Consistoriales; pero aunque construidas en 1459 y regaladas á la ciudad por Juan de Saveuse, primer chambelan del duque de Orleans, han perdido completamente su carácter por las sucesivas restauraciones, y principalmente por la fachada, construida en 1777, en el gusto viñolesco reinante en aquella época. En este edificio, constituyendo quizá su principal adorno, está hoy la biblioteca, que contiene cerca de 24.000 volúmenes, y aunque los conventos suprimidos suministraron el mayor número, lo que le da precio es la colección de Mr. de Themine antiguo obispo de Blois, que era un verdadero y entendido bibliófilo, y que viviendo como un anacoreta empleaba por mitad sus pingües rentas en limosnas y en libros. Hace poco se ha colocado en esta biblioteca el busto de Agustín Thierry, de quien diré algo luego.

El colegio de Blois no tiene, como edificio monumental importancia alguna; establecido en un principio en las dependencias de la abadía de Bourg-moyen, se reconstruyó á mediados del siglo anterior, y antes de estar terminadas las obras hubo de modificarse su plan primitivo, por la apertura de una calle que ocupó el sitio en que había de estar la fachada principal. Así es que desde la orilla del río, tras una verja, se divisan los huecos uniformes y faltos de carácter y de belleza que rompen la monotonía de sus uniformes muros; pero en cambio, es digno de atención, porque allí se dan con esmero los estudios que entre nosotros constituyen la segunda enseñanza, y sobre todo, por que en él se educaron varios escritores notables contemporáneos, entre los que descuella Agustín Thierry, antes nombrado, y su hermano

Amadeo; el primero refiere que su vocación histórica se reveló estando todavía en el colegio de Blois en 1810 por la lectura de los *Mártires* de Chateaubriand; la descripción que en este libro se hace del Imperio romano en su decadencia, y más todavía, la mención de los guerreros francos, dejaron en el espíritu de Thierry el germen de sus primeros trabajos históricos, de los que no hay para qué hablar, porque ninguna persona de mediana instrucción desconoce las *Relaciones de los tiempos merovingios* y la *Conquista de Inglaterra por los normandos*, que son los dos libros clásicos de este historiador, cuya dote principal, despues de la profunda y sagaz crítica con que examina y pone en su punto los documentos y demás fuentes de la historia, es su admirable estilo y el talento artístico con que presenta las escenas que refiere, llenas de tal movimiento y vida, que no parece sino que, leyendo su relato, asistimos á ellas como testigos presenciales.

Pertenecía Thierry á la brillante pléyade de los Guizot, de los Cousin, de los Jouffroy, que juntamente con literatos y poetas tan esclarecidos como Lamartine, Víctor Hugo, Balzac y Musset, dieron á Francia tan justo y alto renombre despues de la caída del Imperio, aunque no lograron, en el órden político, el ideal á que casi todos ellos aspiraban, y que consistía en unir las gloriosas tradiciones de Francia con el ejercicio normal y ordenado de las libertades públicas; Thierry, como otros, renunció, ante los errores de la restauración, á la política militante, consagrándose exclusivamente á los trabajos históricos; y aunque sufrió la inmensa desgracia de perder la vista, esto no impidió por completo su actividad, y ya ciego, dictó alguna de sus obras no ménos notable que las que le dieron fama por sus relevantes condiciones artísticas. Su hermano Amadeo, aunque no con iguales dotes, es el continuador de sus trabajos, y son muchas las obras que ha publicado, casi todas relativas á sucesos, á razas y personajes que pueden considerarse como los orígenes de las nuevas nacionalidades que ocupan en Europa lo que antes el imperio romano.

Dirigiéndonos al mercado, que en todas partes es digno de verse, por que dá una idea al viajero de la población que visita, encontramos lo que aquí llaman *les grandes fontaines* que quizá no merecen este nombre, aunque son dignas de verse. Los historiadores de Blois dicen que su acueducto tiene la particularidad de no tomar las aguas de ningún manantial ni de ningún río, sino que éstas proceden de las filtraciones que existen en el mismo conducto subterráneo que desagua en un depósito y de allí se reparten á varias fuentes de la ciudad, y principalmente á la que está cerca del mercado, adosada á la pared de una casa; es de la época de Carlos de Orleans, del gusto del renacimiento italiano, y aunque deteriorada principalmente por haberle arrancado en 93 los adornos heráldicos, todavía conserva algunas estatuas de mármol, que en su origen estaban doradas.

Uno de los monumentos más curiosos de Blois, es el hotel D'Alluye, que por desgracia no se conserva íntegro; está situado en la calle de San Honorato, lo hizo labrar para su santuosa morada, á principios del siglo XVI, Florimondo Robertet, ministro y secretario de Hacienda de Luis XII y de Francisco I, y tomó su nombre de la baronía de Alluye que perteneció á este magnate; allí residió el cardenal de Guisa, en 1588, cuando se celebraron las segundas Cortes (Estados generales) de Blois. Esta alhaja ha pasado por varios dueños, y hoy pertenece á la Sociedad de Seguros Mútuos de Loire y Cher. Hasta 1812 permaneció casi intacto el edificio, pero en esta fecha se derribaron dos de las cuatro alas que le formaban, dejando en medio un estenso patio rodeado de una doble arcada, como los claustros ó peristilos de que quedan en España tantos notables ejemplares, y en las enjuntas de los arcos superiores se ven hermosos medallones que representan los Césares. La escalera es más moderna que el edificio; forma una torre aislada del edificio que recuerda la de Chambord, de que hablaré luego, y también es notabilísima la grandiosa chimenea que se ve en el salón, que se ha restaurado, y que, como él, está cuajada de adornos esculpidos y de pinturas, entre las que se repite el escudo de los Robertet y el *puerco-espín*, que era el emblema de Luis XII. La fachada, de piedra, se eleva magestuosa ostentando sus bien proporcionados huecos, viéndose en las ventanas algunas rejas que parecen del mismo tiempo que el edificio.

Tiene ménos importancia artística que el anterior el Hotel D'Amboise, así llamado por que en él vivió el cardenal de este nombre, célebre ministro de Luis XII, y hoy casi no merecería citarse, despues de haber destruido la escalera exterior y la galería, que eran su principal adorno, si no fuese porque se conserva aún una ventana desde la que, según la tradición, hablaba el cardenal con el rey, que estaba enfrente en otra de la alcoba de su palacio; y además, un cronista refiere, que desde ella presencié Luis XII el torneo que se celebró para solemnizar, en 1509, el casamiento de Carlos, duque de Alençon, con Margarita de Angulema.

El hotel de la cancillería, es una de las casas más estensas y más antiguas de Blois; pero no ofrece ninguna particularidad que merezca mención especial; no así el hotel de Dionisio Du Pont, jurisconsulto notable de la época de Cuyacio y de Dumoulin, y comentador de los fueros de Blois, que levantó su casa en la misma época á que pertenece el hotel de Alluye, y, por tanto, es, aunque más pequeña, del mismo exquisito gusto; tiene una escalera análoga y una fachada de igual armonía en sus huecos, viéndose todavía, debajo de su entablamento, las divisas y motes de Du Pont y de su mujer; el del primero dice *virtus sine fortuna manca*, y bajo unas cazoletas de perfumes inflamados, dice el de la segunda: *chauftes d'ardents desirs*.

De otros hoteles, que en Castilla se llamarían palacios, se conservan vestigios en Blois, y sus nombres son los de los personajes, á que pertenecieron, todos de la aristocracia de principio del siglo XVI; entre ellos mencionaré el de Epernon, el de Gaillard, el de Guisa y el de Herault, en que se conservan aún hermosas reliquias; se entra en él por una galería de arcos rebajados adornada de esculturas muy deterioradas, y en un ángulo del patio se eleva una elegante torre cubierta por un airoso chapitel, y en el dintel de la entrada de la escalera se lee este dístico:

Spicula sunt humili pro hac, set bella superbo
Et vita ex nostro vulnere reatque venit

que trajo Claudio Paradín en sus divisas heroicas, de este modo:

*Aux humbles, c'est la paix aux orgueilleux la mort
Blessure ou guérison de se mesme lieu sort.*

alusión al valor y á la clemencia de Luis XII.

Cerca de la entrada de la ciudad, á la bajada del puente, está la calle de las Tres Llaves, y en ella se vé una torre que fija las miradas del transeunte por su carácter y antigüedad; esta torre, que se llama de la Plata, es el vestigio que permanece de la antigua casa de moneda que, como era costumbre del tiempo, formaba parte de la fortaleza de la ciudad, como sucede en Pau y como se vé en Sevilla todavía la torre de la Plata en la muralla que unía el alcázar con la torre del Oro cerca de donde está la casa de la moneda.

Una de las cosas más notables de Blois son las casas de madera de la calle de San Lubin, que se remontan á la época de Carlos de Orleans, el cual permitió á los habitantes de la ciudad, para su comodidad, que cortasen en sus bosques la madera que para construirlas necesitasen: dicen que el grueso tronco que forma la esquina de esta calle y de las Violetas, fué el primero que se trajo y colocó: estaba lleno de adornos esculpidos, como lo están los que forman las molduras de las puertas y de las ventanas, y los soportes de los pisos, formando todo un conjunto armonioso y artístico.

La prefectura y el palacio de justicia son dos edificios modernos, y por tanto faltos de carácter y de condiciones artísticas. La fachada del primero dicen, y es verdad, que se parece á la del teatro de Variedades de París, que es una de las infinitas imitaciones poco felices de los templos griegos: está situada en el extremo de la ciudad más lejano del río, donde se ha formado un nuevo barrio, á que estos edificios y la Alhóndiga han servido de núcleo. El teatro, á pesar de su reciente reforma, tampoco ofrece carácter alguno monumental: no actuaba en él ninguna compañía cuando estábamos en Blois; pero dicen que la sala está bien acondicionada y ofrece comodidades, que son raras aún en los teatros de París, pues salvo la nueva Grande Opera, dejan todos en esta parte mucho que desear.

El puente nuevo es asimismo obra moderna, pues se construyó para sustituir el que fué destruido de resultas del terrible deshielo que sucedió al crudo invierno de 1715, y lo más notable que hay en él es la pirámide de 18 metros de altura, que se eleva sobre la clave del arco central, que es uno de los pocos monumentos de la arquitectura del reinado de Luis XV.

Entre las industrias de Blois, la más digna de llamar la atención, es la cerámica, pues en la fábrica de Mr. Bernard, situada en el barrio de Foix, se hacen imitaciones muy apreciadas de la antigua Fayenza, con pinturas y relieves verdaderamente artísticos.

ANTONIO M. FABIÉ.

FISIOLOGIA DE LA DEMOCRACIA.

II Y ÚLTIMO.

¿Qué virtud política transmitió con su sangre Don Alfonso el Sábio á su hijo Don Sancho? Don Alfonso conoció la astronomía, de que dieron muestra las famosas Tablas Alfonsinas; historiador, filósofo, legislador, favoreció y reunió en su corte á los hombres más eminentes de su siglo en letras y ciencias, árabes y judíos, sin atender á su religión, sino á su sabiduría. La fama de su gran erudición voló á las naciones extrañas, y le valió los sufragios de algunos príncipes de Alemania, que en la Dieta en que se trató de elegir emperador, le elevaron al imperio.

Más deseoso de gloria que de deleites, de alma grande y privilegiado ingenio, ordenó leyes, estableció fueros, fué el primer rey de España que mandó que las escrituras públicas se redactaran en castellano, en vez de la lengua latina que antes se usaba; y no sólo se distinguió en el cultivo de las artes liberales y hasta en la poesía, sino que su esfuerzo en la guerra dilató sus Estados.

¿Y qué hizo su hijo Don Sancho, que no heredó las altas cualidades morales de su padre? Desposeer por el abuso de la fuerza á los legítimos herederos del trono, á sus sobrinos, hijos de su difunto hermano D. Fernando de la Cerda, el primogénito; rebelarse contra su padre, porque la codicia de reinar relaja y rompe los vínculos más sagrados, y pervierte todos los sentimientos: atraerse la ayuda de la nobleza, ganosa de su provecho; seducir por sus amaños y por las intrigas de sus parciales á las ciudades, y sólo Sevilla, la reina del Guadalquivir, permaneció fiel al anciano rey, que se quejó en sus célebres y sentidas *Cántigas* de la felonía del usurpador y ambicioso Don Sancho.

Y Don Enrique el Bastardo, que vengó en Montiel la muerte de su madre y de sus hermanos por el feroz Don Pedro, ¿comunicó á sus sucesores su viva inteligencia y su ánimo varonil? Don Juan, su hijo, no reunió ninguna de las dotes de su padre. Don Enrique, su nieto, llamado por la historia el *Doliente*, careció de salud y no tuvo su vigor y actividad. Don Juan II mostró afición á las letras, pero no fué idóneo para el gobierno, que rigió su privado constante D. Alvaro de Luna, que entregó al fin á la rivalidad de los grandes del reino para morir en un cadalso, y los grandes entonces dirigieron á su antojo los destinos del reino, subordinando á sus caprichos el decaído espíritu del monarca.

Y el último descendiente del Bastardo, Don Enrique IV, sólo se señaló por la flojedad de su carácter y por el descuido de su vida. Su estatura, adornada con la vestidura real, cetro y corona, fué arrojada del cadalso de madera que levantaron los nobles conjurados fuera de los muros de Avila, y

un pregonero, á grandes voces, publicó la sentencia que le desposeía del trono.

Y á pesar de que al morir, preguntado por su confesor fray Pedro de Mazuelos, prior de San Jerónimo de Madrid, á quién dejaba el trono y nombraba por su sucesor, dijo que á su hija Doña Juana, los nobles rebeldes que seguían el partido de Doña Isabel y de Don Fernando, la privaron de la herencia, acusándola de ser hija de D. Beltrán de la Cueva, por los amores de este favorito con su madre la reina Doña Juana, fundando su derecho en pretensión tan dudosa la que luego se llamó Isabel la Católica, protectora de Colon, que arrojó á los moros de Granada; y si fué usurpadora de la diadema que debió brillar en la frente de la infeliz hija de su hermano, ostentó al ménos relevantes dotes, que no pudo transmitir por cierto á su desgraciada hija Doña Juana la Loca.

Y el emperador Carlos I ó V, vencedor en Italia y Alemania, que tuvo preso en Madrid á Francisco I de Francia, derrotado en la batalla de Pavia, que concedió libertad de conciencia á los calificados de herejes, para resistir al gran turco Soliman, ¿infundió su valor á su hijo Felipe II, llamado el Prudente, tan hipócrita como fanático? De ningún modo.

Sólo tuvieron semejanza el padre y el hijo en que los dos rivalizaron en alardes de tiranía, ahogando en torrentes de sangre generosa las libertades de Castilla, Valencia y Aragón. Pero si Felipe II no recibió al nacer las demás grandes cualidades de su padre, le sobrepasó extremadamente en crueldad, haciendo degollar á su cortesano y servidor el duque de Alba, diez y ocho nobles, á los condes de Ora y Egmont en la plaza de Bruselas, y se ausentaron de Flandes más de treinta mil ciudadanos para no ser quemados en las hogueras de la Inquisición, de la que fué el más despiadado instrumento el duque de Alba, que difundió el espanto, la consternación y el duelo en aquellas provincias, que anegó en un mar de sangre.

Las ruines pasiones, los celos mezquinos de Felipe II, persiguieron á su antiguo privado Antonio Perez, rival de sus amores con la princesa de Eboli, condenó á morir á su propio hijo D. Carlos, y envidioso de los trofeos alcanzados en mar y tierra por su hermano D. Juan de Austria, no le envió socorros cuando le vió cercado en Namur por numerosos enemigos, y murió acometido por la peste, que desoló su ejército.

¿Y qué virtud transmitió con la sangre á sus descendientes Felipe III, Felipe IV y Carlos II? Indolente el primero, se dejó dominar por el duque de Lerma, lanzó del suelo español á los moriscos, ingrato con el duque de Osuna, que había sido el más robusto sostén de su vacilante monarquía, que empezó á decaer de su antigua grandeza: Felipe IV perdió á Portugal, esclavo de su ministro el conde-duque de Olivares, que pervirtió su corazón inspirándole el insaciable amor á los placeres, para gobernar en su nombre y ser el verdadero soberano. Agotó los recursos y el sufrimiento de la nación.

Carlos II, conocido por el *Hechizado*, débil, pusilánime, irresoluto, acabó de sepultar á la nación en el abismo de la decadencia.

Y Carlos III, ¿inspiró á su sucesor Carlos IV su espíritu de reforma y su solicitud por elevar el comercio, la industria, la agricultura, que le impulsó á fundar la Compañía de Filipinas, para hacer directamente el comercio de España con las Indias orientales; estableció el gabinete de Historia natural y la libertad de comercio, concediendo á los paqueboteros que se dirigían desde la Coruña á Puerto Rico, Habana y Rio de la Plata, el beneficio de llevar medio cargamento de productos españoles y volver con otro tanto de americanos, que anuló el monopolio de Sevilla y Cádiz, y extendió el comercio libre á varios puertos, entre éstos á Gijón, Barcelona, Santander, y por último á todos los de la Península y Canarias? ¿Comunicó por la sangre su vigor moral al degradado carácter de Carlos IV y al insidioso, ingrato y cruel Fernando VII, que coronó su sangrienta obra de hacer perecer en los cadalsos, presidios y destierros al partido liberal, cerrando las Universidades y creando cátedras de tauromaquia?

Son infinitos los ejemplos que podíamos presentar de todas las naciones, para confirmar nuestra tesis, pero no pasaremos en silencio la conducta política de Enrique IV de Francia, que revocó el edicto de Nantes, y no infundió por la trasmisión sanguínea su espíritu de tolerancia á sus descendientes, porque Luis XIV restableció el edicto y lanzó de Francia los hombres más eminentes por sus servicios, saber y virtudes.

Y los Orleans con los vicios del Regente, de Luis XV, la ambición de Felipe Egalité y la catástrofe de Luis XVI, ¿transmitieron á Luis Felipe y á sus hijos, á pesar de sus faltas, los escándalos de la Regencia? No. Los hijos no son responsables de los vicios y de los crímenes de sus padres, pero tampoco pueden reclamar el genio de sus padres, para fundar sus vanos derechos. Han aparecido sin duda, y pueden aparecer todavía en el teatro del mundo, mortales privilegiados que venera la humanidad; colosos formidables que levantan su frente gigante, resplandeciente con la auréola del genio, al través de las generaciones; antorchas de la civilización que aun derraman sus fulgidos resplandores en las cimas luminosas del ideal, iluminando los siglos y los tiempos desde las más remotas edades hasta las futuras, porque es imperecedera é inmortal su gloria. El universo repite admirado y respetuoso los sagrados nombres de Homero, Platon,

Apeles, Fidas, Demóstenes, Dante, Rafael, Murillo, Cervantes, Galileo, Descartes, Shakespeare, Newton. ¿Quién se atreve á disputar á estos semidioses, que reinan en el Olimpo de la divina belleza, el derecho y el don sublime que recibieron incontestablemente del Supremo Creador Omnipotente, de dominar, escarcear y encantar al género humano?

¿Y quién sería el insensato y el extravagante que se atreviera á sostener y afirmar que por descender directamente, y sin duda alguna, de varón en varón, de uno de estos grandes hombres, pretendiera ser, por su genealogía solamente, el príncipe de la astronomía, de la elocuencia, de la historia natural, de la escultura, de la poesía y de la filosofía de su tiempo?

Y si el descendiente de un músico insigne, de uno de esos genios de la armonía que han hecho palpitar el corazón de celestes emociones, y embalsado el espíritu con sus mágicos acordes, de un Paganini, Bellini, Donizetti, Verdi, Beethoven, Meyerbeer, se presentara al dueño ó su representante en el teatro de la Opera, y le dijera: «yo deseo dirigir la orquesta,» ¿qué le preguntaría indudablemente en qué títulos fundaba su pretensión, y si respondía el aspirante al mencionado cargo: «yo descendo por línea recta de uno de aquellos celeberrimos compositores, pero no conozco una sola nota musical,» el director del teatro le juzgaría demente, por más que invocase el genio filarmónico de su antepasado.

Igual demencia haría el que por descender de un ministro famoso, un marqués de la Ensenada, un conde de Floridablanca, ó Aranda, de Argüelles, ó Mendizábal, pretendiera dirigir los destinos de la nación, apelando á los méritos y talentos de su ascendiente, para que fueran fiadores de su nulidad.

La historia ha visto pasar los grandes conquistadores; los nombres de Cyro, Alejandro, César, Atila, Carlo-Magno. Cuando estas criaturas fantásticas, como las llamaba Chateaubriand, pasan, la tierra se encorva bajo su pasaje. Estos seres superiores violan todas las leyes, porque su voluntad omnífida es la suprema ley, el universo es su inmenso siervo, el volcan escupe la lava, el mar la espuma, y el alma de estos hombres vomita sobre el mundo las hidras, las serpientes, los monstruos que alimentan en sus entrañas, y derraman el espanto, el luto, el horror, la consternación, el hambre, la peste, el incendio, el saqueo, el exterminio, el degüello, la matanza, y enrojecen los arroyos, los ríos y los mares de sangre humana.

Son los Satanás desencadenados del abismo, las furias infernales con sus garras de tigre, su aliento ponzoñoso, su frente coronada de sierpes. Se llaman instrumentos de la civilización, astros providenciales, que iluminan á los pueblos. Sí, brillan como el rayo destructor, con el resplandor lúgubre de la noche; como Dios atormenta á las nubes, los déspotas creen imitarle atormentando á la humanidad. Negros Césares que siembran todos los crímenes en su camino. Viad hacia sepultar los turbantes en las cabezas. Alarico degollaba á los pueblos que se arrodillaban á sus pies.

Han sido instrumentos, no de civilización, sino de tortura. La sangre era su púrpura. Los vicios son los diamantes de su diadema. Bajo el César, bestia feroz, está el pueblo, bestia de carga.

La historia de los tiranos es el martirologio de las naciones. Han puesto los pies sobre la nuca de todos, y todos se han prosternado. Imitadores de Cain, han sido los fratricidas de Abel, el pueblo.

Carlomagno fué vencido en Roncesvalles por vascos, navarros, astures y leoneses, y el capitán del siglo, el arrogante Napoleon I, déspota odioso que invadió con traición é infame alevosía nuestro territorio, vió humilladas sus águilas altaneras por el heroísmo de nuestros padres, al defender la independencia de la Pátria.

César saqueó á Córdoba por haber defendido la causa de los hijos de Pompeyo, y despues de la batalla de Munda degolló más de veinte mil cordobeses. En Sevilla expuso la cabeza de Ennio Pompeyo.

Cuando penetró en las Galias, sus soldados exclamaban: *Hunc mecum calvum aducimus, urbane, claudite uxores.*

Alejandro murió en el vigor de la juventud, por sus excesos y por sus orgías.

César asesino á la ley, como más tarde Napoleon I mató en Brumario la República. Traidor y perjuro como Napoleon III, en la noche del 2 de Diciembre, perpetró la misma felonía, igual infamia. Estos Napoleones parecen exentos de la ley común, porque heredan los unos de los otros idénticos crímenes. Mienten, cometen perjuros, espolian, saquean, levantan cadalsos, destruyen, incendian; todos los déspotas están vaciados en el mismo molde. Son monstruos al nacer, y demonios al morir. Los dos Napoleones han tenido el privilegio de atraer sobre su patria la invasión extranjera, y de que los cosacos y los hulanos acamparan en el recinto de París; la ciudad de la inteligencia, la Atenas moderna profanada por la fuerza brutal. Los responsables de tan sangriento baldon han muerto jironía del destino! en Inglaterra, que fué tan funesta al jefe de esta familia y en la lucha de esta nación contra los Zulús, ha ido á sucumbir sin gloria el desgraciado hijo de Napoleon III, lo que confirma una vez más, que sólo pudieron vanagloriarse los cortesanos del segundo imperio, de algunos rasgos físicos que predom-

minaban en el vencido en Sedán, y que les parecía recordar su semejanza con el vencedor de Austerlitz; pero el tío no comunicó ciertamente su genio militar y político á sus sobrinos padre é hijo. Los hechos son tan elocuentes, que no necesitan más demostración.

En resumen: ¿ha sido personal el genio, más ó ménos fatal para el género humano, que les dió al nacer el dispensador Altísimo de los dones terrenales, ó los concedió también á su familia, á su posteridad? La historia nos ha enseñado cual ha sido el destino de los sucesores de Ciro, Alejandro, de los herederos de Atila, de los hijos de Carlomagno, de los sobrinos de los Césares, y en estos tiempos de los de Napoleón y de sus hermanos.

Así como sería ridículo, según antes hemos observado, que un hombre se prevaleciese de su descendencia, aunque pudiera ser probada, de Homero, para llamarse el príncipe de la poesía, lo sería igualmente que otro hombre tratase de probar su consanguinidad con César, para pretender ser reconocido el príncipe de los pueblos.

Porque un grande hombre se haya encontrado en una familia y tomado posesion del trono, puede dar á otro hombre en virtud de la sangre, porque algunas gotas de sangre del gran hombre circulen en sus venas, porque tenga alguna cosa de su exterior, de su tez, de su rostro, esto no más, puede constituir un privilegio para ejercer un derecho hereditario?

Para los realistas que proclamaron el derecho divino, el derecho divino no es sino cierto derecho conferido por la divinidad á algunos mortales personalmente con exclusion de los otros, sin exceptuar la familia, los ascendientes, los colaterales ó los descendientes, si los hay de estos seres privilegiados.

¿Existen en el mundo individuos, nuestros semejantes respecto de todo lo demás, marcados especialmente de este sello divino? Indudablemente, y ya los hemos señalado desde Platon hasta Newton, y como las leyes establecidas por Dios son constantes, el mundo verá todavía estos seres extraordinarios que aparecen en los orígenes y en las grandes crisis, en la expansion de las civilizaciones y en la construccion de las nacionalidades. Washington, Guillermo Thell, Cavour, Bismark, y otros que en España y en Europa han contribuido á establecer la unidad moral, intelectual, política y social de las naciones.

Divide y vencerás, fué la máxima inspirada por el genio infernal de la antigua tiranía; pero el genio tutelar de la democracia moderna, opone al maquiavélico y maléfico espíritu destructor de la libertad, la fórmula salvadora: *La union constituye la fuerza.*

En el décimo quinto Concilio toledano, compuesto de sesenta y seis obispos, al principio del reinado de Egice, Juliano compuso un apologético en que pretendió probar que en Dios procede voluntad de voluntad, y sabiduría de sabiduría, y que Cristo nuestro Señor consta de tres sustancias, y tres naturalezas, divinidad, cuerpo y alma. Demás de esto, las distinciones abstractas con que se significan las formas, á veces se toman por las concretas que significan los supuestos: de suerte que tanto es decir, que sabiduría procede de sabiduría, como si dijera: «el hijo sábio procede del padre sábio.»

Esto en tésis general es un error demostrado por la historia natural y por la filosofía de la historia, que ha destruido las preocupaciones que en materia de derecho público ha podido respetar la ignorancia del pueblo. Pero el prestigio de otros siglos ha desaparecido, porque el absurdo no puede reinar siempre.

El problema difícil á cuya solucion no han conducido hasta hoy ni la anatomía aplicada á la botánica, ni la embriogenia comparada de las especies y de los reinos, ha sido resuelto por *la Fisiología de la Democracia.*

EUSEBIO ASQUERINO.

EL MATERIALISMO MODERNO.

IV

Hemos visto que lo inconciliable del movimiento espontáneo con la materia impide á las escuelas materialistas explicar el universo, sin acudir á un primer motor, al gran gémetra, que decían los pitagóricos, ó sin caer en el idealismo y por consiguiente, sin desmentirse. De la misma impotencia están heridas para explicar la vida y el pensamiento: aquella por las solas combinaciones de la materia orgánica; y el pensamiento, por medio de una mera funcion orgánica del cerebro.

Aun cuando no sea el de la fisiología y las ciencias físico-químicas el terreno por nosotros elegido para demostrar el error capital del materialismo, en nuestro propósito de no esquivar cuestiones, ni soslayar argumentos, expondremos, si quiera sea someramente, el estado del debate y los últimos atrincheramientos en que se hacen fuertes, dentro de las ciencias experimentales, las escuelas materialistas.

El tono magistral de sus afirmaciones es ya proverbial; pero entre todos sus atrevimientos no encontramos nada que iguale á las ingenuas declaraciones de Diderot. Los Moleschot y los Büchner, los Pouchet y los Jolly no han ido más lejos que el famoso enciclopedista. Diderot era físico y era poeta; y poeta que se inspiraba en una especie de panteísmo materialista: un Espinosa vuelto del revés. Para Diderot no hay vida individual. De esta manera corta el nudo de la di-

ficultad. «¿Qué queréis decir con vuestros individuos?—exclama: no hay tales individuos: no hay más que un sólo individuo, el todo. En este todo, como en un animal ó en una máquina, hay partes que se llaman tales ó cuales. Pero dar á esas partes el nombre de individuos, es una concepcion tan falsa, como si en un pájaro se diese á un ala ó á la pluma de un ala el nombre de individuo. ¿Que es un sér? Un cierto número de tendencias. ¿Puedo yo ser más que una tendencia? ¿No me dirijo á un término? Y la vida, ¿qué es? Un sentimiento de accion y reaccion: mientras vivo obro y reobro en masa: despues de muerto obro y reobro en moléculas. ¿Es que no muero? Indudablemente no. Nacer, vivir, morir, no es más que un cambio de formas: ¿y qué importa una forma más que otra?»

Basta exponer la fórmula para comprender, no solo la vaguedad del pensamiento, sino lo artificial y lo vano de él. Porque, ¿qué es una tendencia? ¿y quién la imprime? ¿y quién y cómo se apercebe de ella el que la siente y la dirige y da testimonio de ella? ¿Y qué es un sentimiento de accion y reaccion? ¿No dice el mismo Diderot que hay gran dificultad en admitir que la sensibilidad sea una propiedad esencial de la materia, porque resultaría la consecuencia de que las piedras sienten, lo cual es difícil de creer? Verdad es que á renglon seguido añade, «que no hay diferencia alguna entre el hombre, la planta, el mármol y la carne: como no la hay entre la materia que se mueve y la que no se mueve, pero tiene en sí el movimiento.» Ya hemos visto que no hay tal materia que tenga en sí misma el movimiento: pero una asercion más ó menos no detiene á un Diderot.

La doctrina estaba en el aire, y como se vé, bastaba exponerla para hacerla caer en el más completo descrédito. Era indispensable darla el aparato de una demostracion científica; y á propósito de ello, vinieron los descubrimientos y los adelantos de la química. El análisis encontró que los elementos de la materia inorgánica eran los mismos que los de la materia organizada: oxígeno, hidrógeno, carbono, con el aditamento en pequeñas dosis de ázoe, fósforo, hierro, etc.; y los materialistas exclamaron: ¡Eureka! Y todavía fueron más allá: los experimentos de Lavoisier dieron lugar á explicar el fenómeno de la respiracion por el fenómeno químico de la combustion. Los experimentos de Spallanzani y de otros fisiólogos sobre las digestiones artificiales, dieron autoridad á la idea de que la digestion no era más que otro fenómeno químico. El descubrimiento de Dutrochet, respecto á la endosmosis, redujo los fenómenos de absorcion á los de la capilaridad. Las investigaciones de Graham produjeron mucha luz acerca de las secreciones. La electricidad y sus fenómenos, dieron ocasion á que se la creyese bastante á explicar todos los de la vida. Y la teoría mecánica del calor ha llevado más lejos que ninguna otra, la posibilidad de una explicacion física. Y dicen los materialistas: «Si un gran número de fenómenos vitales pueden explicarse ya hoy por las leyes de la física y la química, ¿no es lícito creer que llegarán también á explicarse los que todavía se resisten?»

«Sin desconocer, dice Janet, lo que hay de indiscutible en este progreso continuo de la ciencia, me parece, no obstante, que hay aquí que distinguir dos cosas: una, los fenómenos que pasan en el sér vivo; y otra, el sér mismo. Que los fenómenos de la vida estén sometidos, en cierto límite y modo, á las leyes de la física y de la química, yo no lo niego: pero de ahí no se sigue que la vida misma sea un hecho físico ó químico. Siempre quedará por saber, cómo se combinan esos fenómenos, para constituir un sér vivo. Siempre habrá en éste una unidad central, que coordina todos los fenómenos en un acto único. Siempre quedará por resolver el gran problema del nacimiento y de la muerte, que no tiene nada análogo en el mundo de la materia inerte. Hay, por último, esa otra ley de la reproduccion que traza una barrera entre los dos reinos que no han sido franqueados hasta la presente.»

En efecto, el maravilloso hecho de la generacion, es lo que más contraría y más contiene á los materialistas. Porque, como dice muy bien Janet, si hay alguna verdad demostrada en geología, es la de que la vida no se mostró desde el comienzo de la tierra, sino que surgió en una época, en un momento dados. Seria bajo la forma más elemental; pero surgió. ¿Y de qué manera? ¿De dónde y cómo venia? ¿Por qué especie de milagro la materia bruta se trocó en materia viva y animada?

Por sí misma: dicen los materialistas: en cuanto encontré circunstancias ó condiciones favorables para ello; sin que se necesitase producir para ello fuerza alguna nueva, dice el doctor Büchner. Y esta asercion no es nueva. La hipótesis de la generacion espontánea es tan antigua, como el sistema atomismo. Lucrecio, que copió á los griegos, decía: «Se ven gusanos completamente vivos que salen del cieno corrompido, cuando la tierra humedecida por las lluvias alcanza el grado suficiente de putrefaccion. Los elementos puestos en movimiento y colocados en nuevas condiciones dan nacimiento á aquellos animales.» Esa creencia duraba en los siglos XVI y XVII; y Van Helmont describe el medio de producir ratones, sin que hayan faltado recetas para formar ranas y anguilas. Pero bastó una experiencia de Redí para dar en tierra con tales supersticiones, demostrando que los gusanos de que se trata eran larvas de huevecillos ó gérmenes depositados en el cieno y muchas veces en los manjares mismos.

Vino el microscopio á dar nuevos argumentos á los partidarios de la generacion espontánea; y las experiencias de Needham respecto á los infusorios, y recientemente las de Pouchet hicieron mucho ruido, y pareció que demostraban la generacion sin gérmenes. Pero de una parte los experimentos y observaciones de Spallanzani, de otra los de Schwann, y últimamente, los del sábio M. Pasteur, vinieron á dar completamente por tierra con la hipótesis de la generacion espontánea. Los detalles de esa notable contienda entre eminencias científicas, tales como Pouchet, Lamarek y Büchner de una parte, Schwann, Milne Edwards y Pasteur de la otra, son tan curiosas como decisivas en el sentido de la existencia de gérmenes, y de la necesidad de una fuerza vital latente ó ostensible, independiente de la materia bruta, para producir la vida. En la imposibilidad de exponer aquí esos detalles, no queremos omitir la gloria que han adquirido todos los contentientes y los gigantes pasos que han hecho dar á las

ciencias físico-químicas, los trabajos preciosos de esa gran pléyade de sábios en que se ven nombres tan conocidos en la historia de aquellas, como los de Bonet y Trembley, Ehrenberg y Sielbod, Beneden y Bulbiani, Müller y Berzelius, Liebig y Serhardt, Wöhler y Berthelot, Broca y Bernard, sin contar otros muchos que ilustran hoy aquellas ciencias y hacen la delicia y la gloria del mundo sábio.

En el momento actual los más distinguidos partidarios de la generacion espontánea, tales como Pouchet, Musset y Jolly, no pretenden crear organismos vivientes con la materia inerte: sostienen tan solo que de la fermentacion y putrefaccion pueden nacer seres con vida; y por tanto, que esta puede nacer de la muerte. Pero ya en esta hipótesis se necesita de una materia que haya vivido: «de tal manera, dice Janet, que aun admitida la tésis, el abismo entre la materia viva y la materia muerta seria el mismo que anteriormente.»

«Además, añade aquel escritor, en las ciencias experimentales ninguna demostracion tiene jamás valor absoluto, y la autoridad de una conclusion no puede ser más que relativa al número de hechos observados. Así, no seria exacto decir, de una manera absoluta, que la generacion espontánea es imposible: lo que puede afirmarse es que, en el estado actual de la ciencia, no existe ningun hecho probado de generacion espontánea: que en todos los casos en que se han tomado las precauciones convenientes no se ha verificado aquella: y que todos los argumentos que en favor de aquella doctrina se aducen han caido por tierra ante la experiencia.»

El materialismo, por lo tanto, al afirmar la generacion espontánea por la sola razon de necesitarla para apuntalar su sistema, hace una hipótesis completamente gratuita, para lo cual no le suministran elementos los hechos tales como se hallan hoy comprobados.»

La doctrina materialista está, pues, convencida de impotencia en sus hipótesis y conjeturas sobre el origen de la vida. Veamos si es más afortunada cuando trata de explicar el pensamiento. Y sobre esto oigamos también al filósofo Janet.

V

La hipótesis que reduce el pensamiento á una funcion del cerebro, parece, á primera vista, presentar ciertas ventajas, y no ser otra cosa que una rigurosa aplicacion del método científico.

«Hé aquí en lo que tal hipótesis se apoya: donde quiera que se observa un cerebro, dicen, se encuentra un sér pensante, ó cuando ménos, inteligente en cierto grado; donde quiera que falta el cerebro, faltan igualmente la inteligencia y el pensamiento; el cerebro y la inteligencia, por último, crecen ó menguan en la misma proporcion, y todo cuanto afecta á uno de ellos, afecta al mismo tiempo al otro. La edad, la enfermedad, el sexo, tienen á la vez sobre el cerebro y sobre la inteligencia una influencia semejante. Mas, según el método baconiano, cuando una circunstancia produce con su presencia un efecto, que desaparece con su ausencia, ó se modifica con sus cambios, esta circunstancia debe ser considerada como la verdadera causa del efecto en cuestion. Ahora bien; el cerebro reúne estas tres condiciones en su relacion con el pensamiento, luego es la verdadera causa de éste.»

«Haré notar primeramente, contesta á eso Janet, que la ciencia tiene mucho que hacer todavía, para demostrar con todo rigor las tres proposiciones que se acaban de indicar. Sin hablar de las dos primeras, que no son absolutamente incontestables, la demostracion de la tercera, especialmente, deja mucho que desear. Antes de establecer que los cambios del pensamiento son proporcionales á los cambios del cerebro, seria preciso saber con precision á qué circunstancia de éste es debido el hecho de la existencia de aquél. Mas esto es cabalmente lo que se ignora todavía; porque, mientras unos invocan el volúmen, acuden otros á la composicion química; y otros, por último, á una cierta accion dinámica invisible, que es siempre fácil de suponer. Además, según la opinion de los fisiólogos más eminentes, la fisiología del cerebro está todavía en la infancia, y sus relaciones con el pensamiento son profundamente misteriosas. El estado del cerebro en la locura, es, v. g., uno de los escollos más difíciles de la anatomía patológica: unos encuentran alguna cosa, otros absolutamente nada. El eminente alienista M. Lauret no halla alteracion alguna en el cerebro de un enagenado, sino cuando la locura va unida á cualquiera otra enfermedad, tal como la parálisis general. Las alteraciones encontradas son, además, tan distintas unas de otras, y ofrecen tan poca constancia y regularidad, que no existe razon alguna para considerarlas como verdaderas causas; obsérvese además entre los efectos, que la misma locura puede producir á la larga estas alteraciones, las cuales no serian en este caso, para hablar como los médicos, alteraciones esenciales, sino consecutivas.»

«Una última dificultad se saca también de la diferencia entre el hombre y el animal. ¿Se explica suficientemente la que entre ambos existe por la diferencia del cerebro? No lo parece así; puesto que ciertos naturalistas insisten sobre la identidad del cerebro del hombre con la del mono, para probar que el hombre ha podido ser mono, ó por lo ménos, descender con él de un origen comun. En este punto, los materialistas se ven sobremanera embarazados, porque tan pronto tratan de probar que el hombre difiere, como no difiere, del mono. Si quieren demostrar que el hombre no es una especie aparte en la naturaleza, y que ha podido confundirse, en su origen, con las especies inferiores, entonces enumeran las analogías: si quieren explicar la diferencia incontestable que entre el hombre y el mono actuales existe, entonces insisten sobre las diferencias. ¿Pero estas diferencias, sobre las cuales se disputa, y que algunos no reconocen, son bastante grandes para explicar el abismo que separa á las dos especies? Se apela á los intermediarios, que son los negros, de una parte, y de la otra los gorilas, muy populares, despues de los viajes de M. du Chaillu; ¿pero hubieran sido capaces los gorilas, pregunto yo, de fundar la república de Haití ó la república de Liberia? ¿Servirian para reemplazar á los negros en el cultivo de la caña de azúcar? Proponed esta solucion á los plantadores de América, y ellos os dirán, que los negros no son enteramente animales.»

Cuanto mayor sea la analogía entre el cerebro del hombre y el del mono, más demuestra que la diferencia de inteligencia depende de alguna condición que no perciben los sentidos. Por otra parte, aunque estas tres proposiciones estuvieran perfectamente demostradas, el materialismo no estaría más adelantado con ello, porque con admitir que el cerebro, sin ser la causa, es la condición del pensamiento, podrían aplicarse los hechos mencionados por cualquiera de ambas hipótesis. Supongamos, en efecto, por un instante, que el pensamiento humano sea de tal naturaleza que no pueda existir sin sensaciones, sin imágenes y sin signos (y no es esto decir que no pueda haber más pensamiento que éste); supongamos, digo, que sea tal la condición del pensamiento del hombre; ¿no se comprende que sería necesario, en tal caso, un sistema nervioso para hacer posible la sensación, y un centro nervioso para la concentración de las sensaciones y la formación de los signos e imágenes? El centro sería, en tal hipótesis, el órgano de la imaginación y del lenguaje, sin los cuales no podía haber pensamiento para el espíritu humano. Resultaría de aquí, que del propio modo que un hombre privado del órgano de la vista carece de una fuente de sensaciones y por consecuencia de una fuente de conocimientos, el espíritu, al que le faltará una parte del cerebro, ó que careciese de las condiciones cerebrales necesarias para la formación de las imágenes y de los signos, sería incapaz de pensar, puesto que el pensamiento puro y sin ninguna relación con lo sensible, parece ser imposible en las condiciones actuales de nuestra existencia finita.»

«Véase, pues, que las relaciones del cerebro con el pensamiento se concilian tan bien en la hipótesis espiritualista como en la hipótesis contraria; y aún que las dificultades que en esta última se ofrecen desaparecen en aquella. La diferencia, por ejemplo, entre el hombre y el animal provendría, en tal caso, no de la diferencia de los cerebros, sino de la distinta fuerza interna; de la fuerza pensante, que no sabría combinar en el animal más que un pequeño número de imágenes, ni transformar los signos naturales en signos artificiales. Las condiciones físicas del pensamiento serían, en uno y otro caso, idénticas, siendo sólo modificadas las condiciones inmateriales de la fuerza pensante. Lo mismo sucedería en los casos de locura, los cuales podrían ser causados, bien por alteraciones orgánicas que atacarían al órgano de la imaginación y de los signos, bien por alteraciones puramente morales que pusieran al alma en situación de no poder gobernar sus sensaciones ni combinar las imágenes y signos, haciéndola pasar de un estado activo á otro pasivo.»

Si se admite, con ciertos fisiólogos, un dinamismo cerebral, y se explica la locura ó la imbecilidad por variaciones de intensidad en las fuerzas cerebrales, ¿por qué no he de poder admitir yo un dinamismo intelectual y moral, que reside en una sustancia elemental é invisible, y capaz igualmente de ciertas variaciones de intensidad, cuya causa pudiera estar unas veces en ella, y otras fuera de ella? No es sino por mirar superficialmente esta cuestión y por no haberla examinado bajo todos sus aspectos, por lo que el materialismo se ha creído autorizado, en el hecho de ser indispensable el cerebro para la producción del pensamiento, para concluir de aquí que aquél es el sujeto mismo de éste.»

«No basta, sin embargo, hacer notar, añade Janet, que los hechos citados por los materialistas se explican tan bien ó mejor en la hipótesis contraria; de esto resultaría solamente que el espíritu debía permanecer indiferente y vacilante entre ambas. Hay algo más todavía; hay ciertos hechos, á mi entender decisivos, y ciertos caracteres eminentes, que parecen absolutamente inconciliables con el materialismo. Sábese cuáles son estos hechos; y quien quiera que haya estudiado un poco la cuestión, adivinará que queremos hablar de la *identidad personal* y de la *unidad del pensamiento*. Estos hechos son harto conocidos, y sus consecuencias han sido expuestas mil veces; ¿pero tenemos nosotros la culpa de que el materialismo los omite sistemáticamente, obligándonos sin cesar á oponérselos de nuevo?»

«La identidad personal no se define, pero se siente. Cada cual sabe perfectamente que permanece siendo el mismo en todos los instantes de la duración que componen su existencia, y esto es lo que se llama la identidad. El pensamiento, la memoria y la responsabilidad son los tres hechos principales en que más claramente se manifiesta. El acto más simple de pensamiento supone que el sujeto que piensa permanece el mismo en dos momentos diferentes. Todo pensamiento es sucesivo: si se duda de ello respecto al juicio, no se dudará respecto del razonamiento; y si se niega respecto del razonamiento, bajo su forma más simple, no se podrá negar de la demostración, que se compone de muchos razonamientos.»

«Evidentemente es preciso admitir, que un mismo espíritu es el que pasa por todos los momentos de una demostración. Supongamos tres personas, de las cuales una pensará la mayor, otra la menor y otra tercera la conclusión; ¿habría aquí pensamiento, ni demostración común? No, ciertamente; es preciso que los tres elementos se reúnan en un todo por un mismo espíritu.»

El exámen de la memoria conduce á la misma conclusión. Yo no me acuerdo, decía atinadamente Royer-Rollard, mas que de mí mismo: las cosas exteriores, las demás personas no entran en mi memoria, sino después de haber pasado por mi conocimiento; y de este conocimiento, no de las cosas en sí mismas es de lo que yo me acuerdo. En efecto, nadie podría acordarse de lo que otro que el mismo hubiera hecho, dicho ó pensado: la memoria supone un lazo continuo entre el Yo del pasado y el del presente... Así, pues, el pensamiento, la memoria y la responsabilidad son testimonios irrefragables de nuestra identidad, que es uno de los hechos capitales que caracterizan el espíritu.

Hemos hablado ya del torbellino vital, ó sea del cambio continuo de materia entre los cuerpos vivientes y el mundo exterior, sin embargo del cual persiste la identidad del Yo, otro de los hechos capitales y característicos que deponen en favor del espíritu. Oigamos al efecto las notables palabras de Leibnitz, las cuales, después de sintetizar el debate, demuestran que lo que constituye el Yo en los seres que piensan no puede ser el reemplazamiento de moléculas, ni su semejanza, ni su misma posición, ni su identidad, sino la presencia de un espíritu indivisible.

«Debe decirse, que los cuerpos organizados, dice Leibnitz, así como algunos otros, no permanecen los mismos más que en apariencia, y no propiamente hablando. Sucede aquí lo que en un río, donde el agua cambia constantemente, ó lo que sucedía á la nave de Teseo, que los atenienses estaban de continuo recomponiendo. Mas en cuanto á las *sustancias que tienen en sí mismas una verdadera y real unidad sustancial*, á la que pueden pertenecer las acciones vitales propiamente dichas; y en cuanto á los seres *sustanciales, que uno spiritu continentur*, como dice un jurisperito antiguo, esto es, que están animados de un espíritu indivisible, puede decirse de ellos con razón, que *permanecen siendo enteramente el mismo individuo, por virtud de este espíritu, que es el que constituye el Yo en aquellos que piensan.*»

Después de esto, si demostráramos, como lo ha hecho Janet, que son insostenibles las conjeturas semi-materialistas de Cuvier y de Kant, dando valor á la identidad de la forma aquél, y éste al símil del movimiento que una bola de billar imprime en la otra: si demostráramos, decimos, la insuficiencia de esas suposiciones ó símiles, se acudiría á decir, que ni el cerebro cambia mas que sucesiva y lentamente, ni el Yo permanece inmóvil, por lo cual pueden muy bien sus cambios encontrarse en relación, de suerte que la conciencia de la identidad residiera en la parte durable del cerebro, y la conciencia del cambio en la parte durable, encontrándose de este modo en el hombre *lo uno y lo múltiple* de Platon: contestaríamos con el mismo Janet, que tampoco ese expediente salva la dificultad: que no por verificarse más ó menos lentamente los cambios dejarían de producir los mismos efectos, contrarios á la conciencia de la identidad.

Si, por el contrario, se quiere suponer, que no todo cambio en el cuerpo vivo, que acaso en el fondo del cerebro haya algo inmutable, diremos á eso lo que dice Janet: primero, que la hipótesis no está indicada por observación de ningún género; y que tal hipótesis destruye la base del materialismo, la experiencia. Y después de eso: supuesta esa materia inmutable en el fondo de la materia móvil y cambiante, ¿sería organizada ó no? Si era organizada, ¿por qué especie de privilegio se sustraería á la ley de la nutrición y del cambio? Y si era inorgánica... ¿quién se atrevería á sostener que la materia inorgánica pueda pensar? La experiencia no nos presenta el pensamiento mas que ligado á la materia organizada. Y si esa materia pensante no se asemejara á la organizada ni á la inorgánica, sería un mito, escaparía á la experiencia; que es la objeción que hacen al alma los materialistas.

Esto en cuanto á la *identidad* del Yo: por lo que hace á su *unidad*, hecho no ménos indudable, aquellos señores sostienen que es una resultante: pero eso es lo que tampoco ha demostrado la experiencia, ni se ha explicado jamás. «Que una individualidad puramente exterior pueda resultar de una cierta combinación de partes, como en un autómata, lo comprendo, dice Janet: pero un objeto semejante no será nunca individuo por sí mismo, no tendrá jamás la conciencia de ser un Yo... ¿Dónde podría residir la conciencia del Yo en semejante máquina?»

Concluamos diciendo con el citado filósofo: «La unidad percibida en el exterior puede ser el resultado de una composición; pero de ningún modo cuando la unidad se percibe á sí misma en su interior.»

T. RODRIGUEZ PINILLA.

LA PENITENCIA DE ACUÑA.

(TRADICION TOLEDANA.)

A mi querido amigo Gonzalo Carvajal.

I

Era de noche, y la catedral de Toledo, suntuoso templo edificad por Don Fernando III sobre los cimientos de la antigua Basílica gótica, llenábase de inmensa multitud que invadía el sagrado recinto como invaden la playa las olas de un mar alborotado. Grandes manchas de sombra, interrumpidas de trecho en trecho por la escasa luz de un hachón sujeto á una columna; en el centro, entre el coro y la capilla mayor, un gran foco brillante, la araña de cien brazos convertido cada uno de ellos en pequeña lengua de fuego, despidiendo resplandores de relámpago; frente al severo monumento la cruz de fuego suspendida en el aire por invisible cadena fabricada por los ángeles con rayos de sol naciente y reflejos de aurora boreal, brillando sin sostén alguno, como si fuera un presente hecho á la tierra por el cielo; en los ángulos, la oscuridad luchando con los fulgores de luces lejanas... Tal era la escena en que muy pronto iba á oírse el *Miserere*, el salmo más hermoso de cuantos se atribuyen al Rey profeta.

La multitud entraba atropelladamente por todas las puertas de la Basílica santa, y una vez en ella se extendía por las naves, cobijándose en las capillas iluminadas sólo por el reflejo debilitado de solitaria lámpara que oscila constantemente ante milagrosa imagen, ó en la sombra de los pilares, haces de delgadas columnas, que se elevan cruzándose y entretregándose en la bóveda, como se cruzan, se atropellan y se confunden las ideas en un cerebro conmovido por la duda.

Recorrí el religioso recinto buscando un lugar apartado y oscuro donde nadie fuera á interrumpir mi soledad ni á turbar mi pensamiento, y llegué á la capilla de los Lunas, la más hermosa de las que, como guirnalda de flores, forman en torno á la capilla mayor que se alza en el centro como obediendo á misteriosa invocación. La pequeña nave estaba envuelta en la sombra; solo un rayo de luna, penetrando á través de los vidrios de colores, daba fulgor fantástico á las imágenes pintadas en ellos por un arte divino, y venía á herir la noble cabeza del condestable muerto en Valladolid, tendido sobre su lecho de granito, á cuyo pie cuatro pajes, apoyados de hinojos en el sepulcro, levantan la vista al cielo en una aspiración sublime, y parece que por sus lábios, maltratados por los siglos, ruedan todavía restos de una plegaria elevada á la misericordia de Dios por el alma del infeliz ajusticiado. A su izquierda, velado por frailes, de hinojos también en los án-

gulos del mausoleo, el sepulcro de su esposa la noble señora doña Juana de Pimentel, durmiendo sobre la fría losa, tan primorosamente cincelada, ese sueño tranquilo y dulce de la muerte, ese sueño sin visiones, sin pesadillas, sin despertar, noche tal vez sin aurora, día quizá sin poniente. A un lado, el imberbe mancebo hijo de D. Alvaro, muerto en la flor de su edad, vestida la guerrera malla de acero y ostentando en su cabeza simbólica corona de laurel, emblema de sus victorias, y junto á él una estatua de Santa Teresa, manteniendo un libro en la mano y arrebatada en éxtasis, alzando al cielo los ojos como para pedirle amor para sus deseos, y luz, mucha luz para su espíritu. Al otro lado el venerable arzobispo, inmóvil en su nicho de mármol, con las manos cruzadas como si aún murmurase la oración en que al morir encomendaba su alma á Dios, y junto á él la estatua de San Francisco de Borja, debilitado por las maceraciones, teniendo ante su vista la calavera coronada, como pidiendo á la muerte el secreto de lo desconocido, la cifra misteriosa solución del problema de la vida.

Me senté en las gradas del altar mayor frente al viejo retablo que conserva á la posteridad las figuras de D. Alvaro en la capilla la víspera de su muerte, y la de doña Juana después de la ejecución del condestable.

Empezaba en esto el *Miserere*. El silencio que allí reinaba era cada vez mayor. Como si el movimiento de la vida se hubiera detenido de repente, podía oírse la respiración de un niño dormido en el regazo de su madre. Rasgó el aire la voz de la iniquidad exhalando tres largos gritos de agonía: *Miserere!* dijo, y los instrumentos, manejados por hábiles músicos, empezaron á llorar, á quejarse, á retorcerse bajo sus dedos de artista, expresando los tormentos, los suplicios, los terrores del alma agobiada por el peso de la culpa. Después de estas exclamaciones de espanto, hubo un momento de tréguva y de calma. La orquesta modulaba en voz baja un canto contenido y melancólico que poco á poco fué engrandeciéndose y se ensanchó hasta llenar la iglesia por completo. Dios venía, y á su aproximación todo callaba; el viento y el mar, las brisas y las olas. La creación se preparaba para recibirle; venía armado del rayo: el trueno, rugiente heraldo de su cólera, le precedía; el relámpago iluminaba su camino. Y ante él las montañas inclinaban su cima, y los torreses encrespaban sus aguas, y el mar exhalaba rugidos que eran cantos de amor y de alabanza, y el hombre, esclavo del mal, temblando como la hoja movida en el árbol por el soplo del huracán, hunde en el polvo la cabeza y grita en un sollozo: *Mi madre me concibió en el pecado*, y la música que acompaña á ese canto sublime, llora también y hace asomar las lágrimas á los ojos de cuantos la escuchan.

Y pasa Dios, en su carro de fuego, del que tiran el huracán y el simoun. *Purifícame y seré limpio; límpiame y seré emblanquecido más que la nieve*, dice entonces el pecador, y parece que una bienhechora lluvia humedece los campos agostados por el sol y endereza las flores tronchadas y marchitas por el fuego canicular.

Sonó la última nota, se apagaron las luces, y todo quedó en la sombra. Salió la concurrencia á la calle, y las menudas gotas de la lluvia y el fresco ambiente de la noche ahuyentaron del cerebro las visiones que fátigara la fantasía. Al verse en las tinieblas libre de aquel cóctico sublime, ensanchóse el alma pecadora: no estaba ya delante de su Dios.

Yo también esperaba para salir que la puerta quedase algo desahogada de gente, cuando uno de mis más queridos amigos, hijo de Toledo, muy curioso y amante de sus tradiciones y á quien este libro debe alguno de sus recuerdos toledanos, enlazó su brazo al mio y me arrastró hacia la plaza de la ciudad, donde están las Casas Consistoriales, y allí me hizo sentar en un banco, á su lado, frente á la portada de la catedral y á su esbelta torre que se levanta desde la tierra al cielo como se eleva á Dios el pensamiento lanzándose con las alas de luz de las ideas á las regiones del infinito.

—Voy á contarte,—me dijo,—la leyenda de esta noche, porque esta noche tiene su leyenda. Los muros de piedra y las bóvedas de la catedral la saben de memoria, y los pájaros que anidan en la alta torre, los animalillos que viven en el musgo que crece sobre las almenas y los chapiteles—corona que ciñe el tiempo á estos viejos colosos del pasado—se la cuentan unos á otros en las largas noches de invierno, en medio del silencio y la soledad que reinan por todas partes.—

Abrí los oídos para escuchar con atención, preparándome á experimentar las dulces sensaciones que una leyenda—de tal modo anunciada—me prometía, y pocas horas después, sentado en mi mesa de despacho, transcribía al papel el relato de mi amigo, cuidando de hacerlo hasta en sus menores detalles. Hélo aquí:

II

Es el año 1521 año fatal para las libertades españolas. Las Comunidades, que nacen el anterior á la voz de *fueros y libertad* para poner coto á la soberbia de un rey extraño y á las violentas exacciones de sus consejeros, tienen un fin desastroso en los campos de Villalar, aquel día memorable en que hasta el cielo velaba su transparencia y el sol su luz, para no hacerse cómplices del crimen de la ciega fortuna, velleidosa como mujer, y uncida al carro triunfal de los flamencos orgullosos. Padilla, Bravo y Maldonado mueren al otro día por mano del verdugo en el cadalso de los criminales, y mueren con ellos las Comunidades, muere también la libertad y dá principio la decadencia de España, que no es otra cosa aquel período de luchas y victorias que gastan estérilmente las fuerzas y los recursos del país, sólo para que en sus últimos años pueda Carlos I sonreirse con satisfacción en una celda del Monasterio de Yuste, al recordar las humillaciones que mientras vivió en el siglo hizo sufrir á su rival el prisionero de Pavia.

Año es este pródigo en sucesos para la ciudad que luego había de ser la predilecta del Emperador. Toledo, más que ninguna otra provincia, había alzado la voz para oponerse al desenfreno de la corte; sus procuradores eran los primeros que se habían atrevido á señalar al rey extranjero los límites en que debía encerrarse su voluntad omnipotente; Juan de Padilla, jefe principal de las Comunidades, era uno de sus hijos más queridos y el que se hallaba al frente del ejército: todo esto había de señalarla más que á ninguna otra, asignándole puesto de preferencia en la rebelión, y por lo

tanto en la responsabilidad, si la rebelión era vencida. De aquí que Toledo siguiera el movimiento revolucionario con interés creciente. La ciudad estaba armada y como un solo hombre dispuesta á morir en defensa de sus derechos; los que en ella no simpatizaban con la causa popular habían dejado sus muros yendo á engrosar el séquito de Carlos, ó se mantenían en actitud reservada, encerrados en sus casas sin atreverse á manifestar á las claras su desagrado.

Un día sonaron alegremente las campanas suspendidas en el hueco de las torres, y la ciudad se vistió de fiesta como si se tratase de solemnizar una victoria. Grupos de hombres, que llevaban con marcial aspecto la fuerte armadura que el ánsia de libertad ciñera á su cuerpo, pasaban tumultuosamente por Zocodover en dirección al puente de Alcántara; mujeres y niños, corriendo tras ellos, engrosaban la multitud, que se hacía mayor á medida que pasaba por las principales calles. Gritos de alegría se confundían con el estridente tañido de las campanas que tocaban á rebato. Por partes recientemente recibidos sabíase que el obispo Acuña, al frente de crecido número de partidarios, venía á Toledo á ponerse á las órdenes de la junta, deseoso de ocupar un puesto de peligro en la lucha cuya proximidad se presentaba, y el pueblo en masa se preparaba á recibirle para pagar con su gratitud el sacrificio del prelado de Zamora.

Pero quedaron fallidos sus deseos, porque Acuña, en su afán de sustraerse á las entusiastas manifestaciones que supo le tenían dispuestas los toledanos, dejó que la gente que llevaba pasase delante y se detuvo en el camino; y cuando llegó la noche y las calles estaban desiertas y oscuras entró en Toledo, yendo á recogerse al alojamiento que se le tenía preparado.

A la mañana siguiente—día de Viernes Santo—dos hombres, más influyentes en los barrios extremos de la ciudad, Jimeno de Urrea y Fernan Sanchez, hablaban con gran animación en la plaza de Zocodover.

—¿Conque es cierto—decía el primero—que ha venido el obispo de Zamora?

—Tan cierto como Juan de Padilla es nuestro jefe y el más noble de la ciudad—le contestaba Fernan.—Aún no se ha extinguido en España la raza de los obispos que, vistiendo acerada cota sobre el traje sacerdotal, vayan al combate precedidos de la cruz como estandarte y manejando el báculo á manera de lanza.

—El obispo lo entiende. Nuestra causa es justa y santa, y él parece que nos trae la protección de Dios, que llamará con sus oraciones sobre nuestras cabezas. ¿Y qué van á hacer de él?

—Se ha acordado nombrarle capitán general mientras dure la ausencia de Padilla. Mandará nuestras fuerzas en unión de doña María y sabrá, como ella, defender la ciudad contra las huestes imperiales hasta que vengan los nuestros á socorrernos, porque parece que el prior de la Sisa vá á empezar el ataque contra nosotros.

—¿Y no se ha acordado nada más?—preguntó Jimeno con extrañeza.

—¿Qué más querías tú que se acordase?—le interrogó á su vez lleno de asombro su amigo.

—Está vacante la silla arzobispal y creo que nunca podríamos esperar tener mejor prelado que Acuña. Él es el primero que viene á alistarse en nuestras banderas; creo justo que, por lo tanto, fuese el primado, y puesto que trae su prestigio á la comunidad, ésta debía colocarle sobre todos los prelados de España.—

Calló algun tiempo Fernan, pero moviendo la cabeza dijo al cabo de un rato:

—¡Imposible! Tus deseos son excelentes, mas no se pueden realizar.

—¿Por qué?

—Porque nunca el cabildo accedería.

—¿Y qué nos importa su parecer? ¿Se lo hemos pedido acaso para rebelarnos contra el emperador? ¿Simpatiza siquiera con nosotros?

—Desengáñate; cuando nuestros jefes no se han atrevido á hacerlo...

—Razon de más para que el pueblo lo haga.

—Para que el pueblo lo haga... Eso se dice fácilmente.

—Y se hace lo mismo.

—¿De qué modo?

—Es muy sencillo. Un día que esté el cabildo reunido, cojamos al de Zamora en su alojamiento, lo llevamos con nosotros á la catedral, lo sentamos en el sillón que ocupan los arzobispos en el coro... y ya está hecho.—

Un estremecimiento recorrió los miembros de Fernan, y leve palidez cubrió su semblante.

—¿Sabes lo que dices?—dijo á su amigo en voz baja.—Entrar á mano armada en la catedral; violar su recinto... Un sacrilegio...

—Quiero á la catedral tanto como la puedas querer tú. He nacido en Toledo y delante de sus altares he balbuceado mis primeras oraciones, guiado al decir las por la voz de mi madre. Todas sus grandes fiestas van unidas á los recuerdos más dulces de mi vida. Conozco sus más ocultos rincones y sus imágenes me parecen cosa mía. Creo, al mirarlas, que de la misma manera que las veo en los nichos abiertos en el muro, ó en los chapiteles de las columnas, ó en las gradas de piedra, ó en las conchas de pórfido, ó en las aras de mármol, ó en la cuadrícula de sus retablos, voy á encontrarlas á mi muerte en el cielo. En su recinto están mis padres enterrados... ¿Me crees capaz de profanarla? Pero yo no juzgo un sacrilegio el acto que medito. Creo mi causa bendecida por Dios desde lo alto; y considero al de Zamora digno de llevar el báculo de nuestros arzobispos. ¿Dónde ves tú motivo á tus temores?

—Sin embargo...

—Nada, nada; no quiero escucharte. Ven conmigo, y si te convenzo, basta con nosotros sin que tengamos que contar con nadie más, ni aun con el mismo Acuña, que, por vanos escrúpulos, se opondría á nuestro deseo como se ha opuesto hoy á recibir la ovación que á su entrada teníamos dispuesta. Nos llevamos nuestra gente, y esta noche misma damos el golpe.

—¿Esta noche misma?

—¿Qué otra mejor? Mientras se cantan las tinieblas están en ellas cuantos pudieran oponerse á nuestro intento. Una

vez allí, el pueblo en masa se unirá á nosotros. ¿Estás decidido, buen Fernan?

—No del todo; interrumpir una ceremonia sagrada...

—Sígueme; vamos á tu casa y allí maduraremos el plan y desharé tus últimos escrúpulos, hombre de poca fé, que desconfías y pones en duda la santidad de la causa que defiendes.—

Y arrastrando á su amigo se perdieron ambos por la plazuela de Santa Catalina, dando vuelta al antiguo palacio de los gobernadores árabes de Toledo.

III

Trascurrió aquel día, durante el cual, tuvo el pueblo ocasión de demostrar al marcial obispo de Zamora el entusiasmo con que le veía entre sus muros. Pasó el prelado á visitar á doña María Pacheco, hablando con ella de sus esperanzas, y ya á la caída de la tarde se retiró á su alojamiento.

Vino la noche, y nadie hubiera dicho que la ciudad estaba fuera de la ley y expuesta, á cualquier hora, á ser herida por el brazo vengador del monarca contra el cual se había rebelado, al ver la tranquilidad con que los toledanos, terminadas las rudas faenas cotidianas y libres del peso de las armaduras que no soltaban de día, dejando encomendadas á los guardias la vigilancia de los puentes y las puertas, y á los destacamentos avanzados la seguridad de los caminos que á ella conducían, dirigíanse en tropel confuso á la catedral para solemnizar el hecho doloroso de la Pasión de Jesucristo, muerto también en el Calvario por la libertad de los hombres y por la redención de las conciencias. De todas partes acudía la multitud ávida de elevar al Altísimo sus preeces.

Cuando sonó la hora señalada reuniéronse los canónigos en el coro, y la capilla mayor quedó alumbrada solo por el reflejo moribundo de la lámpara que pendiente de la elevada cúpula arde á los pies del gigantesco crucifijo que se alza sobre la cerrada verja que la protege, dando principio el rezo fervoroso de las tinieblas, imagen del aislamiento en que dejó á la pequeña familia evangélica la muerte de Jesús. El sol se había apagado; el alma de la pequeña sociedad había volado á regiones más puras y sublimes, y solo quedaba en la tierra el cuerpo sin alma, exhalando en el silencio y el dolor desgarradores ayes de pesar en que lamentaba la ausencia del profeta galileo, y echaba de ménos los consuelos de su presencia, la dulzura de su palabra.

Tristes resonaban los ecos de las salmodias, y la música, gimiendo, expresaba en sus notas impregnadas de melancolía las ánsias de aquellas largas horas de inquietud, de aquellos interminables días de incertidumbre; de aquellas negras noches pasadas en el llanto, entre la pena de la tarde anterior y el sobresalto de la mañana siguiente, y parece como que se veían pasar sobre los vidrios de colores, de cuando en cuando heridos por el relámpago, los fantasmas del insomnio, las visiones de la pesadilla, abortos del terror y el pensamiento.

Oyóse de repente un sordo ruido, como de gente armada que se acercaba en són de guerra, y poco á poco fueron creciendo los rumores á medida que la multitud de donde salían se aproximaba á la iglesia. Pusieronse en pie los devotos que no sabían á qué atribuir aquel ruido desusado á tal hora y en semejante lugar. No era posible una sorpresa de los imperiales; tampoco podía creerse que Padilla hubiera vuelto. ¿Qué sucedía, pues, en la ciudad? ¿Qué fuerza la conmovía tan hondamente para que sus convulsiones llegasen hasta el templo á turbar la calma de la oración, la paz de su recinto consagrado? Los canónigos, embebidos en la oración ó prestando escaso oído á lo que pasaba fuera de allí, proseguían modulando con sus voces unidas en estentóreo coro las sentidas palabras del profeta.

Pero bien pronto salieron de su curiosidad los que se preguntaban la razón de aquella revuelta. Abriéronse con estrépito las puertas de la catedral, violentamente empujadas por la multitud furiosa, y un tropel de gente armada, á cuya cabeza iban en primer término, Jimeno de Urrea y Fernan Sanchez, invadió la Basílica, gritando ¡Comunidad! y aclamando al obispo de Zamora, que era llevado entre la multitud como á la fuerza. El pueblo quería dar á Acuña una prueba de su amor elevándole á la dignidad suprema de la iglesia de España; quería ser regido por él; quería verle revestido de los hábitos que usó San Ildefonso, pidiendo á Dios, entre la pompa de las festividades religiosas, su protección para la causa que ardientemente defendían. Y había ido á su alojamiento, le había obligado á que le siguiera, y le llevaba en triunfo á sentarle en la Silla arzobispal, para que aquella misma noche tomase posesión de tan alta dignidad.

Levantáronse á la vez todos los canónigos que rezaban, interrumpiendo la oración errante por sus lábios y dejándola sin terminar; levantáronse también los músicos, y los instrumentos que magistralmente sonaban expresando el poema sublime, exhalaban una última nota que se apagó al chocar contra las bóvedas de granito. Y en cambio de aquel himno pausado que salía por aquellas cien bocas abiertas constantemente, y siendo otros tantos torrentes de armonía, oyóse el inmenso vocerío de la multitud que aclamaba al obispo de Zamora escitándole á que ocupase su asiento en el coro; y en vista de la resistencia que hacia, allí le llevaron sus entusiastas partidarios, pasándole de uno á otro en brazos, y cuando le vieron en el puesto que su voto unánime le concediera, prorumpieron en nuevos gritos de júbilo y alegría.

Ante este atentado sacrilego, cometido en la misma catedral en día tan solemne y en tan sagrada ceremonia, el cabildo en masa se retiró, escapando cada canónigo por donde pudo y quedando interrumpido el rezo de tinieblas.

Después de este acto, con el que simpatizaron los fieles que se hallaban dentro de la iglesia, D. Antonio de Acuña fué llevado de la misma manera hasta su casa por el pueblo que no se retiró hasta dejarle en ella.

Aquella noche las campanas del reloj de la Basílica sonaron tristes en medio del silencio de la noche; como impulsadas por un soplo invisible apagáronse las lámparas que arden siempre en la catedral y el santo recinto quedó completamente á oscuras. Desde la parte exterior, sin embargo, dicen que durante la noche se estuvo oyendo como un murmullo que no cesó hasta que los

primeros rayos de la aurora penetraron en el templo á través de los irisados rosetones: las imágenes de los santos, las estatuas que duermen sobre los sepulcros, las almas de los que yacen allí sepultados, proseguían el interrumpido rezo, y entonaban plegarias fervorosas pidiendo perdón para los extravíos de los hombres.

IV

Pasaron los sucesos en España; el año 1521 se llevó entre los pliegues de su manto la cabeza de Juan de Padilla; dos años despues moría D. Antonio de Acuña ahorcado en el viejo castillo de Simancas.

Desde entonces, y todos los años, empezó á observarse con terror, durante los tres días clásicos que dedica el mundo cristiano á conmemorar la muerte de Jesús, que apenas salía la gente del *Miserere*, cantado, como de costumbre, en la Basílica; cuando las puertas se cerraban y el templo quedaba solitario, ruidos como de pisadas se oían desde la calle. Cuando la luz empezaba á dibujarse en el espacio, aquellos ruidos interiores cesaban y todo volvía á quedar en silencio.

Un día, un curioso quiso averiguar su causa, y con este objeto se escondió, durante la ceremonia, en un confesonario de la capilla de San Ildefonso, y allí esperó, para salir, á que se retirasen los últimos.

Era hombre despreocupado, sin duda, y se quedó dormido dentro del confesonario, hasta que sordos rumores, llegando vagamente á sus oídos, le despertaron á lo mejor de su sueño. Restregóse los ojos, creyéndose juguete de una ilusión, y dejó su escondite para salir de la capilla; pero al llegar á la puerta se detuvo, mudo de espanto y de terror. Una procesion extraña desfilaba por delante de él. Iba á su frente un esqueleto revestido con hábitos arzobispales, llevando mitra en la cabeza, báculo en la mano y espada y daga en la cintura, y á su lado otros dos, que parecían los más abatidos, dando mayores muestras de contrición y arrepentimiento. Tras ellos, formados correctamente, un sinnúmero de esqueletos, descabezados los unos, cubiertos otros de grandes manchas de sangre, caminaban despacio, caída la calavera sobre el huesudo pecho, apoyando la mano izquierda en el puño de las espadas, y sosteniendo en la derecha un hacha, cuya azorada luz oscilaba tristemente á compás del vacilante y tardo paso.

Conforme pasaba por delante de cada altar deteníase la fúnebre procesion; el obispo que marchaba á su cabeza golpeaba el suelo con el báculo, y á esta señal los que le seguían se hincaban de rodillas, y algo como el eco de una plegaria se dejaba oír. Despues, se levantaban, volvía á ponerse en marcha la procesion y continuaba su paseo.

Las estatuas dormidas en sus lechos se incorporaban sobre su sepulcro y miraban con sus ojos de piedra el pavoroso séquito; las esculturas de las Virgenes y los santos se animaban también y parecía como que una lágrima de compasion corria por sus mejillas; los monstruos, hijos de la calentura, que abortara el artista en sus horas de delirio, y esculpiera con su cincel abrazados á las columnas de granito, parecían también cobrar vida, y arrastraban su cuerpo, ó movían sus alas en el espacio, como queriendo unirse al fantástico cortejo del obispo. Y cuando los esqueletos oraban movíanse los lábios de las estatuas, y ecos de oraciones, vagas y ténues como el hálito de un niño, se unían á la oración de los fantasmas, exhalando otro acento indefinible y fundiéndose con el primero; especie de canto desacorde arrancado á un órgano descompuesto por una mano torpe y perezosa.

Y es que Dios, en su infinita misericordia, había perdonado á los comuneros y al obispo de Zamora el agravio que le hicieran al entrar tumultuosamente en la catedral é interrumpir las oraciones del cabildo, y los había perdonado porque la causa en cuya defensa murieron era justa y santa, y porque el tormento es un Jordan que redime de muchas culpas en la tierra; pero imponiéndoles como penitencia el salir de su tumba los tres días de la pasion para recorrer profesionalmente el recinto sagrado y postrarse ante todos los altares, ante las imágenes todas, para pedirles, de hinojos, perdón de aquella ofensa que las habían hecho en un rapto de locura. Cuando la procesion se desvaneció, semejante á esas nieblas que durante la noche se elevan desde el río y se deshacen en el aire á la mañana cuando un rayo de sol las hiere, el curioso cayó desvanecido. Al día siguiente volvió en sí, se confesó, tomó la comunión y espiró sin que diese tiempo á que lo trasladasen á su casa.

Hace ya muchos años que los que pasan por la plaza del Ayuntamiento despues de terminados los *Misereres* de Semana Santa, no oyen ningún ruido en el templo; Dios, sin duda, ha perdonado ya á los culpables, y ha hecho cesar su penitencia.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

LA ESCLAVITUD DE LOS NEGROS.

COMO SE JUZGABA EN LOS PRINCIPIOS DEL SIGLO XVII.

Allí me vendió mi amo á otro amo, que me llevó de un boleó á Mechuacan, y á las nuevas Galicia y Vizcaya, y á las minas de Cicatecas (1), Santa Bárbara, San Luis, Páchuca y Tasco, todas de plata; y de otra vuelta aporté á las de oro de Zaragoza y Veragua, (2) á donde manejé barretas, almocafres y bateas, que son los tres instrumentos con que el oro es buscado á costa de muchas vidas de negros y á lo ménos de grandes trabajos y afanes. Llévome más, á la Florida, (3) de secreto á hacer rescate de ámbar, y por mi grande desdicha fuí á caer en la isla Margarita á donde, para crecimiénto ó mengua de buenos y malos humores, saqué y sacamos perlas de siete y más brazas de fondo, la vida toda hecha buzos, con tan manifiestos riesgos, que de más de que muchos se ahogan, ó les revienta la sangre por detener el resuello por la boca, ojos, narices y oídos, los matan los tiburones, ó cuando poco les llevan brazos y piernas y otros trozos de carne (4). De mañana se vá en una canoa al mar; á la noche se viene á una cárcel: la clausura es toda la que puede ser, la comida poca y mala, el trato de muchos azotes y

pingues; en suma, para dar grados de penas, tienen en sus casas colgados los amos destas haciendas, todas las formas de instrumentos penosos que contra nuestra color negra ha inventado la blanca, por cuidicia de aquellos géneros de perlas limpias, nectas, transparentes, comun, medio rostrillo y rostrillo, media y entera cadenilla; aljófar y pedrería, con lo redondo y pinjantes, y las piezas de quilates, y las que son amarillas, barruecos, acientos y topos, y por remate la pleiteada cacona, cuya cantidad numerosa que allí se ha sacado, y en Cubagua, su vecina, Panamá y Río de la Hacha, (5) con más el oro y plata de todo aquel Nuevo Mundo, apenas se sabe dellos, ni á dónde están los amos que ya fueron, y los que son, quieren por lo que llaman provechosos, ó diciendo ser su gusto ó que les toca en el crédito, que todos los dejo á Dios. Y habeis de saber, señor, que mi parte destes andenes, fué ganar lo que gané con los otros mis señores.

Este señor me dió otro que, según él me decía, habiéndose soldado en la isla Trinidad, Bocas del Drago, Páris, Orinoco y Maraño; y que pasó palmo á palmo los grandes llanos del Dorado, (6) y se halló en la conquista de los negros cimarrones de Vallano, y peleó con los indios que llaman jíbaros, esmeraldinos, floridanos, y los de la Sierra Nevada, chichimecos, araucanos, y con otras muchas naciones; (7) y que había despedazado más de ellos que tenía pelos en las barbas, cejas y pechos. Mas que después fué cautivo de caribes, que es lo mismo que indios que comen carne humana, en las islas Guadalupe, Dominica, Matalino y Granada, y que el no haberle comido fué porque los días atrás, habiendo comido á un fraile todos los que alcanzaron parte, reventaron y se murieron, (8) echando en el suelo el lugar á do lo habían sepultado; y por este reservaban españoles; y que el indio su señor era un famoso cosario, que, con armada de piraguas, hacia correrías en islas y tierra firme, y que para ayudarle á prender todos los indios que traía y engordaba para matarlos y comerlos, cuando se le antojaba lo llevaba siempre consigo, y por el crédito que cobró de mañoso y de valiente, y primero en acometer, en asaltar y prender, fué parte para que del se fante, y medio para huirse una noche, en una pequeña canoa en que, del todo desnudo y por gran ventura, topó con un navio lusitano á donde fué recibido y vestido y ayudado para que pasase adelante. Fué criado y fué amo, casóse y enviudó, y tratando de quietarse le cupo en suerte vivir en una viña que compró junto al volcan de Arequipa en tiempo que reventó, cuya ceniza fué tanta por el aire que impelió que muchos días no se pudo ver el sol, y llegó á más de doscientas leguas la ceniza y cayó dejando á su hacienda enterrada, y él enterrado en ella, de donde escapó al parecer de milagro; (9) y viendo esto acordó de valerse, cuando de juego y de pleitos, de que no era ignorante, y en estado le hallé. Con el cual ví las islas Jamaica, Cuba, Española y Puerto-Rico, el nuevo reino de Granada, gobiernos de Santa Marta, Cumaná y Venezuela, y en el puerto de la Guaira se embarcó para venir á España; (10) y cuando ya navegando, porque la tierra y mar fuesen de mi mal testigos, me daba este buen amo, cuando y como quería grandes partidas de azotes; y un día que estaba muy furioso, mandó que me desnudase una chamarra de sayal que había servido de enjalma, y me la dió por libre la Pascua de Navidad: amarróme al cabestrante y teniendo ya en la mano un azote para dar principio al castigo, nunca de mí merecido, dijo el piloto:—Dejad, señor, este negro, que en solo mala razon os debe en algo servir; y mirad que es muy grande crueldad la que usais aquí con él por leves ocasiones. A esto, dijo mi amo le dejase castigarme, como á esclavo que era suyo, comprado por su dinero. El piloto, como pudo, le arrancó el azote; yo, temblando de ver aquellos aprestos, pensando ser trato doble; dió vueltas al cabestrante, y en el mismo cuatro golpes que yo entendí ser de martillo, dados primero en bigorna para mejor acertar, mas luego me preguntó:—Periquito, ¿hiciste algun maleficio? Yo respondí:—No, señor. Díjome:—¿Quieres te azote? Yo dije:—Por Dios que no me maltraten, que soy de carne y de sangre! Dijo más.—Has de ser bueno. Yo dije:—Nunca fui malo. Y él á mí:—¿Quieres que te suelte, di? Yo le dije:—Señor, sí. A esto dijo:—Lo mismo dijera tu amo si estuviera en tu pellejo. Hízome alzar el dedo al cielo, y quedé por mí fiador; que á donde hay malos, uno bueno pone Dios para su freno; y con esto se acabó aquella apuntada tormenta que ha sido la mayor de mis bonanzas, y cuanta popa corrí. Y en lo que es temor y miedos, grande penitencia hice con éste y con otros amos, que para setenta y dos, según decía, sólo le faltaba un año, y que viéndose pobre y viejo quería dar de piés al mundo, como el mundo le había dado de mano, y vestido en hábito de peregrino venir á Roma este año, que es el santo; mas yo le gané por la mano y él me espera, y bien me puede esperar su corta ó larga vida, porque en la mía no pienso de verle más, sino aquella santa mi madre, y de todos, á donde voy, avisado que en llegando haga escribir mi nombre en el libro de Campidolio, (11) y que con esto quedaré tenido por natural. Con que puedo pregonar en alta voz libertad, digo, y gozar este segundo de los bienes, prenda amiga que se deja bien amar y más querer, y aborrecer el ser tantas veces vendido y apaleado, como un asno pudiera ser, sin saber jamás por qué. Y advierto, que muy sumario narré la mala vida pasada, y que si por menudo fuera, y más la de mis parientes, sería larga historia, por ser las otras de ventaja en peoría; que yo, para mal, bien libré, que al fin trabajos pasados en mocedad, porque el negro que por su grande dicha llega á la aborrecible vejez, ó desacierta á ser cojo, desmanco, ó ciego, sirviendo le pagan todos sus trabajos con una carta de horro (12) para que pida limosna, ó allá le coman cuervos los ojos, y cosas desta manera; y esta merced que le hacen, es por no darle poco pan de lo mucho que ganaron.

Demás desto, aquellos y otros señores han querido que todos los negros creamos, ser grande el bien que nos han hecho y hacen de traernos de aquellas nuestras aldeas á muchas ciudades suyas, para hacernos cristianos; que confesamos ser verdad si su intención fuera ésta, y sino, el señor que puede, impida que no nos compren ni vendan; y con esto se verá si nos van á catequizar para darnos el bautismo y nos dejan en nuestras tierras tan libres como nos ha criado Dios, ó nos traen á las suyas para que seamos cristianos tan exentos

como son ellos. O si es pura verdad, que esto hecho, colorado de piedad, es solo su interese, sin acordarse que Santiago, cuando en España predió, no pidió que fuesen esclavos suyos los nuevamente convertidos, ni los que estos redujeron. Y quiero dar fin á mis cuentos, con hacerlos sabidor, que cuantos amos encontré, á todos oí decir, que solo andaban buscando como poder sustentar una capa, calza y gorra, un aderezo dorado, un caballo, dos criados, gran vagilla y doce platos á la mesa, y un buen vestido de camino: y á las amas, que solo buscaban y querían grandes galas, ricas joyas y ropas que remudar, y los estrados con alfombras y cojines, y buen servicio de esclavos y de esclavas labranderas, que sepan mucho de bolsillos y redecillas; y que con esto pasarían como pudiesen las vidas, mereciendo ser unas reinas, y los maridos unos reyes. Y entiendo que deste parecer son todos, y no sé quien ha de servir y barrer, ni ménos lavar las lanas para colchones y camas á donde el más del tiempo gastan; y añaden más al gasto, lo que es juego, coletes adobados y guantes, sahumerios de pebete, y pastillas y ciertas unciones de algalia, y lavatorios de buenas aguas de olores, sin acabar de creer, estándolo experimentando en sí mismos, que por más y más que se laven han de oler á quienes son: y por más y más que se laven han de oler á quienes son: y aquí ni de tantos sus devaneos, y que han de pretender dineros, y más dineros aún que los de Satanás; y en lo que adelante esperan, deben de tener hecha la cuenta que es grande la misericordia de Dios. En conclusion, á todos sabe bien mal lo que es pobreza y afanes; á mí no ha sabido bien lo que es azotes, y el trabajar ordinario para que otros fuesen ricos, y á mí cuenta descansen, ni ménos las sinrazones que conmigo se han usado, las injusticias que me hicieron, y agravios que recibí; de todo lo cual voy huyendo, y entiendo que en estas pocas palabras me he dado á entender, y sólo falta por decir que yo los perdono sin ruego, y si quisieren me perdonen, y á todos perdone Dios.

Yo le dije:—Decid, hermano Periquito, ¿cómo siendo vos tan mozo, habeis visto y andado tanto?—A esto dijo:—Porque todos mis amos y amas iban corriendo la posta, y yo con ellos, saltando matas, barrancos, sierras, llanos, quebrados, rios y mares atrás del oro, plata y perlas, y ví que por alcanzar estos géneros, atropellaban respetos, verdad, razon y justicia, y cuanto hallaban delante, de lo que es debido; tema quien cree que ha de dar la cuenta á un Dios que todo lo tiene presente, y por cárcel un infierno para los que la dieren mala. Y ha llegado á tanto la desen voltura, que la mía, estando de buen humor, mirándose á un espejo, después de haber gastado largo tiempo en vestir y componerse, y de mirar á su redonda el hinchado faldamento, por razon del verdugado me pidió un mal consejo, y porque lo dí muy bueno, se burló de mí, diciendo:—Miren allá el perro negro, que de honrado revienta. Pasado este frenesí, me dijo regocijada:—Periquito, aquí me vean bien pasar, que después no me han de ver penar; ni cuando fuere á Castilla me preguntarán los míos cómo gané la hacienda, sino si llevo mucha plata en barras y planchas, muchos cajones de reales, grandes barretones de oro, largas y anchas talegas con perlas de todos los mejores géneros, una grande multitud de esmeraldas y otras cosas preciosas; y que ya se hacia la cuenta que en el infierno están los tres famosos Alejandro el Magno, Julio César, Hector Troyano, y aquellos grandes Canton, Sócrates y Homero, la casta Lucrecia, las guerreras Simiramis y Zenobia, y que todo era entre gente tan valiente y tan sabia, y en compañía de damas tan hermosas y bizarras, pasar el año de novicias, y el demás tiempo con ellas. (13) Más yo, señor, que todo lo estaba mirando y notando, cuando esto le oí, bien entendí que por solo sustentar aquello que llaman honra de paños finos, de lana de ovejas muertas, y de sedas salidas de las entrañas de unos muertos gusanos, y de calzados de cabras y vacas muertas, y de *holandas* y *cambráis* de unas yerbas del campo, y de joyas de plata y oro con piedras ó todo tierra, un poco de lindo ó linda, un pasto bueno, cuatro ó seis años más ó ménos, en que se encierra la estimación de las cosas de este mundo, á donde para subir uno bajan cuatro, y para descansar dos trabajan ciento, y para sustentarse tres mueren diez mil animales, peces y aves..., cargaria á los hombros de su alma la sangre más inocente, sin de ello formar escrúpulo. Y esto es lo que tengo que os decir; y os pregunto, —si me habeis entendido.

Yo respondí:—Bien te entendí, Periquito, y no sé si todos han de querer entender las verdades que has dicho, y los avisos que das; y en lo que toca á Guinea, yo mismo ví las islas de Cabo Verde, á donde aquel trato vive, y de los mismos que lo usan supe allí pasar todo eso así, y como un rey Mazotamba, un Giterbo, un Braga, un Chapela, y otros negros principales que, por aficionados á blancos hacían que fuesen presos los vasallos que querían, y se los daban en las manos, sin más causa que solamente su gusto, ó por un presentecio, ahí de que quiera, hecho.

Y más, me acuerdo que tuve amistad con un hombre, ya ganado y ya perdido en este maldito trato, que me dijo quería volver á Guinea, habiendo hecho en España un empleo de ciertas cuentas de vidro y bonetes colorados y cosas así como éstas, que metidos en un costal á la usanza lo tomara á los hombros y se iría al *mato ataquilar* con los negros, que así se llama aquel trato; y que habiendo hecho un buen lote, que es lo mismo que una partida de esclavos, los llevaria á las Indias á hacerlos barras de plata y de oro, para dar dote á dos hijas que tenía, y con esto entendia recojerse á buen vivir y á descansar; pues ya se lo pedía el tiempo. Y tambien me acuerdo, le dije:—Decid, señor mercader, ¿pareceos á vos justicia que para casar vuestras dos hijas vais á vender á ciento agenas? Sonóle bien esta voz y dijo, enarcando cejas:—¡Oh, tratos injustos y feos, dignísimos de aborrecer y de acabar! ¡Oh, estados armados sobre injustas ganancias que ni os aseguran á vos ni á las almas de vuestros poseedores! Abiertos tengo los ojos; agora ví, y ya vees lo que hasta aquí no he visto; un trato tan inhumano, de ir á comprar y vender hombres que, como yo, nacieron libres. ¿Qué deben estos á mí para que vaya á sus tierras y saque dellas, privándolos de padres, madres, hermanos, maridos, mujeres, hijos, y de parientes y amigos, y los lleve á vender

por tantas tierras ajenas, y los entregue en todas ellas á perpetua esclavitud y servidumbre pesadísima, y á tantos montones de males porque tenga bienes yo? Con ser verdad que en esto no paran sus grandes daños, sino que á los descendientes, sean negros ó mulatos, cuarterones ó más blancos, (y algunos dellos nacen en manos de sus señoras, amantados á sus pechos, acostados en sus camas, criados dentro en sus casas, amados como á sus hijos, y á veces son, quizá nietos, entenades ó parientes), los hierran en barba y frente, ó en ambos los carrillos, como á caballos; poco digo, pues á caballos en una pierna los marcan. Pregunto, porque no sé; y cuando no es justicia que sean los padres cautivos, pues son gentiles que no van contra la Iglesia de Dios, ni nos vienen á buscar para hacernos sus esclavos, ni otro mal de más ni de ménos, ¿por qué razon, que sea cristiana, lo han de ser tambien sus hijos? Y digo, que lo servido de padres, á un tanto cada año, aunque fuera con recambio, ya se hubieran desquitado las cuatro y las ocho veces; y que hay negro en las Indias que lo ocupan sus amos en cosas que habian de dar á un blanco los ducientos y mil pesos por un año, como lo es á ser arresez, marinero, herrador, herrero, platero y otros muchos oficios, todos de ganancias grandes: y que hay esclavo que en un año gana doblado de lo que costó á su amo; y que hay otros, que en un día sacan oro y pescan perlas con ventaja de muchos cientos por ciento de lo principal que han costado, y que no por esto dejan de servir en lo mismo en cuanto duran las vidas, y dicen ser cosa licita y que sus hijos y nietos por el peligro del parto corren con ellos parejas; habiendo en esto, y en lo demás apuntado, muchos puntos bien derechos que alegar de parte de aquellos que nacieron libres, contra los cuales muchos con ropas de martas se ponen á la lumbrera de su candil, y algunos con anteojos de cristal de vista de cuatro grados, á estudiar puntos y modos como quedaran esclavos: y ninguno veo que estudia como se les ha de dar la libertad que Dios les dió, por la cual claman, y han de clamar siempre jamás con la justicia que tienen, y esta se les debe dar.

NOTAS.

(1) *Nueva Galicia*.—Nuevo Reino de Galicia.—Región de la América septentrional confinante con el mar del Sur, río de Pánuco, la provincia de Cinaloa, Nuevo Reino de Leon y Nueva Vizcaya: la mayor parte del territorio de este antiguo reino se comprende en el actual Estado de Jalisco de la República Mexicana.

Nueva Vizcaya.—Reino de la América septentrional que confinaba con el Nuevo México, Nueva Galicia, Nuevo Leon y las Californias; poblado por Francisco de Ibarra, durante el virreinato del marqués de Salinas, y cuya capital era Durango.

Zacatecas.—Zacatecas.—Provincia y alcaldía mayor de la Nueva Galicia y obispado de Guadalajara, situada á veinte y cinco leguas al NO. de México, y en la inmediación de las ricas minas de plata que descubrió Juan de Tolosa.

Santa Bárbara.—Santa Bárbara.—Villa y municipalidad de este nombre en el partido de Hidalgo, Estado de Chihuahua de la República Mexicana.

San Luis.—Pueblo de la Nueva España, inmediato al Real de Minas de San Felipe de Guebavi.

Pachuca.—Villa de la Nueva-España próxima á México y hoy ciudad del distrito de Tulancingo en la República mexicana.

Tasco.—Provincia de la antigua Nueva-España y distrito del departamento de la actual República mexicana, abundante en minas de plata.

(2) *Zaragoza*.—Ciudad de la provincia de Antioquia en la Nueva-Granada, fundada en 1581 por Gaspar de Rodas en el valle de Virúe y situada entre los rios Canca y Grande de la Magdalena, y á la orilla del Nequí, que arrastra arenas de oro. Está en territorio que abunda en minerales de este rico metal, y en él existían los célebres lavaderos de oro de Tamburón, Oca, La Raya, Machuca, Bará, Aveleta, Guinea, Porcio, Tauche, San Juan, San Francisco y Santa Marta.

Veragua.—Antigua provincia del Gobierno de Tierra-Firme situada entre Guatemala, Costa Rica y Panamá: fué muy rica en minas de oro, de las que se sacó muchísimo, particularmente de la que descubrió Guerrero y lleva este nombre: llueve tanto en aquella region, que acaso á esto deba el nombre que su descubridor Cristóbal Colon le puso en 1504. En 1537 se erigió aquel territorio en Ducado, cuyo título aún llevan hoy los herederos del gran almirante.

(3) *La Florida*.—Extenso territorio y península de la América septentrional, situada al S. E. de la actual República de los Estados-Unidos y descubierta por Juan Ponce de Leon el día de Pascua Florida de 1512.

(4) *Isla Margarita*.—Una de las pequeñas Antillas situada en frente de la costa de la Nueva Andalucía ó Guayanas, descubierta en 1498 por Cristóbal Colon. Fué un tiempo famosa por la pesca de perlas que se hacia en sus costas.

(5) *Cubagua*.—Isla del Atlántico, próxima á Tierra-Firme, y descubierta por Cristóbal Colon. Aunque estéril, se hizo célebre á poco del descubrimiento por la abundancia de perlas que se pescaban en sus costas.

Panamá.—Ciudad de la antigua gobernación de Tierra-Firme, situada en la costa del Pacífico, al pié del elevado monte que forma el istmo de su nombre, fundada por Padriaras Dávila en 1518.

Río de la Hacha.—En el antiguo Nuevo Reino de Granada, que desemboca en el Océano Atlántico en 13° 32', lat. N.—Llamáronle del Hacha los españoles, por la que regalaban á un indio que les mostró donde habia agua.

(6) *Trinidad*.—Isla del Océano Atlántico, inmediata á la costa de Tierra-Firme, descubierta por Cristóbal Colon en 1498, y conquistada por el gobernador Antonio Berrio en 1592.

Boca del Drago.—Entrada que forma la punta de Páris de la costa de Tierra-Firme y la isla de la Trinidad; descubierta por Colon en 1498, y llamada así porque las violentas corrientes le pusieron en peligro de perderse.

Paria.—Golfo que se forma entre la costa de Venezuela y la de la isla de la Trinidad llamado tambien Boca del Drago.

Orinoco.—Rio caudaloso del Nuevo Reino de Granada

en la América Meridional, y uno de los cuatro mayores de aquel continente, que nace al N. de la laguna de Parime en la Guayana, y desemboca en el Atlántico á los 8° 9' lat. boreal.

El Dorado.—Imaginaria region de la América Meridional que unos supusieron situada próxima á la laguna Parime, otros á la parte superior de la cuenca del Amazonas y Orinoco, y en varias otras partes, recorridas en su busca desde 1541 á 1546, y áun despues por Gonzalo Pizarro, Ordaz, Berrio Quesada, Orellana, Utre, Ursua, Walter Raleigh, Keimiseo.

(7) **Los negros cimarrones de Vallano.**—Estacita se refiere al levantamiento de los negros fugitivos acaudillados por el cabecilla Bayano. Padeíanse, hácia el año de 1556, grandes trabajos en Panamá, segun refiere el historiador Lúcas Fernandez Piedrahita, por los que ocasionaba Bayano, negro belicoso que, retirado á los palenques de esclavos fugitivos instalados en los montes que corren desde el Playon á Pacora, se habia hecho jurar rey de aquellas montañas; y más de seiscientos negros que le obedecian corrian la tierra, cerrando el paso de Panamá á Nombre de Dios. Hallándose allí, por aquel tiempo, el marqués de Cañete, que iba á tomar posesion del vireinato del Perú, aunque no pertenecía á su jurisdiccion el territorio de Panamá, parecióle conveniente aprovechar su breve estancia y la de D. Pedro de Ursúa para restablecer la confianza en los alterados ánimos; y al efecto encargó á éste que, allanando los palenques de cimarrones, procurase la pacificacion del país. En los dos años que duró la lucha y persecucion de Bayano, fueron muchos é ingeniosos los medios estratégicos de que se valió el caudillo negro para rehuir ó hacer ineficaces los empleados por Ursúa; mas éste, que fué consumiendo á los cimarrones poco á poco, logró hacer caer en una emboscada á su jefe, y amedrentados los rebeldes pidieron paces á D. Pedro, quien con tal ocasion la tuvo para parlamentar con algunos negros ladines que, á pocos lances, convinieron en que Bayano pasase preso á Panamá, de donde lo remitieron á España; dejando su mismo nombre al rio en que fortificó sus palenques, que es el que baja por Chepo y Terable. Con las condiciones estipuladas y dirigidas á que los negros nacidos en los palenques quedasen libres y devolviesen los demás á sus dueños, obligándose además los de los palenques á no permitir en lo sucesivo más negros fugitivos, asentóse una paz firme, que duró muchos años. Ursúa entró victorioso en Panamá; pasó luego á Lima donde obtuvo del virey marqués de Cañete la comision de limpiar el Perú de los restos de gente valdía que habia concurrido á las últimas rebeliones, seguidamente dirigióse á los Motilones y con alguna de aquella gente embarcóse en el Amazonas para recorrer el gran rio reconocido ya por Orellana, en donde encontró Ursúa la muerte en primero de Enero de 1561 á manos del ambicioso y traidor Lope de Aguirre. (Puede verse este trágico fin en el libro CASTELLANOS Y VASCONGADOS publicado por Z... Pag. 223. Madrid 1876.)

Indios jibaros.—Se nombra *Conepcion de los Jibaros* á un pueblo del distrito de Mainas en el antiguo reino de Quito del Perú, y reduccion de los indios montaraces y belicosos de aquella nacion hecha por los Regulares de la compañía de las Misiones.—En las Antillas se aplica hoy la palabra *jibaro* como sinónima de montaraz, rústico, indomable.

Indios esmeraldinos.—Los del departamento de Quito en el Perú asentados entre las jurisdicciones de Guayaquil y Barbacoas, cuyo territorio descubrió y conquistó Sebastian de Belalcazar y llamóse de Esmeraldas ó Atacames por las ricas minas de esas piedras preciosas que en él hallaron los españoles.

Indios floridanos.—Los de la península de la Florida en la América septentrional, que se distinguieron al tiempo de la conquista por lo guerreros y valerosos.

Indios de la Sierra Nevada.—Los de las naciones bárbaras de esta sierra elevadísima, extendida por la antigua provincia de Santa Marta en el Nuevo Reino de Granada, que es una de las ramificaciones de la gran cordillera de los Andes, forma el istmo de Panamá y se dilata por la América septentrional en direccion N. S.

Indios chichimecos.—Los procedimientos de la tierra de *Chichimecin* que en numerosas y feroces tribus nómadas ocupan el vasto territorio al Oeste y Norte de México llamado de la Nueva Galicia en el actual departamento de Jalisco de la República Mexicana. Distinguianse los *chichimecos*, más que otros indios, en el manejo de sus flechas de pederual y en la certera puntería.

Araucanos.—Nacion de indios valerosos que habitan en la república de Chile, al Sur del rio Biobio, desde las más elevadas montañas de los Andes hasta las llanuras. Por su temerario valor y resolucion increíble fueron inmortalizados en el poema *La Araucana* del poeta-soldado Alonso de Ercilla.

(8) **Isla de Guadalupe.**—Una de las Antillas menores ó *caribes*, llamada por los indígenas *Curquera* ó *Curricura*, descubierta por Cristóbal Colon en 1493 y situada en las proximidades de la Marigalante y Martinico ó Martinica.

Isla Dominica.—Una de las *caribes* descubierta por Cristóbal Colon en su segundo viaje el año de 1493, y situada entre la Guadalupe y la Martinica á los 15° 30' latitud septentrional.

Isla Matalino.—El clérigo agradecido D. Pedro Ordoñez de Zevallos, natural de la insigne ciudad de Jaen, en su *Historia y Viaje del Mundo*, ó sea á las cinco partes de Europa, Africa, Asia, América y Magalánica, dice en el capítulo cuarto del tercer libro, (pág. 347 de la edicion de 1691) refiriendo su navegacion desde las islas de Canarias á Tierra Firme, que á las ochocientas leguas llegaron á la Deseada (una de las Antillas menores) que está en quince grados como la Dominica, y *Matalina* y otras islas pobladas de indios que llamamos *caribes* ó *cimarrones* gente que come carne humana; y así, al saltar en tierra, los nuestros se guardan, disparando muchas piezas de artillería al arcabuco montaña, y salen soldados de guardia porque en descuidándose los llevan. Nosotros tomamos á *Matalino*... y contonos un hombre que encontramos de paz y español, como » en aquella isla, y en las otras muchos españoles, y muy » jeres, que ya no los comen por los que allá ay... «Dixonos

» tambien, que aua mucho tiempo que no comian ya Frayles, » ni mujeres. Las mujeres porque las querian para aproue- » charse dellas para hazer valientes hijos, porque lo veian por » experiencia; y los Frayles, porque cogieron vno, y comién- » dolo se hincharon, y reventaron los que comieron dél.»

Este suceso, ocurrido en la isla de *Martinico*, *Matalina*, *Matalino* ó *Mataliron*, que todos estos nombres lleva en las historias la llamada actualmente isla *Martinica*, dicen algunos manuscritos que tuvo tambien lugar en las costas del Guayana, en donde los indios caribanos ó caribes, emboscados en el arcabuco, manigua ó monte bajo, habiendo hecho, en cierta ocasion, una matanza de españoles desembarcados en la costa, al registrar los cadáveres para comerlos, escogieron los de unos frailes por verles mejor cuidados y de más blancas carnes que las curtidas de marineros y soldados, y que, incitado su apetito con él, para ellos, sabroso manjar de tal modo abusaron de la carne de fraile, que algunos de los caribes reventaron, y se abstuvieron, en lo sucesivo, de comerla, teniéndola por venenosa.

Isla Granada.—Una de las Antillas menores que tiene la forma de media luna, de nueve á diez leguas de largo y cinco de ancho, y estaba habitada, al tiempo de la conquista, por los indios más fieros y salvajes de la nacion caribe.

(9) **Arequipa.**—*Arequippa.*—*Arequipay.*—Poblacion de los antiguos reinos del Perú y ciudad de la actual república de este nombre, que ya existia en tiempo de los *incas*. Por la conquista de Francisco Pizarro la poseyeron en 1536 los españoles, quienes la fundaron en el valle de Quilca y á la falda del monte Omate, que aunque cubierto perfectamente de nieves, ha vomitado fuego muchas veces y y conmovido el país con pavorosos terremotos. La erupcion volcánica á que el Ms. se refiere, acaso fuese la que ocurrió el 19 de Febrero del año 1600, en la que reventando la cordillera á distancia de veinte leguas de la ciudad, arrojó de sí tanta ceniza, que á no haberla exparcido el viento Norte que por aquellos dias sopló impetuosisimo, arruinára todos los pueblos de la comarca sin dejar rastro de su sitio. «Alcanzó » parte desta ceniza distancia de más de trescientas leguas, y » en las cincuenta más vecinas á el volcan referido, cubrió la » tierra y edificios con cuerpo de casi media vara, que bastó » á cerrar los caminos y esterilizar los campos; á matar los » ganados, y entorpecer de manera las aves, que se precipi- » taban de su region, quizá porque la ceniza les abatía las » alas.... La lluvia de la ceniza continuó hasta el viernes 25 » de aquel mes... Ninguna defensa impedía el paso á los re- » tretes más secretos, que penetraba impelida como de un » animado movimiento, formando unos raudales tan impetu- » sos como los de las aguas, que en avenida descendien de los » montes. Estas calamidades se acrecentaban, como su último » y mayor cúmulo, con la miserable turbacion que causaban » los continuos temblores de la tierra, que más ó ménos vio- » lentos nunca cesaron desde el principio destas tempestades; » y se averigua que en un solo día natural tembló sobre dos- » cientos veces. Consta todo lo referido, en este rarísimo caso, » de auténtica informacion, que cinco dias despues dél hizo el » Maese de campo D. Juan Hurtado de Mendoza, corregidor » que á la sazón era desta ciudad...» Puede verse la relacion original del manuscrito en las páginas 270, y siguientes del tomo 66 de la *Coleccion Muñoz*.

(10) **Jamacia.**—*Xaynaca* de lo indígenas, es la menor de las cuatro grandes Antillas, descubierta por Cristóbal Colon en 1494. Hoy pertenece á Inglaterra.

Cuba.—La mayor y más rica de las Antillas, descubierta por Cristóbal Colon en 1492 y conquistada por Diego de Velazquez en 1511.

La Española.—La segunda de las Antillas mayores y la primera de las islas pobladas por los españoles en el siglo XV á poco de descubrirla Cristóbal Colon en 1492. Hoy se distingue con el nombre de Santo Domingo, por su capital, la parte que ocupan las gentes de la raza blanca, y se llama de Haiti el territorio que comprende la república fundada por los negros á fines del siglo último.

Puerto Rico.—*Biviquen.*—La tercera en magnitud de las cuatro Antillas mayores, descubierta por Cristóbal Colon en su segundo viaje y conquistada por Juan Ponce de Leon.

Nuevi Reini de Granada.—Gobernacion que tuvo por limites la de Cartagena y Santa Marta, los Llanos de San Juan y el rio Magdalena; formó luego parte del vireinato de Santa Fe y es hoy provincia ó estado de la república de Nueva Granada en la América meridional.

Santa Marta.—Territorio de la América central, extendido desde el rio de la Hacha hasta el de la Magdalena, y descubierto por Alonso de Ojeda en 1505: fué provincia del Nuevo Reino de Granada y actualmente de la república de este nombre. La capital, llamada tambien Santa Marta, lleva hoy el nombre de Colon y Aspinwall.

Cumaná.—Provincia de la América central limitada por Venezuela, el Océano Atlántico y la Boca grande del Drago.

Venezuela.—Tierra descubierta en la América meridional por Alonso de Ojeda el año de 1499, que fué provincia del Nuevo Reino de Granada y constituye hoy la república de su nombre.

Puerto de la Guatra.—El principal é importante que la república de Venezuela tiene en el Océano Atlántico. La poblacion de este puerto y de su mismo nombre fué fundada por el gobernador de Venezuela, D. Diego de Osorio en 1588.

(11) **Campidoglio.**—*Campidoglio.*—*Campidolium.*—*Capitolium*, segun Du Cange en su *Glossarium*.—El Ms. parece referirse á un registro de los ciudadanos de Roma que se llevaba en el *Capitolio*.

(12) **Carta de horro** ó de libertad, y tambien cédula ó licencia para impetrar la caridad pública.

(13) ¿Se piensa hoy de otra manera?

JUSTO ZARAGOZA.

(Continuará.)

CRÓNICA.

Las ferias de Setiembre se han agarrado al paseo de Atocha como un naufrago se coge á un cor-

cho salvavidas. Pero en vano. Las horas de su exhibicion con acompañamiento de organillos y máquina infernal de hacer música, están contadas y no tardará el reloj del tiempo en dar la última. Si nunca gozaron de gran favor, ahora se ven obligadas á dividirse con las de Mayo, que si no tienen importancia decisiva para el tráfico, la tienen grande para las diversiones y para el lujo, y esta es la manifestacion última, el último progreso de las ferias.

Las de Sevilla, tan renombradas, prestan mayor auxilio que á la contratacion al gozo delirante. Las estensas alamedas llenas de acacias y de chumberas, convertidas en campamentos donde se alojan la belleza y la felicidad; las casas trasladadas al campo; las mujeres con ojos de fuego y un tiesto de claveles y de rosas en el peinado; las casillas de tela pintada donde se confunden el humo del aceite y el humo de la conversacion; los bailes en las lujosas tiendas decoradas con inimitable coquetería; la alegría derramándose como el vino; todo esto es encantador, sorprendente, maravilloso, á orillas del Guadalquivir, con el embriagador aroma del azahar, junto á la Torre del Oro, con el cielo azul purísimo de Andalucía.

Negocios, compras, ventas y ganancias, ni en las ferias de Sevilla esplendorosas, ni en las de Madrid, que ya agonizan, pueden buscarse. Los escaparates de todo el año han concluido con las tiendas portátiles de una semana. Mientras pudieron andar libremente por las calles sin miedo á las ordenanzas municipales y á los coches de punto, vivieron felices. La reglamentacion las ha matado.

Sucede en este punto á las ferias lo mismo que á las cantarinas de malagueñas. En cuanto las obligan á cantar por música, como ellas dicen, enmudecen. De tantas grandezas pasadas, no quedan ya para muestra, más que juguetes de niño, libros viejos y melocotones de Aragon. Las prendas de lance en buen uso escasean tanto, como los lances de honra que no acaban en Fornos ó en los Cisnes. Para ver aquel espectáculo más de un día, hace falta tener toda la paciencia de que el gran Servet y Vallés, el divino, dan pruebas, no moviéndose de las puertas del Museo Antropológico del doctor Velasco.

Un señor muy viejo lo decia la otra tarde: —Ya no hay ferias. Yo recuerdo como un sueño la época en que venia á comprar melocotones y una gramática latina. Mariquilla me acompañaba siempre. ¡Mariquilla!... ¡Mi primera novia! Una muchacha de quince años, de andar gracioso y cara remonísima, que me juraba quererme siempre... Despues pasó mucho tiempo sin que yo la viera. Luego la ví un dia en este mismo paseo con vestido de gran señora, y no me quiso conocer. Ahora vende libros viejos, y siempre que paso junto á ella se tapa la cara para que yo no la conozca. De las ferias de entonces no queda más que de mis ilusiones y de mi alegría.

—Tiene usted razon,—le contestaba un su amigo, militar retirado, con una cruz de San Fernando en el ojal de la levita, y un bigote muy grande, cubriendo la enorme boca.—Yo tampoco puedo venir á las ferias sin enfurecerme. Aquí no se ven más que sables de madera y generales de carton.

Pocos dias antes de que en el paraninfo de la Universidad, lleno de nombres ilustres, con presencia del claustro de profesores y de gran número de damas elegantemente vestidas, viéramos reunida á la brillante juventud que en las luchas del estudio ha empezado á ganar premios y laureles, en un centro más modesto para quien juzgue sólo por apariencias, se abria, con un notable discurso del Sr. Giner de los Rios, un nuevo curso académico, una estacion más en el camino del trabajo inteligente y fecundísimo que acaba en la celebridad; una página más en la historia de las conquistas maravillosas de la ciencia. Nos referimos á la «Institucion libre de enseñanza,» escuela donde se educa á los niños para la vida de la ilustracion y del progreso, centro donde se han reunido gran número de hombres ilustres para no hacer inútiles talentos que consagran al desarrollo de la enseñanza; prueba indudable de lo que puede la libertad individual aplicada á fines nobilísimos; argumento poderoso contra los que por miedo ó por horror maldicen de los atrevimientos sublimes de la razon, sintiendo que el peso de sus excomuniones no sea bastante para exterminarlas.

A la restauracion política sucedió la restauracion en la enseñanza. El abuso de la libertad exigia una reforma; el recuerdo á los beneficios debidos á ella obligaba á los restauradores á un sincero respeto. La reaccion no se paró en consideraciones, y á la calumnia impotente sucedió la tiranía arbitraria. A la sombra de la libertad de enseñanza, los estudios católicos habian podido vivir independientes y áun adquirir grandes triunfos les hubiera sido posible, si para el ultramontanismo no significara más el interés que la propaganda y más la rebelion que la escuela. Disponiendo á su antojo de influencias decisivas, la reaccion no pudo ser generosa, y si con su destierro la paz fué posible, con su triunfo la guerra se hizo inevitable. En la lucha abierta entre la razon y las preocupaciones, la razon tuvo que declararse vencida transitoriamente en las esferas oficiales. Maestros ilustres de todas las ciencias quedaron fuera de sus cátedras, y estas, vacantes á merced de las influencias ministeriales, de los terceros lugares de las ternas, de los profesores con programas aproba-

dos por el Gobierno y libros de texto que son orgullo de la española ciencia y renta valiosísima. Los vencedores fueron a las Universidades, los vencidos fundaron la Institución libre de enseñanza. ¡Generosa venganza! De los progresos de esta Institución no necesitamos hablar. Datos recientemente publicados nos permiten decir, que el primer año tuvo más accionistas que la Universidad libre de Bruselas en los cuatro primeros de su existencia, y que reunió en sus aulas mayor número de alumnos que la Universidad católica de París, fundada con un capital de 16 millones, con el apoyo del episcopado y la recomendación de la Santa Sede, en una villa de muy cerca de dos millones de habitantes.

En la Institución aprende la juventud; en estos datos tiene mucho que aprender el Gobierno.

**

Lamartine hablando de la historia de la revolución francesa, dice que es gloriosa y triste como el día que sigue a una victoria, y la víspera de un combate. Se parece al drama antiguo en que mientras el narrador refería el suceso, el coro del pueblo cantaba la gloria, lloraba las víctimas y elevaba un himno de consuelo y esperanza a Dios.

Es cierto. Pero cuando para combatir no ha sido preciso sacrificar, cuando no se llora ni se maldice, cuando la acción es grande y rarísimos los olvidos de la justicia; cuando no hay víctimas ni verdugos; cuando la resistencia ciega a toda reforma legítima que la hizo nacer es desterrada por el voto de todas las conciencias honradas, cuando son mensajeras de la luz tan solo y no del luto, cuando sus conquistas triunfan de la calumnia y de la reacción, cuando de ellas queda siempre como rastro luminoso que sirve de guía a futuras generaciones una idea grande y redentora, las revoluciones oírán siempre palabras de amor y de cariño y encontrarán quien bendiga con reconocimiento su memoria.

Al tributar este recuerdo cariñoso a la revolución española de 1868 el día 29 de Setiembre próximo pasado, al mismo tiempo que la propaganda democrática con éxito tan extraordinario reanudada ahora, venían a nuestra memoria estas palabras que el Sr. Cánovas pronunciara orgulloso desde el banco azul del Congreso: «Yo tengo la conciencia de poder levantar la frente ante mis conciudadanos para decir que he verificado aquí una restauración como no se ha conocido ninguna, y esta restauración con mi política, en lo que mi política ha ejecutado con relación a ella, ha sido todo amplitud y todo generosidad.»

Esto habría sido una virtud si hubiera podido ser de otro modo. Pero esa posibilidad no existe por fortuna. Todas las restauraciones han sido lo mismo. La de los Estuardos en Inglaterra, tuvo que aceptar resignada, ya que no gozosa las conquistas más esenciales de la revolución. La restauración francesa debió el principio de fuerza que le dió vida primero y la alentó después a haberse presentado ante la Europa como una garantía de paz y de reposo. Guizot lo decía: «La tendencia a la paz, el respeto a todos los derechos adquiridos, la adopción de los grandes principios de la revolución fué lo que constituyó el genio tutelar de la restauración.» Así debía suceder. Es ley histórica que las restauraciones no pueden responder jamás a la violencia, ni menos repudiar la obra del tiempo y las adquisiciones de la libertad y de la civilización.

Hay algo más terrible que la locura de los pueblos y ese algo más terrible es la esclavitud y el envilecimiento a que el despotismo los conduce. Un pueblo abandonado a su propio impulso y creyéndose dominador absoluto de todas las cosas, salta, olvidado del respeto que se debe al derecho, por todas las leyes que ante su paso se opongan cerrándole el camino de la anarquía; pero aquel quebrantamiento jurídico pronto se repara por que es interés de la sociedad conservar su reposo. Un pueblo esclavo soporta eternamente la usurpación de su soberanía y sanciona con una resignación criminal las más absurdas arbitrariedades. No hay vida política porque falta el sentido individual que tan extraordinarios milagros realizará siempre; no hay armonía entre los diversos poderes del Estado sino sumisión en todos ellos; no hay derecho, porque los que en el Código fundamental del Estado se consignan bien poco pueden enfrente del capricho de su amo; y no hay engrandecimiento posible porque le hacen imposible, las transformaciones que la humanidad necesita si ha de vivir en la vida del progreso moderno.

Sóñar con el puñal de Bruto y con la adusta frente de Catón nos parece peligroso. Olvidar ciertas fechas gloriosas ingratitud notoria.

**

Gibraltar es un pedazo de España que Inglaterra posee y domina: que enseña al mundo tan orgullosa como si con él, más que su poderío marítimo y militar, no mostrase una usurpación; que amamos con la fe ciega, con el cariño inmenso que se ama la tierra de la patria querida; que no podemos mirar sin que nuestros ojos se nublen y la ira nos queme el rostro; que todo el mundo salda como tesoro de valor inestimable y como árbitro del comercio oriental; que vió desfilar por las aguas que azotan sus rocas altísimas los dioses griegos; que no nos resignamos nunca a haber perdido.

Léjos de acudir al expediente desastroso de la guerra, la política de España en este punto consistió siempre en crear en alguno de sus puertos que más cercanos están a Gibraltar, factorías de comercio que amenguasen la importancia mercantil de la posesión que los ingleses nos arrebataron, y en conseguir lo que por las negociaciones diplomáticas podría ser, con constancia y energía, tan fácil, como difícil por la elocuencia de los cañones. Nada de esto sucede por desgracia. La política conservadora es en este punto, como en otros muchos, tan desdichadísima, que no hay que pensar en conseguir ventajas, sino más bien en conjurar los peligros que nos amenazan. Los ingleses poco a poco van adelantando sus centinelas, apoderándose cautelosamente de más extensos terrenos, consiguiendo, a la sombra de la impunidad, nuevas usurpaciones. Y aunque la prensa protes a de ellas y dá la voz de alerta, no hay miedo de que el Gobierno pueda oírlo. No parece sino que se quiere que Gibraltar vuelva a nosotros, llegando los ingleses en su dominio hasta el centro de España.

Nada de ideales de raza que contrarían la necesidad de fundir en un solo principio la base social de todas las naciones de Europa. Pero respetemos y defendamos los ideales de cada nación que la historia explica y la justicia sanciona. Nada de acudir a la conquista para favorecer el engrandecimiento de los pueblos, puesto que los conquistadores no tienen otra patria que su ambición ni otro pedestal donde asentar sus glorias que la ruina de sus súbditos; pero nada tampoco de resignarse gustosos a aceptar las usurpaciones de la habilidad o la fuerza; nada de renunciar al porvenir que el destino y las leyes históricas señalan a cada país. Repuesta apenas de su descalabro terrible y vergonzoso a que la insensatez la condujo, para Francia el ideal soñado, aquel que unen a sus oraciones todos los labios é incrustan en su corazón todos los patriotas, es alcanzar sus fronteras naturales recobrando la Alsacia y la Lorena violentamente arrancadas. Para Italia, que ve en el Austria un enemigo eterno y tiene en el Vaticano un recuerdo vivo del poder temporal del Papa, consolidar, por el empleo de la diplomacia, una nacionalidad a tanta costa conseguida. Para Portugal, emanciparse de Inglaterra que a perpetua minoridad la tiene sujeta. Para España estrechar más y más los vínculos que la unen con las Repúblicas americanas; llevar su civilizadora influencia a Marruecos, convencida de que la atonía sería criminal, porque en Marruecos se abren para ella horizontes brillantes y le está reservado el cumplimiento de grandes destinos, y más que nada ponen toda su vida y toda su altivez y toda su indomable sangre en conseguir que Gibraltar le sea devuelto.

¡Inútiles consejos!

Los conservadores no entienden de ideales. No entienden más que de vivir al día.

**

Continúa la prensa de oposición teniendo por cosa más difícil que resolver el problema de la cuadratura del círculo averiguar el motivo de que en el reloj de la vida del Gobierno no haya sonado la última campanada, cuando tantas dá; se ha hablado mucho de la inminencia de una crisis parcial, suponiendo que el asunto de la Escuela de tiro había hecho blanco en el señor ministro de la Guerra; no queda periódico en España que de resultados de la última galerna fiscal no esté denunciado ó suspendido; las esperanzas de los fusionistas suben y bajan como el termómetro, ahora que unos días hace frío y otros calor; y si después de tanto como se cuenta y se dice y se escribe y se niega, queremos detenernos ante algunos hechos de cuya existencia real no pueda dudarse, aunque si juzgar mal de su significación verdadera, tenemos dos circulares del ministro de la Gobernación a los gobernadores de las provincias, y un discurso del Sr. Castelar a los posibilistas de Alcira.

Prescindamos de entrar en el fondo de este último acto político del Sr. Castelar, de oportunidad discutible. Por su forma es una de las oraciones más correctas, más bellas, más grandes de cuantas la elocuencia maravillosa del gran tribuno ha producido en su vida política.

Las circulares del Sr. Romero Robledo son otra cosa. Por la primera se prohíbe la asistencia de los alcaldes a las reuniones públicas fuera del cumplimiento de sus deberes como autoridad, ó el hecho de ser directores ó redactores de la parte política de cualquier periódico; se señala como justa causa de destitución la participación directa é indirecta de los mismos en cualquier acto político á que no sean obligados á concurrir por expresa disposición de la ley; y se les obliga á abstenerse de toda acción ó omisión incompatible con los deberes de su cargo. Por la segunda se manda a los gobernadores que desplieguen el mayor celo para inquirir los casos en que por parte de los eclesiásticos de las Provincias Vascongadas, particularmente los oradores sagrados que prediquen en vascuence, se delinca contra la Constitución; que no omitan medio para vigilar a los sacerdotes que mal aconsejados ataquen, siquiera sea embozadamente, las instituciones de la nación; y que comuniquen al gobierno sin demora todos los hechos de esa naturaleza de que tengan noticia. Una crítica seria, altisonante, de cuello almidonado, ministerial en una palabra, encontraria estas disposiciones trascendentísimas.

La crítica imparcial no puede ver en ellas más que un motivo de regocijo y un tema inagotable de ocurrencias graciosísimas para los periódicos que rinden a la sátira fiel tributo. Porque no habiendo alcaldes que cumplieren fuera del credo conservador liberal, claro es que la circular, en cuanto se refiere a publicar periódicos y a intervenir en actos políticos, es letra muerta. Los alcaldes intervienen en los actos políticos por mandamiento del gobernador y no son los gobernadores quienes han de enojarse porque les presten obediencia.

En realidad esas dos circulares no son más que dos cargas pesadísimas echadas sobre la vara de alcalde y el baston de gobernador.

Los alcaldes no podrán jugar con su mujer ni con el boticario al tresillo, porque jugar es una acción contraria al cargo de alcalde.

Los gobernadores tendrán que tomar maestro de vascuence por si los trasladan a alguna de las provincias donde los curas predicán para que los castellanos no lo entiendan.

**

Al motin de las capas y sombreros; al de los faroles; al de los mercados nuevos; a tantos otros como cualquier reforma provoca siempre, tendrá que agregarse en la historia del pueblo de Madrid el motin de los kilos.

El día en que debió empezar a aplicarse el sistema métrico decimal, la plaza de la Cebada parecía una plaza de toros, cuando el enojo de los espectadores no se pára en presidentes, ni en guardias municipales, ni en naranjazo más ó menos. Oyendo aquel griterío, cualquiera hubiese sospechado que las vendedoras de verduras querían aprender el nuevo sistema de pesas y medidas como los niños las oraciones en la escuela; a voces. A un maestro de instrucción primaria que pidió diez gramos de carne, a poco si le mata el carnicero. El motin empezó, según dicen, porque un bombero municipal, para cumplir las órdenes del Alcalde, quería comprar un litro de patatas.

La intervención oportuna del señor marqués de Torneros sofocó el tumulto. Nuestra primera autoridad municipal dijo en pocas palabras, que cada uno podía hacer lo que le diere la gana, y a tanta elocuencia ¿quién no había de confesarse rendido? Por lo pronto los vendedores han conseguido un aplazamiento. El nuevo sistema no empezará a regir hasta el día primero del año próximo.

—¿No cree Vd. que en este tiempo los vendedores aprenderán el sistema métrico?

—Lo que creo es que se convencerán de que no hay mejor sistema que el motin.

**

La empresa de la Plaza de Toros ha pedido al señor marqués de Torneros caballeros en plaza.

Y el señor marqués de Torneros ha dicho que no los hay.

¡Ni en plaza!

MIGUEL MOYA.

Ha terminado sus trabajos la comisión nombrada en Cuba para la reforma de los aranceles de aduanas de aquella isla.

A juicio de la comisión, el arancel de Cuba debe ser simplemente fiscal hasta donde lo permitan las necesidades del presupuesto, y propone la rebaja de los derechos en los artículos alimenticios, máquinas y artefactos; la supresión del derecho diferencial de bandera, la reducción a 334 partidas las 614 del arancel vigente, la libertad a la harina nacional de todo impuesto, y la rebaja a dos pesos el barril de la extranjera.

Los periódicos de Nueva-York publican un despacho de Panamá, diciendo que no es cierto que los chilenos hayan bombardeado el Callao.

El mismo periódico asegura que no es exacta la destrucción de Illapel (Chile), por efecto de un temblor de tierra.

El ejército chileno continúa su movimiento de avance en el Perú, habiendo ocupado a Chiusbo.

El periódico *Las Novedades*, que también se publica en Nueva-York, contiene el siguiente telegrama de la Habana:

«HABANA 20 de Setiembre.—Hé aquí una relación exacta de lo ocurrido con el bergantín americano *T. W. Whitmore*, capitán Campbell. El buque iba de Baltimore para Galveston con 500 toneladas de carbon y encalló en los arrecifes de Guayaba, a 40 millas al Este de Nuevitas. El cañonero español *Pronto*, mandado por Freres, acudió al socorro del buque y su tripulación ayudó a descargarlo y a cargarlo después, una vez a flote; también le proporcionó anclas y le indicó el rumbo que debía seguir. El cañonero perdió un hombre de su tripulación durante las maniobras de salvamento, que duraron varios días, y nada reclamó como remuneración por sus servicios y sus gastos.»

El ministro de Marina ha comunicado el orden al capitán general del departamento de Cádiz para que disponga el envío de 200 marineros de los 230 que componen la dotación eventual de la *Villa de Madrid* con destino al apostadero de Filipinas, cuyo transporte se verificará en el vapor-correo que sale para Filipinas del día 20 al 22 del corriente.

À CONSUELO.

EN UN ALBUM.

Del sueño en el delirio no se inflama
mi triste y fatigada fantasía,
ni sed de la ambición me aqueja impía,
ni adoro la beldad ni amor me llama.

No me conmueve ya la mística rama
que desgajó la ráfaga bravía,
ni el fragante vergel me dá alegría,
ni el iris busco si aquilon rebrama.

El encanto pasó: fría y severa
la realidad, escarnio del deseo
fatal me lleva al fin de mi camino.

Pero en el hielo inflámase la hoguera,
si en mis recuerdos esplendentes veo
el dulce encanto de tu sér divino.

M. FERNANDEZ Y GONZALEZ.

A UN POETA.

Há tiempo que yo escuchaba
la vibración de tu lira,
y los arranques gallardos
de tu ardiente fantasía.

De entonces, rendí el tributo
de mis alabanzas vivas
á tu númen vigoroso
y á tu vena dulce y rica.

Mas hora atónito he visto
otra joya en que palpita
la ternura más suave
y la más pura poesía.

Y juro por Dios que ante ella,
el ánima suspendida,
en veneración trocése
lo que antes fué simpatía.

Al contemplarla, el espíritu
sintió la emoción que inspiran
los modelos acabados
de belleza peregrina.

Es ella compendio mágico
de celestial armonía,
y conjunto primoroso
de perfecciones divinas.

¿Cómo enmudecer mirándola,
si el pecho ráudo se agita,
y su hermosura hechicera
la mente loca estasia?

Yo sus encantos proclamo,
y ha de transcurrir mi vida
admirando fervorosos
tu mejor poema: tu hija.

PLÁCIDO LANGLE.

UN CUENTO

Mientras la tersa luna
del espejo armonioso
reproduce una á una
en sin igual conjunto
las ricas gracias de tu rostro hermoso,
quieres que el raro asunto
de un cuento entretenido
distriga tu indolente pensamiento.
Pues bien; sólo te pido
que en llanto que tu vista se recrea
en el cristal por tu hermosura herido,
me dejes meditar sólo un momento.

¡Un cuento quieres!... Sea.
Te voy á complacer... Vaya de cuento.
Cuéntase que en la orilla
de un arroyo sereno,
que al prado maravilla
y hace que el valle ameno
las márgenes alfombró
por donde paso su corriente halla,
se abrió al viento suave
una flor, cuyo nombre
la crónica se calla,
probablemente porque no lo sabe.

Mas dice y asegura
que era mucho el encanto
de su rara hermosura;
que al sol de la mañana
desplegaba gentil en rico manto
la ufana pompa de sus hojas bellas,
de nácar y de grana,
para mostrar en ellas
la delicada tinta,
los pálidos colores
con que el otoño pinta
sus dulces frutos y sus frescas flores.

Corre á sus piés lijera
la onda fugitiva,
trazando lisonjera
con gracia encantadora
en el cristal brillante
la limpia imagen de la flor altiva;
mas en el mismo instante
ella se vé y se adora;
la vanidad de su hermosura siente
ante la gracia suma

de aquella imagen que el cristal le fragua,
y ansiosa inclina la risueña frente;
pero al besar la espuma
que salta sobre el agua,
cuando más afanosa
sobre el tallo se inclina
de su propia hermosura codiciosa,
con ímpetu impaciente,
con furia repentina
arrebato sus hojas la corriente.

Tú, luz de mi alegría,
casta belleza en cuyos ojos arde
la claridad con que ilumina el día
las sombras de la tarde;
si la hermosura tu pasión provoca,
si buscas en la luz de tu reflejo
satisfacción tan loca,
contéplame, mi bien, en este espejo.

JOSÉ SELGAS.

HÉROES DE SHAKESPEARE.

HAMLET.

En la mente un volcan; en la mirada
la cólera sangrienta reprimida;
el sarcasmo en la boca contraída;
el amor en el alma desgarrada.

Ruge en su cráneo la tormenta airada,
venganza fiera, indómita, encendida;
el noble corazón lleva cenida,
como serpiente al árbol enroscada.

Sus ensueños de amor, sus ilusiones,
placeres, gloria, porvenir hermoso...
¡Todo al suelo cayó despedazado!

Y víctima de recios aquilones,
en esquife deshecho y tenebroso,
navega por un mar ensangrentado.

OFELIA.

La frente orlada de olorosas flores,
en el pecho mortal melancolía,
y un cielo de candor y poesía
en sus límpidos ojos sonadores.

La sublime canción de los amores
en sus labios de aromas y ambrosía,
tiene la seductora melodía
de una bella canción de ruiseñores.

Ora lanza un suspiro dulce y leve;
ya grandes carcajadas argentinas
que de lágrimas guardan un tesoro.

Y si mueve su planta linda y breve,
páreceme escuchar notas divinas,
delicioso rumor de alas de oro.

MANUEL REINA.

DÉCIMAS

recitadas en la función celebrada el día 2 en el
Teatro Español para honrar la memoria del señor
Hartzenbusch.

No hace un año todavía
que el público, conmovido,
á un poeta esclarecido
sus laureles ofrecía.
En el templo de Talía
clamor de gloria estalló
y, anhelante, le escuchó
el poeta, que era anciano,
y con la trémula mano
una lágrima enjugó.

Al ceñir de la victoria
la corona merecida,
Hartzenbusch cayó sin vida
abrumado por su gloria.
En su tránsito á la historia
con la muerte hizo un convenio;
algo, en que anidó su génio,
avara la tierra oculta
mas, lo que no se sepulta,
flota aquí sobre el proscenio.

Aun palpita aquí el rumor
de su cántico armonioso,
que más grande y más famoso
hizo al Cid Campeador.
Como el héroe, fué el autor,
la victoria iba en pos de él;
muerto sobre su corcel
venció el Cid en campo abierto,
y Hartzenbusch, despues de muerto
..... os demanda otro laurel.

LEOPOLDO CANO.

À UNA MUJER.

(SONETOS.)

I

Miel eran las palabras de tu boca
y celos adorables tus enojos,
y las miradas de tus negros ojos
relámpagos de un alma de amor loca.

Con ansia mucha, con prudencia poca
el piélagos crucé de tus antojos,
buscando flores y encontrando abrojos
en tu infecundo corazón de roca.

Que nunca me ofendiste ni me ofendes
propalas sin pudor, mujer impía,
y mi silencio por desprecio vendes.

¡Despreciarte! Ninguno lo diría;
pero lo dices tú, porque comprendes
que yo, con mi desprecio, te honraria.

II

¿Por qué me dices que cuál débil hiedra
por huracan indómito azotada,
del árbol protector ya separada
el nebuloso porvenir te arredra?

¿Por qué me dices que veloz desmedra
la flor de tu belleza delicada,
si has convertido, torpe y desalmada,
mi tierno corazón en dura piedra?

Cesen, si no los finges, tus afanes;
pues antes que volver de tu falsía
á verme envuelto en los infucos planes,

será el rugiente mar enjuta vía
y nieve la erupción de los volcanes
y negra sombra el luminar del día.

PEDRO MARÍA BARRERA.

EPIGRAMAS.

No hay marrajo solteron
que este refran no proclame
en prueba de su razon:
El buey suelto bien se lame.

Pero, sabe el ménos bolo
que tal refran no hace ley,
que si el buey se lame solo
es tan sólo.... porque es buey.

R.

I

Avaro muy singular
es Don Pedro Regomir;
sólo por *no dar...* que hablar
no quiere *dar...* que sentir.

II

—¡Un centro *de grado* un duro!
para ver la nueva plaza.
—No quiero; pues, como indica
su nombre, un centro... *¡de grado!*

III

Un tonto de caprote,
un pollo de tres al cuarto,
á Teresa le decia
su inmenso amor declarando:
—El fuego que me consume...
Y ella dijo:—No hago caso,
porque si es de usted el fuego
debe ser un fuego *fátuo*.

RICARDO SEPÚLVEDA.

EL BAILE.

No invocaré, por cierto, la memoria
de fiero Marte ni de dulce Apolo,
ni á los invictos héroes de la historia
pretendo hacer viajar de polo á polo;
ni aturdiros deseo,
haciendo gala de pulmon robusto,
del génio con el épico voceo,
que si infunde entusiasmo, engendra el susto.
Más pacíficas son las pretensiones
de mi modesta, chapucera musa,
que cuando no es vulgar, peca de abstrusa,
y sabe reprimir en ocasiones
los que le acosan, formidables pujos
de meterse en pindáricos dibujos.
Al baile hoy toma en boca;
este asunto, lectores, no es bicoca,
sinó arriesgado tema
que, por donde se coja, siempre quema.

Es el bailar higiénico ejercicio,
y es el baile científico precepto;
al que lo cumple bien, le dá concepto,
al que no hace otra cosa, le dá oficio.
Sábios de gran valía,
nutridos de inmortal filosofía,
se devanan el seso
para probar que el baile es en el día
la fórmula concreta del Progreso.

Cartas le dan de abono,
aquí, y allá, y en todo lo terrestre,
donde el sér racional tiene su trono,
tanto el bien parecer como el buen tono.
Donde quiera se admite lo pedestre
sin vana discrepancia;
sólo el clima le imprime variantes,
y es tanta su importancia,
que este mundo es un mundo de danzantes.

Y esto, que pasa ahora, pasó ántes;
bailó Neron en Roma;
en la Meca, Mahoma;
Moisés en el Mar Rojo;
Salomon y David... yo no sé dónde,
y en el arca Noé, si no fué cojo.
La historia ofrece y el pudor esconde,
otros datos que, cunto, no recojo.
Al baile galas dá la fantasía,

que en voluptuosos giros,
en blandos movimientos,
en raudales de plácida armonía,
se mece al palpar de los suspiros
y al rumor de dulcísimos acentos.
Mil dulces sensaciones,
adobadas con salsa de ilusiones,
lleva al alma, que el baile tiene en vela,
la gimnasia local de los talones,
que el mal alivia y el dolor consuela.

Puedo dar testimonio,
y esto lo recorté de algun diario,
de que el baile es agente
activo y diligente
al servicio del santo matrimonio.
¿Le queréis más moral y humanitario?
Y vaya una conseja:

—El recorre el salon con la pareja
que allí le deparó su buen destino,
y le pinta su amor, ruega, perfia,
y *ella* querer se deja,
porque... no halla la pobre otro camino.
Trascurre un mes, como quien dice, un día,
y barre el sacristan la sacristía;
adereza Himeneo
su cadena de flores conyugales
donde hay jazmin que pesa tres quintales;
con el mejor deseo,
reviste el sacerdote alba y estola,
los ángeles del cielo baten palmas,
sigue una bendición, y en una sola
confundidas se ven dos puras almas.—

La patria del *can-can*, la culta Francia,
que en perpétuo litigio
vincula en sus productos la elegancia
y se cala con garbo, el gorro frigio,
de bailes nos mandó su paotilla
entre faldas, gañanes y sombreros,
y ántes que de corrido la cartilla,
ya se sabe el desguince en los *lanceros*
y la genuflexion en la *cuadrilla*.
Polka, redowa, schottis y mazurka,
y otros, impropronunciables con exceso,
que el danzarin afan ha puesto en uso,
vinieron de un país que tardo surca
el bajel del Progreso
y huelen á japon, polaco y ruso.

Yo no sé si Inglaterra
sus tiesos bailes importó á esta tierra,
ni lo he de averiguar, porque reveses
sin cuento me recuerdan los *ingleses*.

Pero... donde del baile en el poema
está escrita la frase soberana
con expresion suprema,
es en nuestra gentil danza cubana,
que será, mientras viva,
única sin rival, bella, exclusiva.
Empieza con un lánguido paseo,
precisa introducción del zarandeo;
la pareja, de brazo,
se deja resbalar entre los sonos
precursores del clásico cedazo
que inunda de placer los corazones.

Los siguientes compases
presiden la cadena, cambios, pases,
que suele suprimir la gente experta,
y dá un golpe el timbal ¡grito de alerta!
Entónces, cada qual y cada cuyo,
en posesion solemne de lo suyo,
con impaciente pié rasea el terreno,
porque ¡empieza lo bueno!
¡Y qué momento aquel del clarinete!
¡Cómo chillaba el violin, la trompa ruge,
el serpentón elástico arremete,
truena el timbal y el contrabajo cruge!
La dama dá su diestra al compañero,
y alzan un botalon que mira al frente,
y que, al girar, derriba algun sombrero,
una peluca, un rizo, un moño, un diente.
La diestra del doncel vá á la cintura
de la niña hechicera,
que prisionera queda en dulce lazo...
y aquí ya es de rigor cierta ternura
y púdico embeleso,
que sin tocar la ropa, llega al hueso,
para colmar las glorias del cedazo.

Allá en un tiempo, cuya fecha omito,
tuya, quizá lector, la edad lozana,
se bailaba en la Habana
el honesto *infanzon* y el *cangrejito*.
¡Perdonadme que evoque aquí el recuerdo
del célebre *Infanzon*, porque aún le escucho
enseñando á bailar.—«Ese pié izquierdo!...
El derecho detrás...» ¡Es poco!—«Es mucho!»
—«Uno, dos, cuatro, seis... Esos talones
más juntos al girar...» ¡Vuelta!—«¡Tornillo!»
Y en esta educacion de los *jamones*,
sudaba de la nuca hasta el tobillo.
Hoy se baila, señores, con más gracia,
cultura, independencia,
garbosa idiosincracia;
lo que antaño arte fué, ya ogaño es ciencia.
Vá la demostracion: ella acredita
el progreso del baile á grandes trazos;
nuestros padres bailaban la *Solita*,
nosotros, ¡oh placer! los *Merengazos*.
¡Muera la atroz manía
de colsear al baile en entredicho!
El mundo es un fandango, no hay tu tia,
y es tonto no bailar.—Lo dicho, dicho.

MARIANO RAMIRO.

Habana.



ANUNCIOS.

Les annonces étrangères sont reçues à Paris, Agence Havas, 8 Place de la Bourse et à Madrid Agence Havas-Fabra, calle de la Bolsa, 12.—Ces agences ont la regie exclusive des dites annonces.

GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA
Paris, 10, Rue St. Georges
Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.
BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.
Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.
Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

CASA GENERAL DE TRASPORTES
DE
JULIAN MORENO
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.
MADRID.—ALCALÁ, 28.
PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES.
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3.



VAPORES-CORREOS TRASATLANTICOS DE A. LOPEZ Y COMPANIA.
NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1880.
PARA PUERTO-RICO Y HABANA.
Salen de Cádiz los dias 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los dias 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.
Se expenden tambien billetes directos vía de Cádiz, para
SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS,
con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.
Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen.
Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

CÁPSULAS y GRAGEAS
De Bromuro de Alcanfor
del Doctor CLIN
Laureado de la Facultad de Medicina de Paris. — PREMIO MONTYON.
Las Cápsulas y las Grageas del Dr. Clin se emplean con el mayor éxito en las *Enfermedades Nerviosas* y del *Cerebro*, las *Afecciones del Corazon* y de las *Vías respiratorias* y en los casos siguientes: *Asma, Insomnio, Tos Nerviosa, Espasmos, Palpitaciones, Coqueluche, Epilepsia, Histerico, Convulsiones, Vertigos, Vahidos, Alucinaciones, Jaquecas, Enfermedades de la Vejiga* y de las *Vías urinarias*, y para calmar las excitaciones de todas clases.
Desconfiar de las falsificaciones y exigir como garantía en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma de CLIN y C. y la MEDALLA del PREMIO MONTYON.

GRAGEAS, ELIXIR y JARABE
DE
Hierro del Dr Rabuteau
Laureado del Instituto de Francia.
Los numerosos estudios hechos por los sabios mas distinguidos de nuestra época, han demostrado que las Preparaciones de Hierro del Dr Rabuteau son superiores á todos los demas Ferruginosos en los casos de *Clorosis, Anemia, Palidez, Pérdidas, Debilidad, Extienuacion, Convalecencia, Debilidad de los Niños*, y las enfermedades causadas por el *Empobrecimiento* y la *alteracion de la Sangre* a consecuencia de las fatigas y excesos de todas clases.
LAS GRAGEAS DE HIERRO RABUTEAU no ennegrecen los dientes y las digieren los estómagos mas débiles sin la menor molestia: se toman dos grageas por la mañana y dos por la tarde antes de cada comida.
EL ELIXIR DE HIERRO RABUTEAU está recomendado á las personas cuyas fuerzas digestivas estan debilitadas: una copa de licor mañana y tarde despues de cada comida.
JARABE DE HIERRO RABUTEAU especialmente destinado á los niños, el tratamiento ferruginoso por las Grageas Rabuteau es muy económico.
ACOMPaña A CADA FRASCO UNA INSTRUCCION DETALLADA.
Desconfiar de las falsificaciones y sobre cada frasco exigir como garantía la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C. y la Medalla del PREMIO MONTYON.
El Hierro Rabuteau se vende en las principales Droguerías y Farmacias.

NOTICE.

Advertisers and subscribers are requested to apply to our sole Agent in the United Kingdom Mr. P. Saudo, 18 Anley Road, West Kensington Park W., of whom may be had full particulars.

CÁPSULAS MATHEY-CAYLUS
Preparadas por el Doctor CLIN. — PREMIO MONTYON.
Las Cápsulas Mathey-Caylus, con tenue envoltura de Glúten, no fatigan el estómago y estan recomendadas por los Profesores de la Facultad de Medicina y los Médicos de los Hospitales de Paris, para curar rápidamente las *Pérdidas antiguas ó recientes, la Gonorrea, la Hemonorragia, la Cistitis del Cuello, el Catarro* y las *Enfermedades de la Vejiga* y de los *Organos genito-urinarios*.
DEBEN TOMARSE DE 9 A 12 CÁPSULAS AL DIA.
Acompaña á cada frasco una instruccion detallada.
Las Verdaderas Cápsulas Mathey-Caylus se encuentran en las principales Droguerías y Farmacias, pero debe desconfiarse de las falsificaciones y exigirse en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C. y la Medalla del PREMIO MONTYON.

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream para la barba.—Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Stilboide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Ateniensé y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet Maria Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposicion de Paris.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Bouquet Imperial del Brasil.—Agua de S. M. el rey Don Fernando.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcoolat de Achicoria, para la boca.

VENDAJE ELECTRO MEDICAL

INVENCCION CON PRIVILEGIO DE 15 AÑOS, s. g. d. g.
de los Hermanos MARIE, Médicos-Inventores, para la cura radical de las *Hernias* mas ó menos caracterizadas.—Hasta el dia, los vendajes no han sido mas que simples aparatos para contener las hernias. Los Hermanos MARIE han resuelto el problema de contener y curar por medio del VENDAJE ELECTRO-MEDICAL, que contrae los nervios, los fortifica sin sacudidas ni dolores y asegura la cura radical en poco tiempo.—GABINETE: rue de l'Arbre-Sec, 46, PARIS.
Vendaje sencillo: 25 frs.—Indicar el costado.—Exigir la firma del inventor.

BANCO DE ESPAÑA

Situacion del mismo en 30 de Setiembre de 1880.

	Pesetas.	Cénts.
ACTIVO.		
Efectivo metálico.....	96.086.962'73	
Caja. Casa de Moneda.—Pastas de plata.....	306.000	
Idem de oro.....	21.436.487'97	120.791.857'70
Efectos á cobrar en este dia.....	2.968.407	
Efectivo en las sucursales.....	67.600.878'80	
Idem en poder de Comisionados de provincias y extranjero.....	30.110.272'86	98.248.151'66
Idem en poder de conductores.....	537.000	
		219.040.009'36
Cartera de Madrid.....	337.560.423'88	
Idem de las sucursales.....	83.917.349'62	
Acciones de este Banco, propiedad del mismo.....	385.353'72	
Bienes inmuebles y otras propiedades.....	3.350.587'74	
Tesoro público: por amortizacion é intereses de los bonos del Tesoro.....	42.354.858'98	
		686.608.583'29
PASIVO.		
Capital.....	100.000.000	
Fondo de reserva.....	10.000.000	
Billetes emitidos en Madrid.....	87.278.050'	
Idem idem en las sucursales.....	134.732.125'	222.010.175
Depósitos en efectivo en Madrid.....	34.422.607'19	
Idem idem en las sucursales.....	11.218.713'24	
Cuentas corrientes en Madrid.....	148.665.193'09	
Idem idem en las sucursales.....	54.005.188'91	
Dividendos.....	3.453.968'18	
Ganancias y pérdidas. (Realizadas.....)	2.784.879'32	4.281.476
(No realizadas.....)	1.496.596'68	
Intereses y amortizacion de billetes hipotecarios.....	1.404.832'65	
Amortizacion é intereses de las obligaciones, ley 3 Junio 1876, série interior.....	999.216'21	
Idem idem de las obligaciones, ley 3 Junio 1876, série exterior.....	630.040'89	
Idem idem de las obligaciones, ley 11 Julio de 1877.....	299.232'49	
Reservas de contribuciones para pago de amortizacion é intereses de las obligaciones creadas por la ley 3 Junio 1880.....	14.539.782'74	
Idem de idem para pago de amortizacion é intereses de los bonos del Tesoro.....	57.843.982'87	
Fondos recibidos de Aduanas para pago de amortizacion é intereses de las obligaciones creadas por la ley de 11 de Julio de 1877.....	4.583.962'42	
Diversos.....	18.250.211'41	
		686.608.583'29

Madrid 30 de Setiembre de 1880.—El Interventor general, Teodoro Rubio.—V.º B.º.—El Gobernador, Cabra.

BANCO DE CASILLA.

En el sorteo público celebrado hoy, según el anuncio inserto en la *Gaceta* del 18 del corriente, para la undécima amortizacion de billetes hipotecarios de este Banco, han sido extraidas las cuatro bolas marcadas con los números 7, 11, 85 y 98.
En su consecuencia, quedan amortizadas en todos los millares de la série española y de la letra A de la série inglesa las cuatro decenas siguientes: 61 á 70, 101 á 110, 841 á 850, 971 á 980.
Asimismo quedan amortizados en las letras B y C de la série inglesa los billetes de todas las centenas que terminan en los números citados que han salido en el sorteo.
Desde el dia 1.º de Octubre próximo, de once á una de la mañana, en todos los dias no feriados, podrán ser la y difunde el movimiento de las presentados en las oficinas de este establecimiento, Barquillo 3, los billetes hipotecarios de ambas séries irradian á la vez toda la vida de nues-

que resultan amortizados, debiendo tener unidos, sea cualquiera el dia en que se presenten, todos los cupones no vencidos en aquella fecha, ó sea desde el que vencerá en 1.º de Abril próximo.
La presentacion se hará con doble factura que se facilitará gratis, devolviéndose una á los interesados y la otra para el pago: Madrid 27 de Setiembre de 1880. El Secretario, J. Girona y Canaleta.

OBRAS NUEVAS.

UN VIAJE A PARIS POR EMILIO CASTELAR, seguido de un guia descriptivo de Paris y sus cercanías, por L. Taboada.

Si Paris no es ya para muchos el cerebro del mundo civilizado, es sin duda para todos el corazon que regule y difunde el movimiento de las ideas. Por esto conviene siempre co- nocer ese foco donde se concentra é lletes hipotecarios de ambas séries irradian á la vez toda la vida de nues-

tro siglo. Y este libro presenta la gran ciudad en una de las crisis más trascendentales de su dramática historia; el período en que se estableció por tercera vez la República, está iluminado, más que descrito, por un pincel inimitable: la pluma de Castelar.

Parecía que completaria el conocimiento de ese fecundo escenario un *guia de Paris y sus cercanías*, cuyo mérito consiste principalmente en la abundancia de útiles noticias y en el método y la claridad de su exposicion. Con él son, en verdad, innecesarios los servicios de modestos y costosos tutores. Los suple sobradamente un *precioso plano de Paris y los del Louvre*, sin cuyo auxilio no podrán recorrerse aquellas vastas y ricas galerías.

Todo está contenido en un tomo manuable de unas 600 páginas, de letra compacta, que se vende á reales..... 20

TEATRO NUEVO, POR JOSÉ ROMAN LEAL.—Con este título ha escrito el Sr. Leal un libro de tanta novedad como interés. Es un estudio de Filosofía y Estética aplicada al arte poético y determinadamente á la dramaturgia. Le sirven de motivo las obras de D. José Echegaray. Intercala en el centro los juicios críticos ya publicados separadamente, de *O locura ó santidad* y *En el seno de la muerte*. Se divide este notable trabajo en cuatro secciones por capítulos. La primera, precedida de una introduccion interesante por los recuerdos de historia contemporánea que contiene, consta de ocho capítulos escritos con mucho vigor de estilo. En ellos plantea y desarrolla el autor su pensamiento sobre las condiciones que, con arreglo á las ciencias y sus grandes adelantos, debe tener el arte moderno, y deduce que es una necesidad de los tiempos dar forma amplia y grandiosa al *Drama social* con sentido moral y antropológico, y acometer con audacia y resolucion el problema de la Finalidad, que dice es immanente. Siguen á esta seccion los dos juicios críticos expresados, y termina el libro con otra seccion cuarta, donde aborda los problemas del principio moral y de la vida en relacion con el Universo por corrientes de ideas y de sensaciones, estableciendo, por último, las leyes fundamentales del criterio. Ofrece seguramente este libro tanta novedad en los pensamientos como en la forma de exponerlos. Precio del tomo, de 350 páginas, edicion de lujo, reales..... 20

Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA, calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

LA AMÉRICA Año XXI

LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas.

Otra que vá directamente desde Cádiz á Canarias, Puerto-Rico, Cuba, Santo Domingo, Haiti, Jamaica y demás posesiones extranjeras en Ultramar.

Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTUVA Y C.ª Ca Soc. 1.